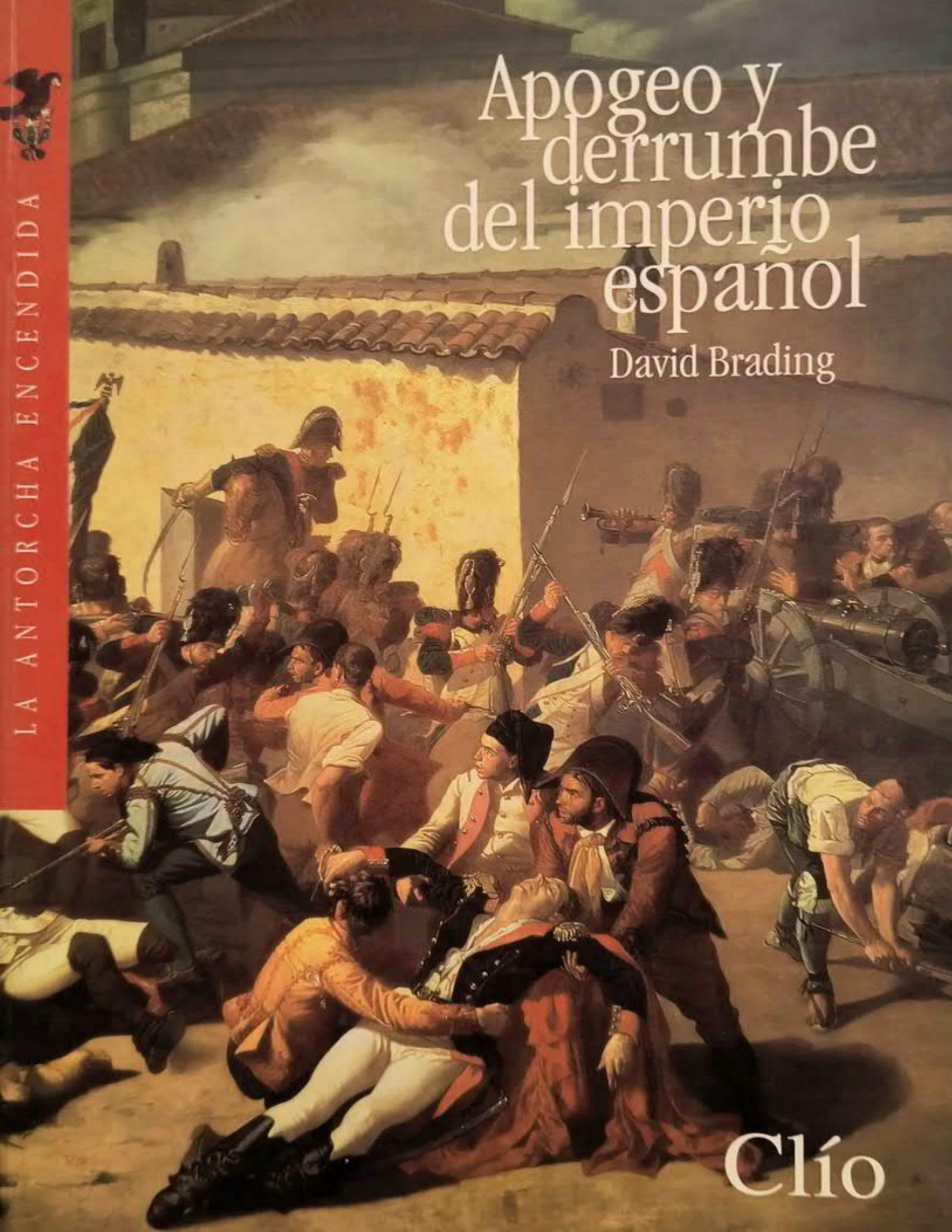


Apogeo y derrumbe del imperio español

David Brading



Clío



LA ANTORCHA ENCENDIDA

Apogeo y derrumbe del imperio español

David Brading

Traducción de Rossana Reyes Vega

Coordinador de la obra

Fausto Zerón-Medina

Clío



Coordinación editorial: Héctor Toledano
 Adaptación editorial: Fernando García Ramírez
 Diseño: Álvaro Figueroa
 Asistente de diseño: Viviana Délano
 Redacción: Sonia Diego Colexua, Ana García Bergua, Ricardo García García, Rossana Reyes Vega
 Producción: Lourdes Martínez Ocampo
 Coordinación de iconografía: Xavier Guzmán Urbiola
 Investigación iconográfica: Elena Sánchez-Mejorada Gargollo, Carlos Silva Cázares
 Historiografía: José Manuel Villalpando César
 Apoyo historiográfico: Ana María Cortés Nava, Ana García Bergua, Ricardo García García, Raquel Huerta-Nava, Andrés Reséndez Fuentes, Alejandro Rosas Robles
 Almanaque insurgente: Jaime Manuel del Arenal Fenochio

© David Anthony Brading (por este volumen)
 © Fausto Zerón-Medina (compilación de la obra completa)
 D.R. © Editorial Clío Libros y Videos S.A. de C.V.
 1ª edición, México, 1996

ISBN 968-6932-39-9 Obra completa (seis volúmenes)
 ISBN 968-6932-41-0 Apogeo y derrumbe del imperio español

☉ Este libro es CopyLeft. Puede reproducirse libremente, siempre y cuando se respete el contenido, y se cite su fuente



Agradezco a Fausto Zerón-Medina la invitación a escribir este volumen de *La antorcha encendida*, así como su esmero al preparar el texto para su publicación. D.B.

Agradecemos la colaboración de las siguientes personas para la realización de esta obra:

José Ignacio Aldama Miñón, José Ignacio Aldama González, Eduardo Alaminos, Enrich I. Amat, Guillermo Andrade, Rafael Barajas, Carlos Beltrán, Manuel Bermudes, Gill Burtwell, Eduardo Castro Busso, Pedro Calzadilla, Ángel Carrillo, Alfredo Carrizo, Enrique Cervantes, Manuela Cervantes, Laura Amparo Corona García, José María de Mena, Alicia Domínguez, Marisela Fonseca, María Teresa Franco y González Salas, Agustín García

Real, Irma González, Virginia González Claverán, Carlos González Manterola, José Ignacio González Manterola, Lourdes Herrasti Maciá, Alejandro Herrera Valle, Jorge Juárez, Guillermo Kraft, Louise Lewis, Ricardo López Muñoz, Peter Maxwell, Ingeborg Montero, Roberto B. Moranchel, Alfredo Morales, Magui Murga, Manuel Oropeza, Ricardo Pérez Escamilla, Rosa Alicia Pérez Luque, Angélica Pineda, Elías Pino Iturrieta, Efrén Pulido, Manuel Ramos Medina, Hector Rivero Borrell, Manuela Rodríguez, Diana Roldán, Isabel Sánchez-Mejorada de Bañuelos, Guillermina Sánchez, David Saavedra, María del Carmen Salinero, Araceli Sánchez Piñón, Sasha de Silva, Guillermo Tovar de Teresa, Rafael Tovar y de Teresa, Ludmila Valadés, Ana Leticia Vargas, Roxana Velázquez, María Angélica Vernet, Liborio Villagómez, Ney Villamil, José María Viñuela.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN / 8

VITALIDAD ENGAÑOSA / 12

UN MAESTRO DE LA SIMULACIÓN / 14

EL JANSENISMO ESPAÑOL / 16

EL CONOCIMIENTO ÚTIL / 18

A LA MEDIDA DE LA ACADEMIA / 20

CELO INTERVENCIONISTA / 22

COMERCIO LIBRE / 24

AMÉRICA BORBÓNICA / 26

DEMOCRACIA EN AMÉRICA / 28

REVOLUCIÓN EN FRANCIA / 30

NAPOLEÓN / 32

DESASTRE ECONÓMICO / 34

UN GUARDIA DE BUEN VER / 36



TRAFALGAR / 38

LOS BONAPARTE EN EL TRONO / 40

INSURRECCIÓN GENERAL / 42

¡RELIGIÓN, REY Y PATRIA! / 44

EL REY JOSÉ / 46

WELLINGTON / 48

EN BUSCA DE UN GOBIERNO / 50

LIBERALES EN CÁDIZ / 52

LAS JUNTAS AMERICANAS / 54

SEXENIO PERDIDO / 56

POR LA SENDA CONSTITUCIONAL / 58

HACIA EL FIN DEL IMPERIO / 60

ALMANAQUE INSURGENTE / 62

LECTURAS SUGERIDAS E IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES / 63





INTRODUCCIÓN

Al finales del siglo XVIII se desencadenaron en Europa las fuerzas y las ideas que forjaron el mundo moderno. En Francia, la revolución de 1789 derrocó la monarquía absoluta en nombre de la soberanía popular, proclamando los principios de libertad, igualdad y fraternidad. En la Gran Bretaña, casi al mismo tiempo, la revolución industrial puso la máquina de vapor y la ingeniería de precisión al servicio de la fabricación de textiles y productos de hierro, iniciándose en esta forma un ciclo de transformación económica cuyo impulso aún no se extingue. Del otro lado del Atlántico, Estados Unidos, el país destinado a ser el exponente más logrado de la democracia y el capitalismo del siglo XX, obtuvo su independencia.

Detrás de estas revoluciones simultáneas estuvo la influencia de la Ilustración, cuyos pensadores aplicaron la razón crítica al estudio de la sociedad, la economía y la política. Heredera del Renacimiento, la Ilustración recurría a la Antigüedad, a la literatura y el arte de Roma y Grecia clásicas para justificar los valores morales seculares, el canon de su gusto estético y la imagen de política republicana. No obstante, las consecuencias de la revolución científica y filosófica del siglo XVII tuvieron a la larga mayor importancia, pues destruyeron los conceptos aristotélicos, ptolomeicos y herméticos sobre el universo que en diversas formas habían dominado las escuelas y las universidades de Europa.



desde el siglo XII. De ser una criatura que residía en el centro de una constelación jerárquica dominada por los espíritus, el hombre se había convertido en habitante de un pequeño planeta, una simple provincia de un universo regido por leyes matemáticas. En sociedad, el hombre era considerado un individuo eternamente amenazado por un estado de naturaleza, cuya anarquía bruta sólo podía impedirse realizando un contrato social para crear alguna forma de autoridad política. En el siglo XVIII, los logros de Galileo, Descartes, Locke y Newton señalaron el comienzo de un concepto totalmente nuevo del mundo y del lugar que el hombre ocupaba en él. El anhelo de la Ilustración era emular a Newton y descubrir las leyes del movimiento que regían la sociedad humana. En *El contrato social* (1762), Rousseau reanima los valores del republicanismo clásico sobre la base de una psicología individualista. Pese a la plétora de teorías, sólo en la esfera del comportamiento económico se descifra una lógica convincente de la acción humana, que Adam Smith expone en *La riqueza de las naciones* (1776).

Sin embargo, no son las ideas las que hacen las revoluciones. Para cambiar el mundo, las ideas deben encarnar en instituciones humanas y fuerzas materiales. Y en los inicios del período moderno, Europa se hallaba dividida en Estados competitivos y sufría constantes trastornos por las guerras entre ellos. Durante el siglo XVIII apenas transcurrió una década sin que estallara algún conflicto grave. Para entonces se había ideado un sistema de alianzas, que mediante un equilibrio de poder impedía que alguno de los Estados conquistara a sus vecinos. En efecto, éste era un “sistema” pensado para impedir que Francia dominara

LA COLERA DE NAPOLEON.



Noticias Napoleón de q. sus Escritos de España habían sido derrotados y aprehendidos sus Generales y Soldados, poseído de Colera, derriba a los reyes y cuando bien en su Dignidad, se moviera la corte, se arrojan los pedos y profiere las amenazas, que le da en su Imperio el Real Colera.

Europa. Desde mediados del siglo xvii, cuando la monarquía de los Borbones derrotó definitivamente a los Habsburgo de España, Francia era el Estado que tenía la mayor población y el ejército más poderoso. Bajo Luis XIV, el Rey Sol, la monarquía absoluta se convirtió en la forma de gobierno dominante, basada en un ejército permanente dirigido por un cuerpo profesional de oficiales, y mantenida por una amplia intendencia fiscal. Los elementos supervivientes del gobierno representativo fueron suprimidos sistemáticamente o cayeron en el olvido. En muchas de estas asambleas dominaba la nobleza terrateniente, clase que perdió su influencia política a medida que fueron desapareciendo tales insti-

tuciones. En Francia, la aristocracia era invitada a Versalles, al palacio del rey, o era llamada a servir en el ejército; pero rara vez se le requería en los consejos de Estado. Luis XIV y sus sucesores Borbones designaban a sus ministros entre los caballeros pobres y los comuneros. Fueron estos hombres quienes encontraron los recursos para mantener los palacios y las guerras de los reyes, y quienes usaron los fondos del Estado para construir fábricas y promover el comercio. El rey francés aposentado en Versalles, rodeado de una nobleza leal, loado por el obsequioso clero católico como imagen de Dios, victorioso en la guerra, celebrado en estatuas, pinturas y grabados, era un espectáculo que atraía a los monarcas a lo ancho y a lo largo de Europa. Bien entrado el siglo xviii, Estados como Rusia, Prusia, Austria y España se esforzaban por igualar las grandezas de la monarquía borbónica bajo Luis XIV.

La única y gran excepción —aparte de la anárquica Polonia— fue Gran Bretaña, donde en el siglo xvii un rey perdió la cabeza y otro fue enviado al exilio por intentar establecer una monarquía absoluta. En este caso, los grandes propietarios y los nobles terratenientes afirmaron la supremacía del Parlamento, perpetuando así el ideal medieval de la representación en el gobierno. Sobrevivió el derecho común, consuetudinario, en vez del derecho romano. Nada de esto hubiera importado tanto si la aristocracia no hubiese gobernado en alianza con los grandes comerciantes de Londres y permitido la tolerancia religiosa. Inglaterra surgió a la vanguardia de la revolución científica y filosófica. Pero sus gobernantes también se inspiraron en Holanda, su gran rival comercial, y crearon grandes compañías de accionistas para el comercio en tierras distantes, una bolsa de valores, un banco nacional y, sobre todo, una deuda pública, que permitió a los distintos gobiernos librar guerras por medio de préstamos. Al mismo tiempo, dado que su población era pequeña comparada con Francia, Gran Bretaña se apresuró a formar alianzas con los Habsburgo de Austria y con otras potencias del continente para resistir a la amenaza de la hegemonía francesa, contribuyendo con su poderosa armada y con subsidios financieros a mantener la causa común.

El conflicto endémico entre Francia y Gran Bretaña alcanzó proporciones mundiales durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), cuando las fuerzas británicas le quitaron Canadá y expulsaron a los franceses de la India. Por otra parte, Gran Bretaña subsidió a Federico el Grande de Prusia en la guerra que libraba simultáneamente contra Francia, Austria y Rusia, con lo que aseguró a Prusia un lugar sobresaliente entre las naciones europeas más poderosas. Para los contemporáneos, el desenlace de la guerra fue la victoria de los países protestantes sobre los países católicos de Europa. Mayor importancia tuvieron las deudas del Estado generadas por la guerra, pues fueron de tal magnitud que pusieron en peligro la viabilidad financiera de los gobiernos involucrados, con la consecuencia de que varios países se enfrascaron en la tarea de establecer nuevos impuestos y recursos fiscales. En efecto, la revolución americana, las reformas borbónicas de España en América y la revolución francesa tuvieron como antecedente próximo la crisis fiscal provocada por la guerra de los Siete Años.

Mientras que las deudas de la monarquía fueron la causa inmediata de la Asamblea de los Estados Generales en 1789 en Francia, los cambios profundos que sufrió la cultura política del país durante el siglo XVIII determinaron el curso de los acontecimientos y de la misma revolución. La falta de instituciones representativas y el eclipse del poder político de la aristocracia crearon un vacío que los hombres de letras, los filósofos de la Ilustración, fueron llenando gradualmente. En sus escritos puede encontrarse una discusión de lo más variada sobre cuáles eran las mejores formas de gobierno y cómo debía reformarse la sociedad. Sus opiniones eran tema de discusión en las sociedades cultas, filosóficas, y sus obras se volvieron lectura común para las clases instruidas. El espectáculo del gobierno parlamentario en la Gran Bretaña se fusionó a la imagen del republicanismo clásico, creando un clima de opinión hostil a la monarquía absoluta. Cuando surgió la oportunidad de cambiar la forma de gobierno, el resultado fue la revolución. La paradoja es que si bien la revolución francesa movilizó a la

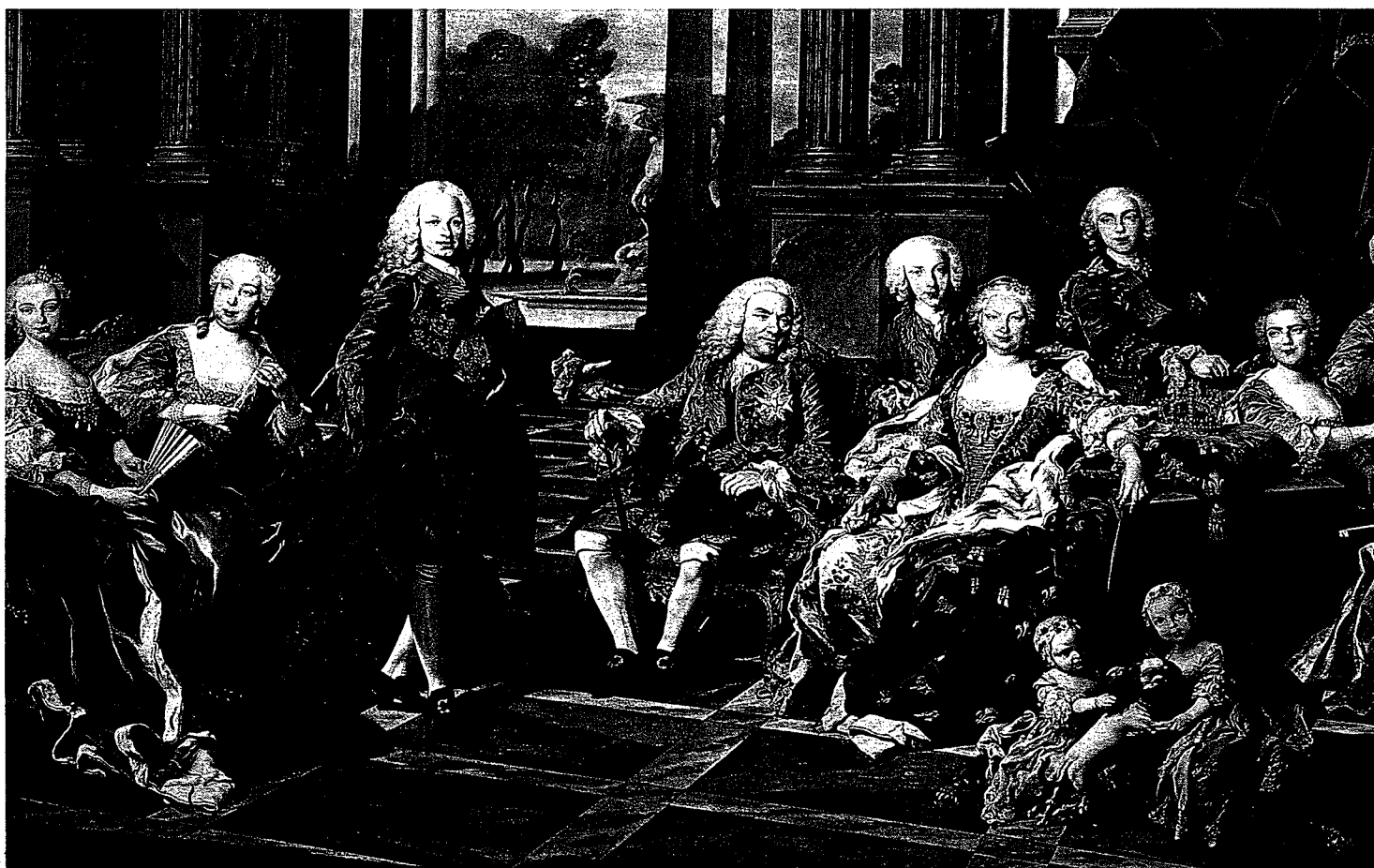
población y llevó a la gente a actuar en el foro político, su intento de revolucionar a toda Europa provocó una reacción popular contra el imperialismo francés en España, Rusia y Alemania. Gran Bretaña, el principal enemigo de la Francia revolucionaria, tomó al vuelo la oportunidad que estas guerras le ofrecían para consolidar su imperio marítimo mundial. En términos geopolíticos, el imperio creado por Napoleón Bonaparte fue el último intento de Francia por establecerse como potencia hegemónica de Europa. El futuro estaba con Alemania.



VITALIDAD ENGAÑOSA

Era tan grande la postración de España bajo Carlos II el Hechizado, el último rey de los Habsburgo, que la península sirvió de campo de batalla para los enfrentamientos entre los ejércitos franceses y británicos durante la guerra de Sucesión Española (1700-1713). Con el Tratado de Utrecht (1713), la monarquía española perdió sus posesiones en Italia y los Países Bajos y fue obligada a ceder Menorca y Gibraltar a la Gran Bretaña. Para reanimar la maquinaria del Estado Felipe V (1700-1749) se apoyó en ministros y oficiales franceses, hombres que le fueron enviados por su abuelo Luis XIV. Lo primero fue abolir los privilegios, de modo que casi toda España quedó sometida a la misma serie de impuestos. El ejército fue reorganizado, y un cuerpo profesional de oficiales proporcionó a la monarquía un invaluable instrumento de gobierno. Mientras que bajo los Habsburgo la mayoría de los virreyes habían sido nobles, bajo los Borbones la administración provincial se dejó en manos de capitanes

La pose despreocupada y festiva de los miembros de la familia de Felipe V, rey de España, en el salón palaciego de Madrid, refleja su actitud frente a la compleja realidad política de España en 1743.





El benedictino Benito Jerónimo Feijoo escribió en contra de supersticiones como la astrología y la brujería, y legó en su *Teatro crítico* un ejemplo erudito de la ciencia ilustrada de su época.

generales surgidos de las fuerzas armadas. En efecto, aunque la aristocracia fuera invitada a la corte en Madrid, se le negaban los cargos en el gobierno.

Las preocupaciones maternas de Isabel Farnesio, la segunda esposa de Felipe V, interrumpieron la concienzuda renovación del Estado español proyectada por los funcionarios borbones, pues con el fin de asegurar el patrimonio de sus hijos llevó a la monarquía a sucesivas guerras en Italia. Estas expediciones, que conquistaron Nápoles y Parma para su progenie, tuvieron un costo tan grande que retar-

daron la reforma del vasto imperio español en ultramar. Y si Federico el Grande de Prusia había reconocido a la monarquía como una potencia de segundo orden dentro del concierto europeo, comparable a Austria y a Rusia, era sólo en razón de sus posesiones americanas. Se dejó a José Patiño, ministro de Estado de 1736 a 1743, la tarea de concentrar los escasos recursos en la construcción de barcos de guerra; entre tanto, para reforzar su prestigio, Felipe V ordenó que se edificaran hermosos palacios en Madrid y en Aranjuez, y encargó el proyecto a arquitectos italianos.

Aunque muchos españoles se resistieron a los intentos de la nueva dinastía por cambiar su país, también se alzaron voces en favor de la reforma y la renovación. Benito Jerónimo Feijoo escribió con elocuencia sobre las glorias de España en siglos anteriores lamentando su actual retraso, causado por "pereza o desgracia". En sus ensayos más relevantes se ocupó en los avances recientes de las ciencias naturales y expresó su admiración ante las revelaciones de telescopios y microscopios. No obstante, en España todavía se condenaba el sistema de Copérnico por anticristiano, y no se cultivaban las matemáticas, de modo que el conocimiento de la física seguía en el mismo estado que en 1600. Las afirmaciones de Feijoo provocaron un mar de controversias, y sus ensayos pronto se convirtieron en lectura de cabecera de las clases instruidas. En sus *Cartas eruditas* (1750-1753) sostuvo que "el sistema vulgar o ptolomeico" era absolutamente indefendible y que ya era hora de que España aceptara los argumentos de Isaac Newton como todo el resto de Europa. Pero sólo con el apoyo del nuevo rey, Fernando VI (1749-1759), y de su primer ministro, el marqués de Ensenada, pudo afirmar públicamente que la tierra giraba alrededor del sol.

El resurgimiento de España en el siglo XVIII tiene toda la vitalidad engañosa de un espejismo. Era tan ambicioso el proyecto como exiguo los recursos para llevarlo a la práctica y modesto el talento de los ministros e intelectuales. La grandeza que los Habsburgo habían dejado tras de sí perseguía como una sombra a la España de los Borbones, obligada sin embargo a renovarse ante la amenaza del poderío y la riqueza de otros países.



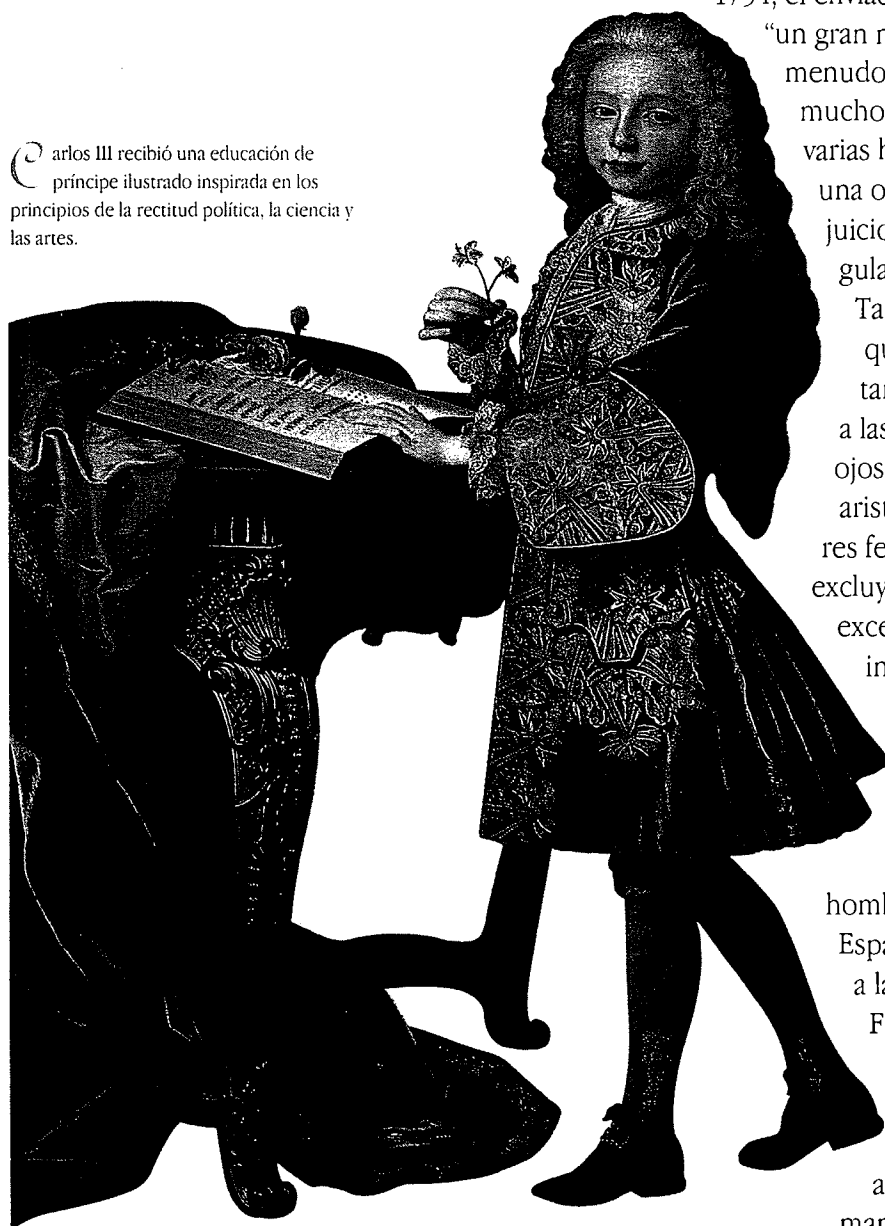
UN MAESTRO DE LA SIMULACIÓN

Carlos III, el único gobernante capaz en una dinastía ensombrecida por la melancolía y la lujuria indolente, había fungido como rey de Sicilia y Nápoles de 1735 a 1759 antes de suceder a su hermano Fernando VI. A los dieciocho años fue coronado rey, y paulatinamente se emancipó del dominio de sus ministros. En 1754, el enviado inglés en Nápoles lo describió como

“un gran maestro de la simulación” que sonreía a menudo para ocultar sus pensamientos. “En muchos asuntos es su propio ministro y pasa varias horas del día solo en su gabinete; tiene una opinión demasiado buena de su propio juicio.” Un confidente a quien escribía con regularidad desde España era Bernardo

Tanucci, ministro de Justicia en Nápoles, quien abiertamente manifestaba hostilidad tanto a las pretensiones del papado como a las de los jesuitas. Carlos vio con buenos ojos la firmeza con la que Tanucci trató a un aristócrata que había abusado de sus poderes feudales. Llama la atención que en España excluyera a la aristocracia del gobierno, con excepción del conde de Aranda. Un viajero inglés, Joseph Townsend, expresó su sorpresa al encontrar —al contrario de lo que ocurría en Inglaterra— “todos los cargos más importantes ocupados por hombres venidos de las clases bajas, y no hallar entre ellos a ningún hombre de mundo, a ningún grande de España”. En efecto, aunque Carlos conservó a la mayoría de los ministros que heredó de Fernando VI, otorgó mayor poder a dos secretarios de Estado italianos, Squillace (a quien los españoles llamaban Esquilache) y Grimaldi. Además, asignó al Consejo de Castilla un buen número de manteístas, es decir, abogados talentosos

Carlos III recibió una educación de príncipe ilustrado inspirada en los principios de la rectitud política, la ciencia y las artes.





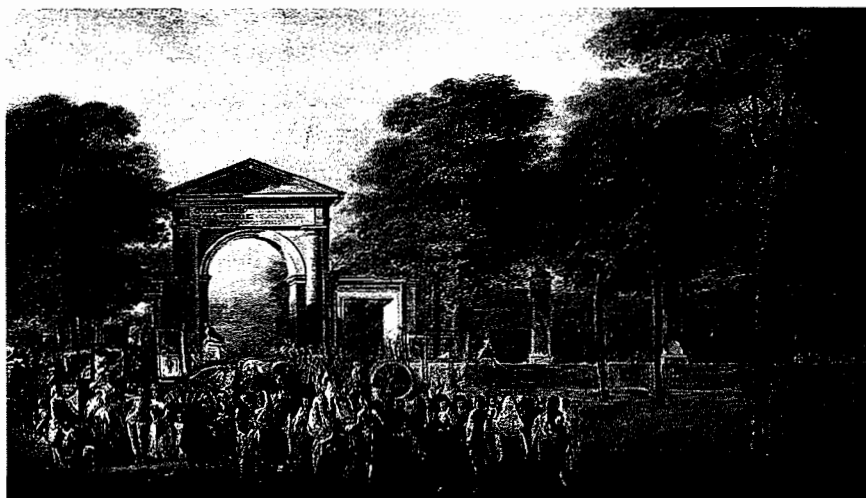
que no se habían formado en los seis colegios mayores, los tradicionales de la oligarquía.

Carlos III, a quien la armada británica del Mediterráneo humilló en su juventud, firmó un Pacto de Familia con sus primos los Borbones franceses, y en 1762 declaró la guerra a Gran Bretaña, participando en la guerra de los Siete Años que se expandió al mundo entero. Su invasión a Portugal no prosperó, y aunque las fuerzas españolas tomaron la colonia portuguesa de Sacramento en la margen este del río de la Plata, sus esperanzas de ganar más territorio se frustraron cuando las expediciones navales de Gran Bretaña se apoderaron de La Habana y Manila. España tenía un ejército de 80 mil hombres, pero apenas la mitad podía movilizarse para el combate. Y a pesar de que —gracias al marqués de Ensenada— la armada española contaba con 49 navíos, no se comparaba con la flota británica. En esa época, el ingreso total de la monarquía no excedía los 24 millones de pesos, de los cuales el 70 por ciento se destinaba al mantenimiento y crecimiento de las fuerzas armadas, exigua base de recursos para hacer resurgir el imperio.

En el Tratado de París de 1763, Francia tuvo que ceder Canadá a la Gran Bretaña y eligió dejar Luisiana, su última posesión en el continente americano, a los españoles. Pero ésta era una pobre compensación para Carlos III, quien tuvo que devolver Sacramento a los portugueses y dar la Florida a los británicos. La prosperidad de La Habana y Manila, cuando las regresó Gran Bretaña, indicaba la necesidad de nuevas formas de regulación comercial. Al mismo tiempo, Carlos y sus ministros enviaron tropas veteranas a Cuba y a México en previsión de posibles invasiones extranjeras. La derrota en la guerra de los Siete Años demostró que si España quería sobrevivir como potencia imperial debía transformar el gobierno de sus colonias e introducir medidas que promovieran en ellas la economía. Sólo con recursos americanos podía la monarquía española renovar su poder.



El fulgor ilustrado de la corte madrileña de Carlos III se vio reflejado en el buen tono de los paseos al jardín botánico, y en los delicados tapices, cristales, espejos, porcelanas y sedas, que el mismo gobierno producía y que la corte y la nobleza de Madrid compraban: era ésta una aristocracia que se subsidiaba sola.



EL JANSENISMO ESPAÑOL



La labor de la Compañía de Jesús se extendió por todos los dominios del rey de España, y en sus aulas se educó a lo más granado de la juventud española y americana. La corona acabó por considerarla peligrosa y la expulsó de sus dominios.

En 1766, el pueblo de Madrid se amotinó e invadió el palacio al grito de “¡Viva España! ¡Muera Esquilache!” Que un ministro italiano hubiera prohibido a los españoles usar sus típicas capas largas y los sombreros chambergos de ala ancha, era una afrenta demasiado grave para el orgullo castellano. También había descontento por el alza en los precios de los alimentos. Contrariado por tal desafío a su autoridad, Carlos III rescindió el decreto y mandó a Esquilache de regreso a Italia; luego apostó una fuerte guarnición militar en la capital y se propuso indagar quiénes eran los autores del motín. Pesaban las sospechas sobre el anterior ministro, el marqués de Ensenada, y en general sobre un partido de la aristocracia; pero el rey y sus ministros llegaron a la conclusión de que sus principales autores eran los jesuitas, aunque no se encontraron pruebas contundentes para sustentar la acusación. Fue el fiscal del Consejo de Castilla, Pedro Rodríguez Campomanes, quien presentó un influyente informe que argumentaba el caso contra los jesuitas. A partir de pruebas históricas, describía a la Compañía de Jesús como un organismo internacional cuyos miembros se hallaban sujetos a la autoridad absoluta de su Padre General. Resueltos defensores de las pretensiones papales, los jesuitas siempre habían logrado evadir la jurisdicción de obispos y de reyes. En Paraguay habían creado lo que equivalía a un Estado independiente, donde no valían los mandatos del rey español. Campomanes recordaba también la humillación infligida a Juan de Palafox, el famoso obispo de Puebla, por intentar que los jesuitas pagaran diezmos sobre sus haciendas.

En 1767 todos los jesuitas fueron expulsados perentoriamente de los dominios españoles: de España fueron enviados a los Estados Pontificios de Italia unos 3 mil sacerdotes y hermanos; allí se les unieron posteriormente otros 2 600 provenientes del imperio americano. Sin que se diera nunca a conocer la razón, este arbitrario decreto despojó al mundo hispánico de la oportunidad más común para obtener una sólida educación superior. En todas las ciudades a lo largo y a lo ancho de los dominios reales se cerraron colegios, muchos para siempre. También fueron clausuradas, o condenadas a convertirse en ruinas, las misiones fronterizas a cargo de los jesuitas, que





Los jesuitas españoles exiliados atribuyeron la supresión de la compañía a una conspiración internacional fabulada por librepensadores y jansenistas. Por su parte, algunos jesuitas de América pregonaron ideas independentistas.

Por disposición del ministro Esquilache, alguaciles y sastres recorrían las calles despojando a los españoles del relativo anonimato que proporcionaba el embozo de una buena capa, o el sombrero de ala ancha y caída, para que la policía los identificara de inmediato.

formaban un amplio circuito, y pueblos enteros, como los guaraníes y los yaquis, se quedaron sin mentores. En un momento en que la Ilustración francesa manifestaba un anticlericalismo feroz, inspirado en ocasiones por un ateísmo declarado, la supresión de la Compañía de Jesús privó a la Iglesia católica de sus defensores más capaces.

Carlos III no se hubiera atrevido nunca a expulsar a los jesuitas de no haber contado con el apoyo de un influyente partido dentro del clero, incorrectamente conocido como "jansenista". Compuesto por empleados públicos, unos moderados y otros fanáticos, que proclamaban los derechos de las jerarquías nacionales contra las pretensiones del papado, este amplio movimiento de reforma cuestionaba el valor de las órdenes religiosas, prefería la prédica y las buenas obras a la piedad sacramental y al ascetismo, y rechazaba la filosofía aristotélica y escolástica en favor de la historia eclesiástica, la exégesis de las Escrituras y los Padres de la Iglesia. De hecho, los jansenistas rechazaban la cultura barroca de la España de los Habsburgo, y a fin de obtener la reforma magnificaban la autoridad de la corona en los asuntos eclesiásticos. Fue de acuerdo con estas ideas que Carlos III procuró reformar el programa de enseñanza de las universidades, así como apoyar institutos laicos de educación en los que se estudiaran las ciencias naturales. También publicó decretos para controlar las manifestaciones religiosas populares e impuso reglamentos a las órdenes religiosas. Pero Carlos era ortodoxo en sus creencias, y a pesar de que redujo las actividades de la Inquisición, no permitió a los españoles pregonar el libre pensamiento.



EL CONOCIMIENTO ÚTIL

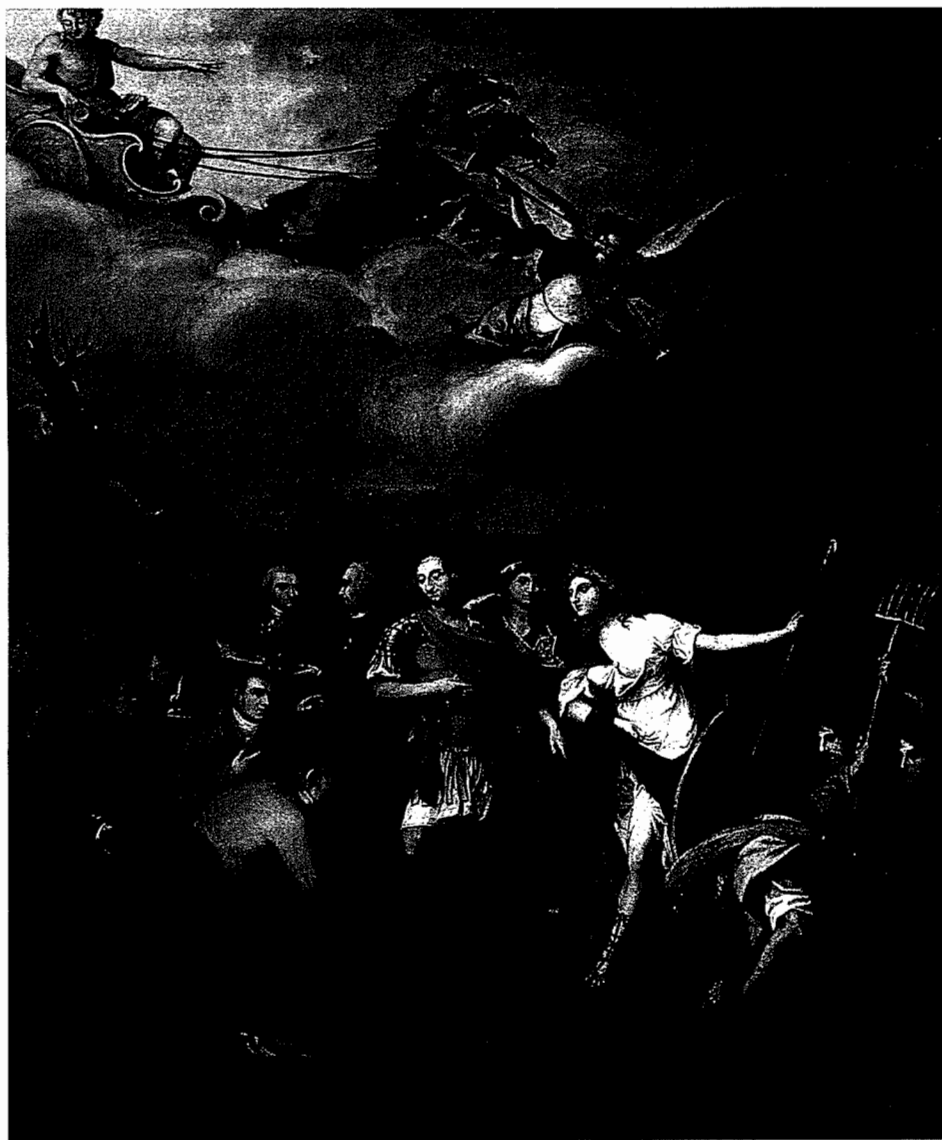
En *Los aldeanos críticos* (1758), el conde de Peñaflorida, principal fundador de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País (1765), rechazaba rotundamente la física escolástica que se seguía enseñando en los colegios jesuitas, tildándola

de “jerigonza metafísica”; en cambio, elogiaba los conceptos y el sublime lenguaje de Newton. Tampoco vacilaba en criticar el oscurantismo de los teólogos que impedía a España asimilar los recientes avances de las ciencias naturales, situación que lo hacía “llorar la suerte de nuestra nación”. Para promover la difusión del conocimiento útil, Peñaflorida y la Real Sociedad Vascongada abrieron un colegio en Vergara, donde se enseñaban matemáticas y mineralogía, así como humanidades; algunos de los profesores eran extranjeros o habían estudiado fuera. Esta institución sirvió de modelo al Colegio de Minería en la ciudad de México.

Desde la perspectiva del Estado, la figura central de la Ilustración española fue Campomanes, cuyo *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1773) alcanzó una circulación de 30 mil ejemplares.

Deploraba la decadencia de la

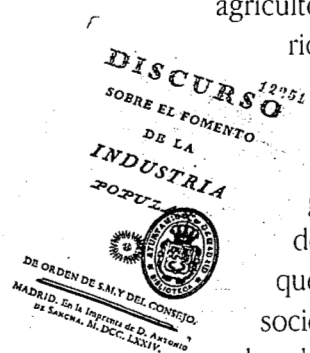
industria española e insistió en la necesidad de promover la artesanía y las manufacturas caseras que darían empleo generalizado, para que la población prosperara y se expandiera. Sin embargo, Campomanes condenaba a los comerciantes por su egoísta persecución de la ganancia y prefería la industria artesanal de Galicia a las incipientes fábricas de Barcelona. Consideraba que eran la nobleza y las sociedades de Amigos



Carlos III promovió la reforma agraria en España, protegiendo a los pequeños propietarios y a los arrendatarios. Logró el incremento de la producción agrícola.



Carlos III tuvo el acierto de nombrar al conde de Campomanes como ministro de la Hacienda Real. Entre las medidas que tomó Campomanes estaban la restricción del acceso del clero a puestos administrativos, la supresión de conventos y la venta de tierras de la Iglesia.



La reforma agraria propuesta por Jovellanos fomentaba los principios de la libre economía, el reparto de todas las tierras públicas, el fin de los mayorazgos y la venta de las tierras del clero.

del País quienes podían estimular el desarrollo económico de sus provincias, recogiendo información, difundiendo el conocimiento de nuevas técnicas y otorgando premios. Del mismo modo, los hombres de letras debían actuar como oficiales en este ejército económico, redactando manuales de enseñanza de matemáticas prácticas y nuevos inventos, pues indudablemente la invención de la aguja de coser había ayudado a la humanidad mucho más que toda la lógica de Aristóteles y sus innumerables comentaristas. Asimismo, Campomanes reafirmó la autoridad de la monarquía absoluta, si bien le añadió una nueva nota al saludar a Carlos III como un “rey patriota” y como “Director Supremo de la República”. Muy dado a invocar “el Estado” y “el Poder Soberano”, expresó la unión de la monarquía y el espíritu renovador que formaron la base del despotismo ilustrado.

La figura más llamativa de la Ilustración española fue sin lugar a dudas Gaspar Melchor de Jovellanos, abogado asturiano, dramaturgo, poeta y economista que prestó servicios a la corona en varios ramos. Con un mucho de jansenista y de neoclásico en cuestión de gusto, deploraba el escolasticismo y la cultura barroca, y llamaba a una reforma radical tanto en la educación como en las artes. Desdeñaba, pues, las obras de Churriguera, Ribera y Tomé, arquitectos de la primera mitad del siglo XVIII, por considerarlas “edificios fanfarrones, donde la riqueza del ornato escondía la falta de orden y sistema”. Su obra más influyente fue su *Informe de ley agraria* (1795), en la que abogaba por la abolición de los mayorazgos, el cercado de tierras comunales y la venta de las tierras de la Iglesia para acabar con la concentración de la tierra; también recomendaba la abolición de alcabalas y de cualquier control sobre los precios del maíz. Siguiendo los principios de Adam Smith, postulaba que el progreso económico sería la consecuencia del interés particular de los agricultores propieta-

rios que operaran en un mercado libre. Noble de origen, Jovellanos defendía el valor que para la sociedad tenían los hombres de linaje ilustre y medios modestos al servicio del Estado, pues actuaban guiados por el sentido del honor y en pos del bien común.



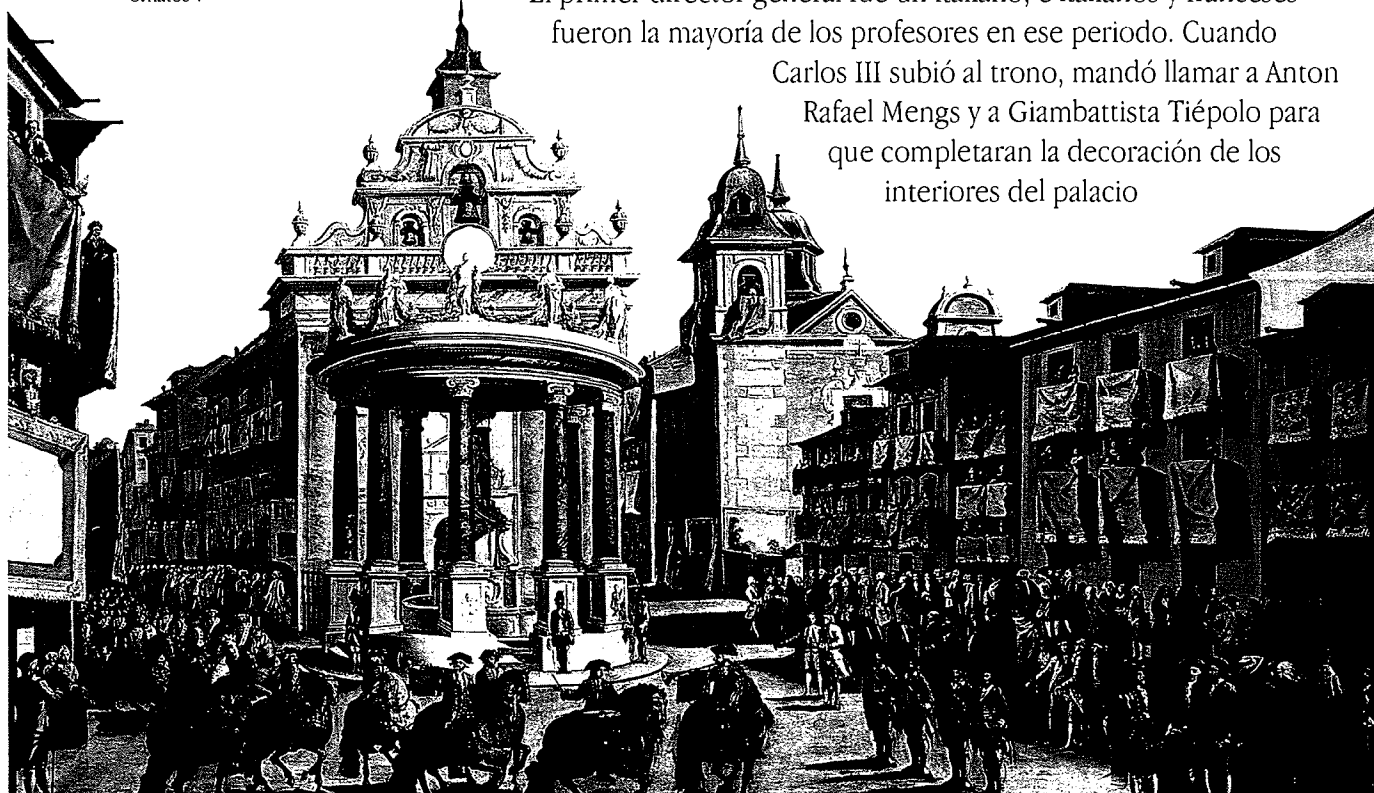
A LA MEDIDA DE LA ACADEMIA

Cuando Felipe V necesitaba retratos reales, escogía a artistas franceses para que lo pintaran, a él y a su familia, en el estilo adecuado. Así que cuando construyó el palacio real en Madrid, se lo encargó a G.B. Sacchetti, discípulo de Filippo Juvarra, el máximo exponente del clasicismo barroco tardío. Como rey de Nápoles, Carlos III dio muestras de tener el mismo gusto cuando eligió a otro discípulo de Juvarra para que hiciera el proyecto de su gran palacio de Caserta. Pero en la primera mitad del siglo XVIII, mientras la dinastía francesa optó por lo clásico, la arquitectura y la decoración de las iglesias alcanzó en España niveles nunca vistos de extravagante invención, sobre todo con el *Transparente* de Narciso Tomé en la catedral de Toledo (1721-1732).

En 1752 se estableció por decreto real la Academia de Artes de San Fernando, dividida en tres secciones: arquitectura, pintura y escultura. El primer director general fue un italiano, e italianos y franceses fueron la mayoría de los profesores en ese periodo. Cuando

Carlos III subió al trono, mandó llamar a Anton Rafael Mengs y a Giambattista Tiepolo para que completaran la decoración de los interiores del palacio

Para dar la bienvenida a los reyes, las fachadas y portales de Madrid se cubrían con pinturas de escenas religiosas, a las que llamaban "ornatos".



Al llegar a Madrid, Carlos III ideó la construcción de un paseo agradable a la vista que recorrieron raudos los vientos neoclásicos, sembrándolo de fuentes y estatuas de los artistas de la Academia de San Fernando, y coronándolo con la conocidísima Puerta de Alcalá.

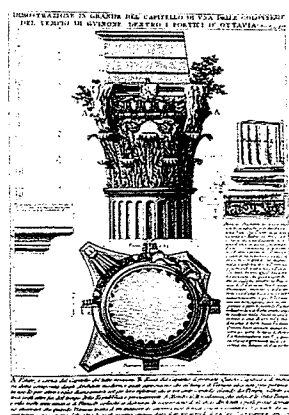


en Madrid. Ya antes había impulsado las excavaciones arqueológicas en Nápoles, y en 1757 financió la publicación de las *Antigüedades del Herculaneum*, texto fundamental en el surgimiento del estilo neoclásico, del cual

Mengs fue uno de los principales defensores y ejecutantes. Más tarde recibió elogios de Jovellanos, quien lo llama “pintor filósofo” que ejerció “una imparcial y rígida censura contra los abortos de la extravagancia”. Mengs, que trabajaba en la Academia de San Fernando y en la Real Fábrica de Tapices, fue nombrado pintor de la corte y su influencia como censor de diseño se deja ver claramente. La idea clásica de arquitectura quedó establecida en un informe de Ventura Rodríguez, quien señala que “Nadie podrá jamás conocer la arquitectura si no estudia las reglas observadas por los antiguos, tales como las que han sido transcritas por Vignola, Palladio, Serlio, Scamozzi y Alberti, y si no observa los preceptos que nos han llegado de Vitruvio”. En 1777 la corona mandó que todos los planos de iglesias y otros edificios públicos debían someterse a la aprobación de la Academia. Para mayor difusión del estilo neoclásico, se establecieron las academias de San Carlos en Valencia (1768) y en la ciudad de México (1784).

En este contexto surgió Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828), oriundo de Zaragoza. Una beca de la Academia contribuyó a su formación artística y le permitió estudiar en Roma. A su regreso realizó algunos encargos religiosos y luego, gracias a las relaciones de su cuñado Francisco Bayeu, pintor como él, trabajó en la preparación de cartones para la Real Fábrica de Tapices, que entonces dirigía Mengs. Goya llegó a hacer más de sesenta cartones, pintando animadas y pintorescas escenas de la vida popular en el campo y en Madrid. Tan grande era su talento que en 1780 se convirtió en académico de mérito, nombramiento que le acarreó el mecenazgo del conde de Floridablanca, en ese entonces el ministro más poderoso y a quien pintó con los planos del canal de Aragón delante suyo. Ya por esas fechas Goya copiaba e imitaba escenas de Velázquez. En 1789, Carlos IV, admirador suyo de tiempo atrás, lo designó pintor de la corte; así fue destinado a hacer memorables retratos de la familia real. Probablemente Goya fue el único español en trascender las limitaciones de su época y crear obras de renombre internacional; no obstante, si pudo desarrollar su talento se debió al mecenazgo real y a los encargos de la Academia.

Motivo de inspiración en la obra del grabador veneciano Giovanni Battista Piranesi fueron los antiguos edificios y monumentos romanos; con esto llamó la atención de toda Europa y contribuyó al retorno del clasicismo y los ideales de la Antigüedad griega y romana.



CELO INTERVENCIONISTA



Después de establecerse en Madrid como abogado brillante, José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca, fue nombrado fiscal del Consejo de Castilla por Carlos III. Apoyó la política regalista de los Borbones y promovió la expulsión de los jesuitas de los dominios de la península.

Pese a la reacción del pueblo madrileño contra los extranjeros, Carlos III mantuvo a Grimaldi en su cargo; pero incorporó a su gabinete al conde de Aranda, noble aragonés con fama de libre pensador. También favoreció a los dos fiscales del Consejo de Castilla, Campomanes y José Moñino, quien recibió el título de conde de Floridablanca por haber convencido al papa Clemente XVI de que suprimiera a la Compañía de Jesús. Tras el estrepitoso fracaso del ataque español contra Argelia, Grimaldi fue destituido, Aranda enviado a París como embajador, y en 1777 Floridablanca se convirtió en secretario de Estado; a partir de esa fecha se desempeñó como primer ministro de la corona.

De muchas formas la historia de España en el siglo XVIII puede escribirse mejor desde la perspectiva de sus primeros ministros, pues los objetivos de José de Patiño, el marqués de Ensenada y el conde de Floridablanca fueron esencialmente los mismos. Los Borbones conservaron los viejos consejos de Estado, especialmente los de Castilla y de las Indias, pero en la práctica estas instituciones fueron reemplazadas por las nuevas secretarías de Estado, Hacienda, Justicia y Gracia, Guerra, Indias y Marina. En ellas desplegó el Estado borbón su renovado vigor y celo intervencionista. Para aplicar las políticas trazadas por los ministros se designaron intendentes, esto es, gobernadores provinciales omnipotentes, con la responsabilidad de recaudar impuestos, de aprovisionar al ejército y la marina, y de fomentar las obras públicas. Con el fin de asistirlos en sus actividades se creó una nueva burocracia fiscal asalariada que

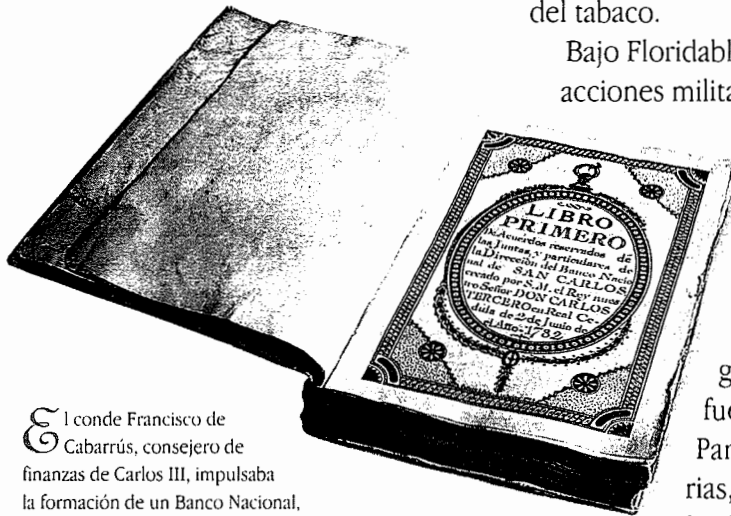
se encargó de las aduanas y alcabalas, así como del monopolio del tabaco.

Bajo Floridablanca, América fue el campo más propicio para las acciones militares. Se habían fortalecido y reequipado la marina y el ejército. El primer triunfo obtenido fue la expulsión de los portugueses y la consiguiente conquista de la colonia de Sacramento en 1777. Allí se estableció el nuevo y vasto virreinato de La Plata, con capital en Buenos Aires. Dos años después, aprovechándose de las dificultades que atravesaba Gran Bretaña por la guerra contra las trece colonias en Norteamérica, las fuerzas españolas invadieron Florida y tomaron Panzacola. Por último, para coronar esta serie de victorias, las tropas españolas volvieron a tomar Menorca, que desde 1713 se hallaba en poder de los británicos. En el

Tratado de Versalles de 1783, Carlos III tuvo la satisfacción de asegurar el reconocimiento británico de los derechos de España sobre Menorca y Florida.

El costo de reestablecerse como una potencia europea fue alto para España, y de no ser porque un aumento en la producción de plata provocó el súbito repunte de los ingresos procedentes de México, es muy probable que la monarquía hubiera tenido que enfrentar una situación financiera insegura. Mientras tanto, en 1782 Francisco de Cabarrús estableció el Banco de San Carlos, el primer banco nacional de España, que se movilizó con presteza y emitió bonos del tesoro, o vales, para conseguir mayor financiamiento. En señal de la fuerza y el prestigio renovados del Estado español, estos vales mantuvieron su valor nominal, permitiendo así al gobierno obtener nuevos préstamos. Cuando Floridablanca se presentó a rendir un informe general de su administración, pintó un panorama risueño: una expansión nunca antes vista del comercio, impresionantes adquisiciones territoriales y estabilidad financiera.

El conde de Aranda fue otro ministro sobresaliente de Carlos III. Una vez destituido Esquilache, Aranda ocupó su cargo en el Consejo de Castilla. Regalista radical, apoyó la expulsión de los jesuitas. Más tarde tuvo que exiliarse en Francia, a raíz de sus diferencias con Godoy.

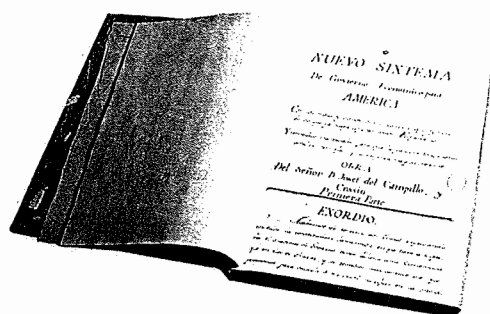


El conde Francisco de Cabarrús, consejero de finanzas de Carlos III, impulsaba la formación de un Banco Nacional, además de un pacto comercial con las Filipinas y la reforma a los impuestos reales. Al morir Carlos III y llegar Carlos IV al poder, fue destituido de su cargo. Años más tarde sería ministro de Finanzas de Pepe Botellas.

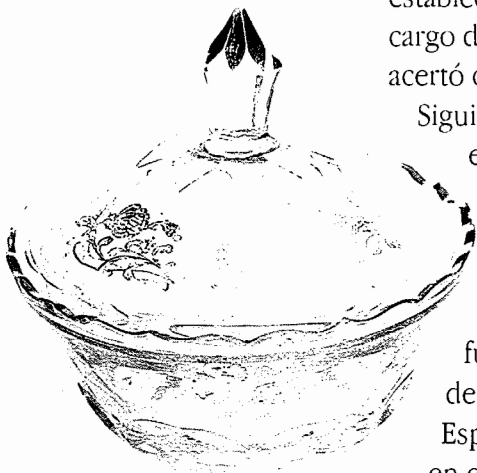




COMERCIO LIBRE



El ministro Campillo quiso dar un nuevo aliento a la economía real, y conservar, entre otros beneficios, la industria de fina cerámica y otros objetos suntuarios, impulsada por los Borbones.

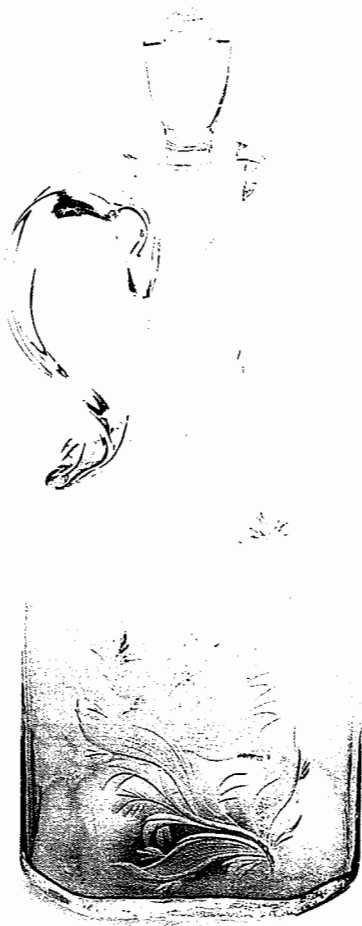
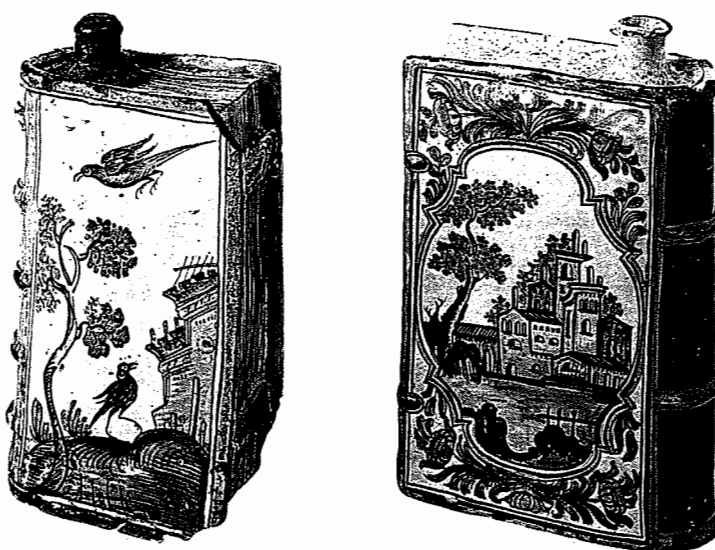


En su *Teórica y práctica de comercio y marina* (1724), Jerónimo de Ustáriz lamentaba la decadencia económica de España, que atribuía en gran medida a la destrucción de la industria doméstica provocada por una torpe política arancelaria. Para remediar la situación, era necesario estudiar “la nueva política” de Holanda, Francia e Inglaterra en lo concerniente al comercio y la industria, esto es, las leyes y políticas mercantilistas del siglo xvii. Sus principales recomendaciones eran que España debía proteger sus manufacturas mediante aranceles y, sobre todo, debía crear una poderosa marina para defender a su imperio y el comercio en el Atlántico. Si “el establecimiento de las manufacturas en España es la principal providencia en que se ha de vincular la restauración de la monarquía”, un prerequisite indispensable era entonces la expansión de las fuerzas armadas.

Aunque Ustáriz había advertido que la corona no debía administrar directamente las fábricas, los Borbones, imitando la usanza francesa, establecieron numerosos talleres de gran tamaño y además se hicieron cargo de la producción de artículos suntuarios. No obstante, la corona acertó con la política de adquisición en el ejército y la marina.

Siguiendo el consejo de Ustáriz, se crearon grandes arsenales reales en Guarnizo y en la costa cantábrica, en Carraca cerca de Cádiz y en La Habana, donde se construyeron casi todos los 227 buques de guerra que la marina española usó durante el siglo xviii. Sus navíos competían en tamaño y calidad con los mejores barcos de Francia y Gran Bretaña. La corona instaló fundidoras de hierro y talleres para producir cañones y armas de fuego. También los uniformes del ejército se fabricaban en España. El problema fue que no hubo una expansión comparable en el sector privado de la economía: por ejemplo, la mayor parte de

Salavera del Puente del Arzobispo fue otra de las fábricas de cerámica que produjeron piezas magníficas y de buen gusto. Al llegar los Borbones al poder, esta industria cambió los motivos religiosos de sus piezas, de gran renombre en Europa y América, por los que dictaba el arte francés.



En los jardines de la casa de veraneo de la corte conocida como La Granja se instaló el horno de la fábrica real de cristal. Carlos III impulsó la fabricación del fino sílice que llamó la atención de Europa, y que durante mucho tiempo fue de uso exclusivo de los reyes.

los barcos que servían para el comercio con las Indias se compraban en el extranjero.

José del Campillo y Cossío señaló la importancia del Nuevo Mundo para España en su *Nuevo sistema de gobierno económico para la América* (1743); en él abogaba por la terminación del anticuado sistema de flotas que zarpaban regularmente de Cádiz hacia Veracruz y Portobelo. Si se quería incrementar el comercio había que eliminar todo aquello que obstaculizara el libre tráfico mercantil a través del Atlántico. América era un gran mercado que las manufacturas españolas aún no aprovechaban. Los peninsulares obtenían beneficios irrisorios de la posesión de este gran imperio, sobre todo en comparación con las jugosas ganancias que las islas azucareras del Caribe reportaban a Francia y a Inglaterra. Era, pues, hora de reformar el gobierno de las colonias mediante las visitas periódicas y la apertura de sus mercados.

Las propuestas de Campillo se aplicaron después de la promulgación del decreto de Comercio Libre en 1778: a finales de 1780 se había triplicado el valor del comercio con el imperio americano, y según las cifras que se publicaron a partir de los ingresos de las aduanas, el 45 por ciento de los bienes exportados de la península eran de origen español, en contraste con el 15 por ciento de la primera mitad del siglo. Sin embargo, en investigaciones recientes se demuestra que estos ingresos aduanales clasificados como productos españoles, en realidad eran hechos en Francia o en cualquier otro lado, y que de español no tenían más que el acabado; de hecho, algunos artículos como las sedas valencianas eran simplemente productos franceses reetiquetados. Aunque en Cataluña comenzaba ya a mecanizarse la industria textil, en general la industria española no pudo beneficiarse de la gran expansión del comercio con América que sucedió a la apertura de los puertos en ambos lados del Atlántico.

AMÉRICA BORBÓNICA



Un Borbón presenta América al papa. El rey intermediaba toda relación entre las Iglesias locales de España y América y el Supremo Pontífice de la Iglesia universal.

En *El espíritu de las leyes* (1748), Montesquieu dice que “las Indias y España son dos poderes bajo un mismo amo; pero las Indias son el principal, mientras España es sólo accesoria”. Para 1800 España tenía una población de cerca de 11 millones, mientras que su imperio americano tenía casi 15 millones de habitantes. La política de José de Gálvez, nombrado ministro de las Indias

en 1776, fue convertir el imperio en una fuente importante de ingresos y recursos para la monarquía española. Entre 1765 y 1771, como visitador general de la Nueva España, introdujo medidas para promover la producción de plata y aumentar las remisiones de rentas a España. Como ministro, su primera preocupación fue establecer el gran virreinato de La Plata sobre bases firmes, y luego abrir los puertos americanos a un libre flujo de envíos desde la península. Durante la década de 1780 designó intendentes en todo el imperio: comenzó nombrando ocho en La Plata y terminó con doce en la Nueva España. Refrendó el monopolio real del tabaco e introdujo funcionarios asalariados para recaudar las alcabalas. La severidad con la que se aplicaron estas reformas fiscales en Perú y Nueva Granada fue la causa de la rebelión popular de Túpac Amaru en los Andes en 1780 y 1781, así como de la revuelta de comuneros en Nueva Granada. Estos levantamientos, al igual que los motines de México en 1767, fueron reprimidos por regimientos veteranos llegados desde España y por la nutrida milicia que logró reclutarse. De hecho, para América, el reinado de Carlos III se caracterizó por la creación de un nuevo Estado de naturaleza abso-



Los hombres de ciencia del siglo XVIII se propusieron demarcar la superficie exacta de la Tierra; en ese entonces faltaban por explorar grandes extensiones tanto habitadas como sin habitar.

Alejandro Malaspina fue uno de los viajeros europeos que trajeron a América los adelantos científicos de su época para aplicarlos en el estudio de la minería. Los espíritus ilustrados veían en el nuevo continente un vasto campo inexplorado para el conocimiento.



lutista, que se apoyaba en los instrumentos típicos de la monarquía absoluta europea: un nuevo cuerpo de oficiales reclutado en parte entre los criollos jóvenes, una amplia burocracia fiscal y el reforzamiento del poder judicial. Por lo general, los virreyes e intendentes eran oficiales en servicio del ejército o de la marina, y lucían su poder acrecentado en el fomento de obras públicas.

Las reformas borbónicas fueron de gran provecho para las provincias americanas: en particular, se expandieron todos los sectores de la economía de exportación, y aumentó la producción en regiones que hasta entonces habían sido confines, como las pampas argentinas, las plantaciones de cacao venezolanas y las de azúcar cubanas. Las minas de plata de Perú volvieron a su antiguo nivel de rendimiento y las minas mexicanas duplicaron sobradamente su récord anterior. Además, mejoró ostensiblemente la calidad del gobierno. En nada fue más evidente que en el impulso dado a la ciencia: Carlos III y su sucesor enviaron a América varias expediciones científicas, especialmente en el área de botánica, y encargaron el establecimiento de jardines botánicos en México, Lima y Bogotá. La culminación de esta política fue la expedición encabezada por Alejandro Malaspina (1789-1794), que atravesó las costas de América hasta llegar a Alaska, y luego circunnavegó el mundo, hazaña que se sitúa a la par de los viajes realizados años atrás por el capitán Cook.

El lado negativo de estas reformas fue que Gálvez no disimulaba su desprecio hacia la elite criolla, que hasta entonces había controlado grandes sectores de la administración colonial. Desde su cargo de ministro hizo crecer considerablemente la burocracia colonial, y en casi todos los nuevos puestos asignó candidatos procedentes de la península. Con las reformas borbónicas, la burocracia hispánica reconquistó América. El nuevo Estado era un Estado colonial, ajeno y mal visto, cuyo principal propósito era promover la economía y así obtener mayores ingresos para enviar a España. Era tan obvia la actitud de Gálvez,

que Juan Pablo Viscardo Guzmán, jesuita peruano exiliado, habló de su "manifiesto y general odio a todos los criollos", y un crítico anónimo profetizó en Madrid desde un principio: "Gálvez ha destruido más que ha edificado... su mano destructora va a preparar la mayor revolución en el imperio americano."



George Washington recibió el apoyo de los franceses, quienes al desembarcar en Nueva York rodearon al ejército inglés. El general Cornwallis se replegó entonces hacia Yorktown, sin poderse sobreponer a la estrategia de ataque de Washington; sabiéndose perdido, capituló el 19 de octubre de 1781.

DEMOCRACIA EN AMÉRICA

Durante la guerra de los Siete Años, la corona británica conquistó Canadá, y en el subsiguiente tratado de paz adquirió un vasto territorio que abarcaba desde los montes Allegheny hasta el río Mississippi. Para ayudar a financiar los intereses de la deuda nacional, que había crecido enormemente a causa de los gastos de la guerra, los ministros intentaban ahora recaudar mayores impuestos cobrando derechos aduanales por los productos coloniales americanos y fijando un gravamen sobre todos los documentos oficiales y legales. Asimismo, decidieron conservar varios millares de soldados en las colonias y cobrar a los colonos su manuten-

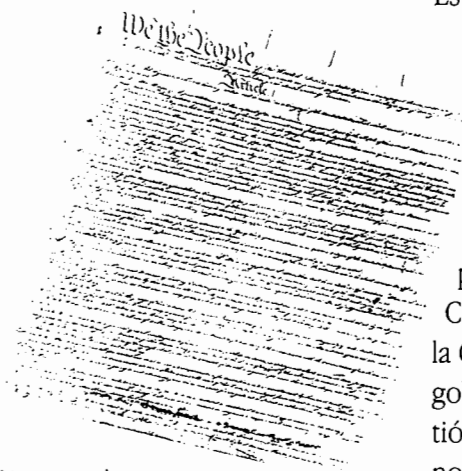


ción. Estos actos, de suyo razonables, provocaron una violenta respuesta que fue creciendo ante la represión o el enfrentamiento. Para entender esta reacción, es necesario recordar que cada una de las trece colonias poseía su propia asamblea legislativa con poder sobre todos los impuestos locales, al igual que sus modelos británicos. Puesto que no tenían representación en el Parlamento británico, consideraron que el intento de introducir impuestos sin su consentimiento previo era una violación de sus derechos civiles y un primer paso hacia la creación de una tiranía imperial. En el siglo XVII, cuando se fundaron las colonias en América, Inglaterra se hallaba convulsionada por la revolución y la guerra civil, cuya causa era justamente el intento de la monarquía de gobernar sin Parlamento; por tanto, las colonias americanas siempre defendieron celosamente sus privilegios en contra de cualquier intento del gobierno real por extender su autoridad.

El 4 de julio de 1776 el Congreso Continental de los trece Estados Unidos de América declaró que, en vista de que el rey de la Gran Bretaña había intentado imponerles una tiranía absoluta, eran y “por derecho debían ser estados libres e independientes”. En su preámbulo afirmaba como verdades evidentes que todos los hombres habían sido creados iguales, dotados con derechos inalienables a la “vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. El propósito de todo gobierno era garantizar estos derechos y sus poderes emanaban del consentimiento de los gobernados.

Gracias en parte al subsidio y la intervención armada de Francia, los soldados norteamericanos demostraron sobradamente ser un enemigo a la altura del ejército británico, y tras muchos combates cesaron las hostilidades; en 1783, Gran Bretaña reconoció la independencia de los Estados Unidos y cedió las tierras situadas al este del río Mississippi.

Sin embargo no fue sino hasta 1787, después de muchas discusiones, que la Confederación de Estados independientes y soberanos se transformó en una república federal provista de una constitución que aportaba novedades decisivas, aun cuando estuviera basada en su antecedente británico. Fue el primer sistema político que introdujo una separación tajante entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial en el gobierno. Además, si la Cámara de Representantes se parecía a la Cámara de los Comunes de la Gran Bretaña, el Senado encarnaba los intereses estatales dentro del gobierno federal. Sin lugar a dudas, el sistema federal fue el que permitió que en todas las regiones de la república se desarrollara un gobierno representativo, y el que dio a los Estados Unidos la posibilidad de expandirse y anexarse los territorios situados al oeste. El espectáculo de los representantes de un gran país reunidos en una convención para determinar su futura forma de gobierno era una experiencia nueva para la civilización occidental, aunque pronto se repetiría *ad nauseam* tanto en Europa como en América.



«Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos, con el objeto de formar una unión más perfecta, establecer la justicia, asegurar la tranquilidad interior, proveer a la defensa común, promover el bienestar general y asegurar los beneficios de la libertad para nosotros y para nuestra posteridad...»

REVOLUCIÓN EN FRANCIA



Una de las herencias universales de la revolución francesa fue el reconocimiento del derecho sagrado e inalienable a la libertad. Su representación alegórica en estilo neoclásico muestra una virgen que porta en una mano el gorro frigio de los jacobinos, mientras que la otra descansa en un mazo, símbolo de la fuerza.

El 26 de agosto de 1789, la Asamblea Nacional publicó una Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano dirigida al pueblo francés, que proclamaba que todos los hombres nacen siendo iguales y libres y que el propósito de toda asociación política es la conservación de los derechos inalienables a la libertad, la seguridad y la resistencia a la opresión. Insistía además en que toda la soberanía residía esencialmente en la nación y que la ley era la expresión de la voluntad común; garantizaba la libertad de pensamiento y de expresión, y definía la propiedad como un derecho sagrado e inviolable. Esa trascendente declaración sucedió con extraordinaria rapidez a la convocatoria de los Estados Generales en mayo de 1789, que no se habían reunido desde 1614. Los gastos de guerra habían hecho crecer desmesuradamente la deuda nacional provocando una crisis fiscal; reunidos para resolverla, los Estados Generales, que se dividían en nobleza, clero y tercer estado, se transformaron cuando este último se constituyó unilateralmente en Asamblea Nacional e invitó a

los otros dos estados a que se le unieran. Y cuando Luis XVI se rehusó a reconocer su autoridad, las manifestaciones populares hicieron caer la Bastilla, fortaleza real de París; el ejército, por su parte, se negó a intervenir. La Asamblea se movilizó rápidamente para ganar el apoyo popular mediante la abolición de todos los derechos feudales y otras obligaciones anticuadas que habían sido motivo de agravio, y al final de 1789 enunció los principios de soberanía popular y gobierno representativo. Entonces confiscó las propiedades de la Iglesia, redujo el diezmo eclesiástico, y en julio de 1790 proclamó la Constitución Civil del Clero que llamaba a elecciones de sacerdotes y obispos. Ese mismo año, las provincias tradicionales fueron reemplazadas por 89 departamentos y se abolieron todos los títulos nobiliarios.

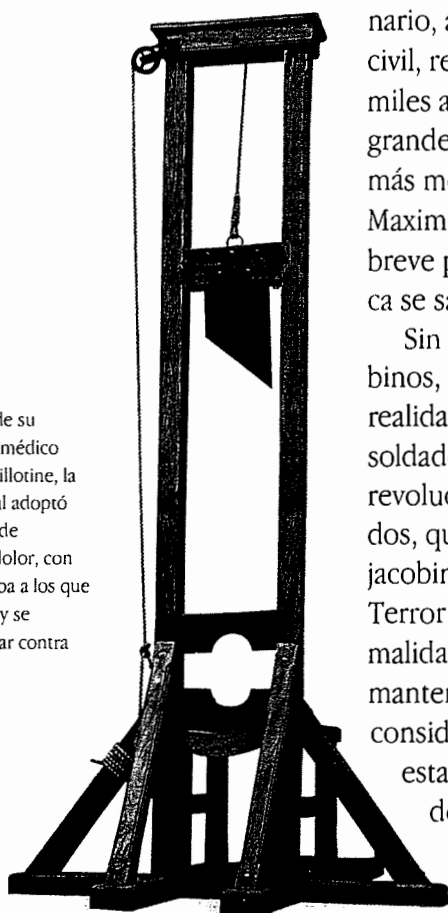


Una de estas caricaturas de la época opone una famélica libertad francesa a la esclavitud inglesa representada por un personaje obeso frente a la mesa bien servida. La otra caricatura reza: "Animales raros o el traslado de la familia real de las Tullerías al templo."

De agosto de 1792 hasta julio de 1794, el Terror revolucionario gobernó Francia. La absoluta rapidez del cambio había provocado una resistencia inmensa no sólo entre la nobleza y el clero, sino también en grandes sectores de la población. En Bretaña, el campesinado apoyó la rebelión de la Vendée para defender su religión. Al otro lado del Rin, los nobles exiliados se enrolaban en fuerzas hostiles a la revolución. En septiembre de 1792 se estableció una república y unos meses después fue ejecutado Luis XVI. En ese momento, una coalición continental de potencias europeas declaró la guerra a Francia. El Estado revolucionario, ante la amenaza de una invasión extranjera y de una rebelión civil, recurrió al Terror para reprimir a sus enemigos, condenando a miles a la guillotina, y derrotó a sus enemigos extranjeros movilizandograndes masas de población. En los círculos radicales, los girondinos más moderados cayeron frente a los jacobinos, encabezados por Maximilien Robespierre y sus aliados los *sans-culottes*. Durante el breve periodo jacobino se cometieron los peores excesos, y la república se salvó de la derrota.

Sin embargo, la demagogia que animaba los clubes políticos jacobinos, y cuya retórica ideológica aplastaba cualquier referencia a la realidad, acabó por ganarles la hostilidad de la elite administrativa, los soldados y los intereses financieros que habían mantenido el régimen revolucionario. Fueron estos estratos, unidos a los políticos moderados, quienes arrestaron y guillotinaron a Robespierre y a los líderes jacobinos en julio de 1794, poniendo así fin a los peores excesos del Terror. Se estableció un Directorio y se aseguró cierto regreso a la normalidad. Pese a todo, las potencias europeas, que seguían dedicadas a mantener la monarquía y la aristocracia, para no hablar de la Iglesia, consideraban a Francia y su república una amenaza al orden establecido de la sociedad. Por otra parte, para todos los demócratas o radicales, la república fue una inspiración, un modelo para el cambio: aborrecían sus excesos, pero admiraban sus principios y sus políticas.

Por consejo de su inventor, el médico Joseph Ignace Guillotine, la Asamblea Nacional adoptó este instrumento de decapitación sin dolor, con el que se ajusticiaba a los que perdían la cabeza y se atrevían a conspirar contra la república.



NAPOLEÓN

Detrás del levantamiento general ocurrido en Francia en 1793, existía un nuevo Estado, más poderoso que sus antecesores, más capaz de reunir nuevos recursos para mantener la máquina militar que había crecido tanto. Traer a escena hombres nuevos, por lo general hombres jóvenes, hombres que pudieran seguir el ritmo de los tiempos, fue tarea de la revolución.

Aunque Napoleón Bonaparte (1767-1820) demostró talentos notables durante su meteórica carrera, gran parte de su éxito se debió a la maquinaria estatal, tanto administrativa como militar, que fue creada por la revolución. Él expresaba las esperanzas y las ambiciones de toda una generación de soldados y oficiales.

Corso, formado en una academia militar, experto en artillería, Napoleón se distinguió en el servicio de los ejércitos revolucionarios bajo los jacobinos; posteriormente, en 1796, derrotó a los austriacos en Italia, conduciendo a la victoria a las tropas francesas. Por los años de 1797-1798, preocupado ya por la incesante hostilidad británica en contra de la república, Napoleón encabezó una campaña contra el dominio inglés en Egipto, pero la falta de suministros lo obligó a regresar a Francia. El 17 de febrero de 1800 fue elegido

primer cónsul bajo una nueva constitución, y se entregó con una extraordinaria energía a completar la reforma del Estado francés. Logró recaudar nuevos impuestos y crear condiciones de estabilidad financiera. Pero sobre todo, promulgó un nuevo código civil, logro sin precedentes que había de servir como modelo para códigos similares tanto en Europa como

Probablemente no existió figura tan adecuada al ideal de la estética neoclásica como Napoleón: un ser con estatura humana —incluso más bajo—, protagonista de una épica sublime y que terminó prácticamente canonizado como Napoleón I, antes de caer trágicamente desde el cielo, como las águilas y los héroes griegos y romanos.





La guerra contra los austriacos y sus aliados rusos terminó con la apoteótica victoria de Napoleón. El pequeño coloso, resguardado en Austerlitz, lanzó un vigoroso ataque de asalto en medio de la línea austrorrusa que dividió y dispersó al enemigo. Dos días después los austriacos, derrotados, firmaron la paz.

en América. Finalmente, en julio de 1801, firmó un Concordato con el papado que regularizó las relaciones entre la Iglesia y el Estado y permitió al clero católico retornar a Francia de su exilio con nuevos obispos.

El 2 de diciembre de 1804 Napoleón se coronó emperador de los franceses, y ciñó la corona en la frente de su consorte, la emperatriz Josefina. Poco después, Napoleón se proclamó rey también de Italia, y designó a un virrey para que gobernara ese país. Esto no fue sino el preludio de una

serie de victorias que lo hicieron dueño de Europa. Gran Bretaña volvió a actuar como tesorera de una Coalición Continental contraria a Francia. En 1804, Napoleón invadió el territorio de los Habsburgo y derrotó al ejército austrorruso en Austerlitz. En 1806 integró la Confederación del Rin con dieciséis estados alemanes, y la anexó a su imperio. Ese mismo año, venció al ejército prusiano en la batalla de Jena.

En 1807, luego de derrotar a los rusos en dos batallas sucesivas, firmó el Tratado de Tilsit con el zar Alejandro, incorporando el Gran Ducado de Varsovia, de reciente formación, a su Imperio Francés. Fue en ese momento, en la cumbre de su carrera, cuando se erigía sobre Europa como un coloso, que Napoleón decidió añadir a España al número de sus conquistas, e impuso como rey a su hermano José.

El imperio de Napoleón era a todas luces una creación artificial, que dependía del genio militar y administrativo de un solo hombre.

Aunque el emperador intentó apuntalar la legitimidad de su Estado casándose con una princesa de Habsburgo, las viejas monarquías europeas permanecieron hostiles. La Gran Bretaña no dejó nunca de bloquear los puertos franceses ni de subsidiar a la oposición. En 1812, Napoleón dirigió un ejército de 600 mil hombres en un ataque contra Rusia, sólo para descubrir que el General Invierno era un enemigo tan temible como cualquier soldado ruso. El pueblo ruso, como el

La Tercera Gran Coalición, concertada por el primer ministro William Pitt entre Rusia, Austria, Suecia e Inglaterra en contra de Francia, se desintegró tras las derrotas de Ulm y Austerlitz. Tal como muestra la caricatura, Napoleón se adjudicó la mayor tajada del pastel.

español, se entregó a la defensa de su país y de su monarca; la invasión fue repelida con pérdidas atroces. Los poderes alemanes, Austria y Prusia volvieron entonces a movilizar sus fuerzas: alentados por la reacción popular en contra del dominio francés, y en colaboración con el ejército ruso, despojaron a Napoleón de su trono. Para ese entonces, un ejército inglés había invadido el sur de Francia desde España. Luego de un breve retorno que culminó con la batalla de Waterloo, Napoleón partió hacia el exilio en la isla de Santa Helena, en el Atlántico, donde murió en 1820.



DESASTRE ECONÓMICO

Los cuarenta años, el príncipe Carlos Antonio de Asturias sucedió en el poder a su padre Carlos III, siguiendo el arcaico y lineal orden de las monarquías. La revolución francesa y el nacimiento de las repúblicas tomaron por sorpresa a un hombre carente de energías y de escasa inteligencia.

Durante el reinado de Carlos IV (1788-1808) predominaron los efectos de la revolución francesa. Por un tiempo, hasta 1792, el nuevo rey mantuvo como ministro de su confianza al conde de Floridablanca, pero a pesar de este signo de continuidad cambió su política al imponer una estricta censura sobre todo material impreso procedente de Francia. Muchas de las revistas que aparecieron durante la década de 1780 fueron prohibidas, y se asignó a la Inquisición una función política al encargársele la supervisión de escritos sospechosos. Con todo, los primeros años de Carlos IV fueron prósperos: se expandió el comercio con América y los ingresos procedentes del imperio llegaron a niveles insospechados. Por otra parte, los virreyes de este periodo, el conde de Revillagigedo en la Nueva España (1789-1794) y Francisco Gil de Taboada y Lemos en el Perú (1790-1796), ejemplificaban todas las vir-

tudes del despotismo ilustrado. En Lima, la publicación del *Mercurio Peruano* (1792-1794) brindó a la elite intelectual un foro para explorar con cautela las realidades de su país. En México, la construcción del Palacio de Minería, de impresionante estilo neoclási-





Carlos IV se rodeó de consejeros en quienes delegaba la pesada tarea del gobierno, al grado de que, se dice, el primer ministro Godoy terminó ocupando su lugar en el corazón de la reina María Luisa y en las decisiones que marcaron el destino de España.

co, demostró la asimilación del gusto dominante de la época. En fin, los años de 1783 a 1793 marcaron el apogeo del Estado borbón y su economía imperial.

En 1792 Carlos IV relevó a Floridablanca de su cargo, en el que asignó brevemente al conde de Aranda, para nombrar finalmente a Manuel Godoy como su principal ministro. Al año siguiente, escandalizado por los excesos de la revolución francesa, el rey declaró la guerra a Francia, inscribiéndose en la Coalición Continental que se había formado para acabar con la república y restaurar la monarquía; pero aunque el registro nominal del ejército era de 160 mil efectivos, sólo 30 mil podían movilizarse para invadir Francia. Mientras tanto ganaba impulso la máquina de guerra jacobina; las fuerzas

francesas atravesaron los Pirineos, ocuparon Guipúzcoa y la fortaleza de San Sebastián. Manuel Godoy tuvo que pedir la paz y firmar en 1796 el Tratado de Basilea, mediante el cual España cedía a Francia Santo Domingo y regresaba a su papel tradicional como fiel aliada de su vecina del norte. Sin embargo, la guerra contra la república había ocasionado un gran estallido de fervor patriótico y religioso; obispos y religiosos denunciaban los crímenes de la revolución. El grito de "Religión, Rey y Patria", que tanto habría de oírse en 1808, ya se alzaba en esos años contra los franceses.

Cierto que el grueso de los gastos de la guerra contra Francia se cubrieron con préstamos del Banco de San Carlos, así como con impuestos y préstamos provenientes de América; pero el precio de la paz fue el desastre económico, pues la alianza con Francia trajo la guerra con Gran Bretaña. Cádiz y otros puertos españoles fueron sometidos a un riguroso bloqueo naval. En adelante, salvo por la breve paz de Amiens (1802-1804), quedó suspendido todo el comercio entre España y su imperio americano. Entre el decomiso de sus barcos y años de inactividad, la mayoría de las casas comerciales de Cádiz se vieron obligadas a cerrar. Al mismo tiempo, la crisis comercial llevó a una drástica caída del ingreso real, de modo que el Tesoro quedó agobiado por la deuda, pues los altos costos de la guerra ya habían causado trastornos en el presupuesto. La suma de vales emitidos por el Banco de San Carlos creció rápidamente, y en esa medida se derrumbó el crédito público. La crisis económica empeoró con la derrota naval infligida por los británicos en 1797 en la batalla del cabo de San Vicente. Al año siguiente fue ocupada la isla de Trinidad y más tarde cedida a Gran Bretaña.





Manuel Godoy sucedió al conde de Aranda en la secretaría de Estado y cautivó desde un principio a los monarcas por su gran tacto. En 1795, logró que se firmara la paz de Basilea, lo que le valió el título de Príncipe de la Paz y el retrato heroico pintado por Goya. Las *Majas* del pintor fueron propiedad de Godoy.

UN GUARDIA DE BUEN VER

Nombrado secretario de Estado en 1792, a los veinticinco años, Manuel Godoy (1767-1851) era un guardia de buen ver que atrajo la atención de la reina María Luisa. No se sabe si efectivamente fue amante de la reina, como decían sus enemigos, pero se piensa que ambos guardaban mutuos sentimientos amorosos. En cuanto a Carlos IV, era un hombre enclenque, lujurioso e indolente, fácil de manipular, que simplemente estaba feliz de tener a Godoy para que fungiera como primer ministro. Nombrado Príncipe de la Paz por concertar la alianza con Francia, Godoy entró a formar parte de la familia real gracias a su boda con la prima del rey, María Teresa de Borbón; no obstante, continuó su relación con Josefa *Pepita* Tudó, con quien tuvo dos hijos y a quien aseguró el título de condesa. Mientras Europa se estremecía ante el espectáculo de Napoleón recorriendo victorioso el continente como



Jovellanos escribió en su *Memoria ... para el arreglo de los espectáculos*: "Resulta pues que el establecimiento y el arreglo de las diversiones públicas será uno de los primeros objetos de toda buena política ilustrada."



La reina María Luisa se refirió a este retrato en una carta a Godoy como "el retrato de todos juntos". Gracias a su astucia, el ministro preferido llegó a formar parte de la familia real, y la terminó acompañando en el vergonzoso exilio que en 1808 llevó a Carlos IV a Francia.



primer cónsul o como emperador, esta Trinidad Real disfrazada de gobierno humillaba a los españoles. En ningún lado quedaron mejor expresados los infortunios de la nación que en los retratos de la familia real de Francisco de Goya, pues con su agudo realismo (que generaciones posteriores tomaron por caricatura) pintó el debilitamiento y la fácil corrupción de la dinastía y su ministro favorito.

Godoy, que en modo alguno era reaccionario, relajó la estricta censura de Floridablanca; en consecuencia, los intelectuales españoles pudieron familiarizarse con las principales líneas del debate europeo sobre los méritos y los fracasos de la revolución francesa. De hecho, favoreció a un grupo de escritores que posteriormente se volvieron "afrancesados", simpatizantes de José Bonaparte, como el dramaturgo Leandro Fernández de Moratín y el poeta Juan Meléndez Valdés. Siguiendo esta política, permitió la publicación del *Informe de ley agraria* de Jovellanos y el nombramiento del asturiano como ministro de Justicia de 1797 a 1798. Al parecer, la designación ocurrió entre 1798 y 1800, cuando Godoy se retiró temporalmente del poder, cediendo el lugar a Mariano Luis de Urquijo, otro joven favorito de la reina y que alguna vez fue amante de la hermana de Godoy, la esposa del marqués de Branciforte, virrey de México. Puesto que tanto Urquijo como Jovellanos pertenecían al partido jansenista, se tomaron medidas para apresurar la reforma de la Iglesia y prácticamente hubo una ruptura con el papado. En 1798 se planteó por primera vez en España la venta de las tierras de la Iglesia, disposición que se extendió al imperio americano en 1804 con resultados desastrosos, especialmente para México. Ésta fue sólo una faceta de toda una serie de medidas orientadas a disminuir los privilegios de la Iglesia y a gravar sus recursos. La presión sin tregua que Godoy ejerció sobre la Iglesia revela su apego a las políticas y a los prejuicios de la Ilustración española.

A principios del siglo XIX, España estaba sitiada por la marina británica, los barcos extranjeros tenían acceso a los puertos de su imperio americano y el valor de los vales del gobierno iba en picada; la monarquía parecía impotente y el momento de la separación o anexión parecía haber llegado. El intento de dos expediciones británicas por ocupar Buenos Aires en 1806 es prueba suficiente del debilitamiento imperial, aun cuando la vigorosa respuesta de la milicia criolla haya impedido la anexión. En la misma España creció el descontento con el régimen cuando Godoy quiso acabar con los privilegios de las Provincias Vascongadas y, en 1805, en un espectacular arrebató de locura, con las corridas de toros. Sin embargo, para entonces, en cuestión de meses, se desencadenarían los acontecimientos que arrebataron el poder a Godoy y desintegraron para siempre al mundo hispánico.

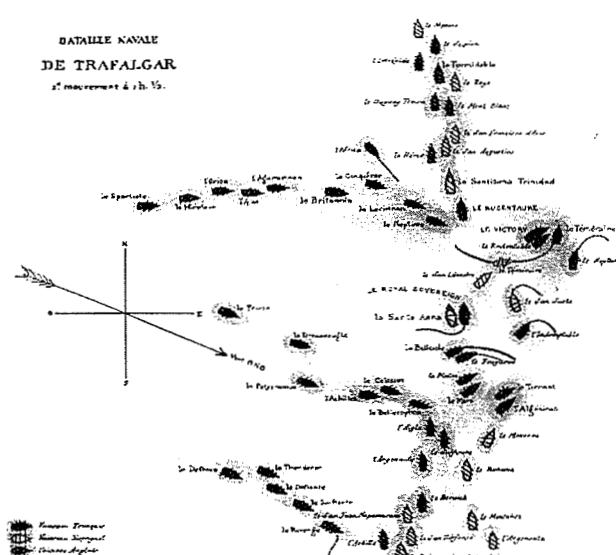
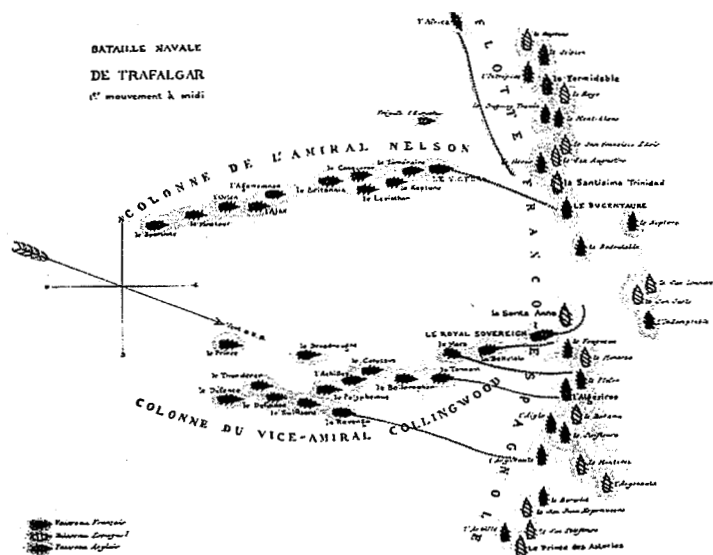
TRAFALGAR

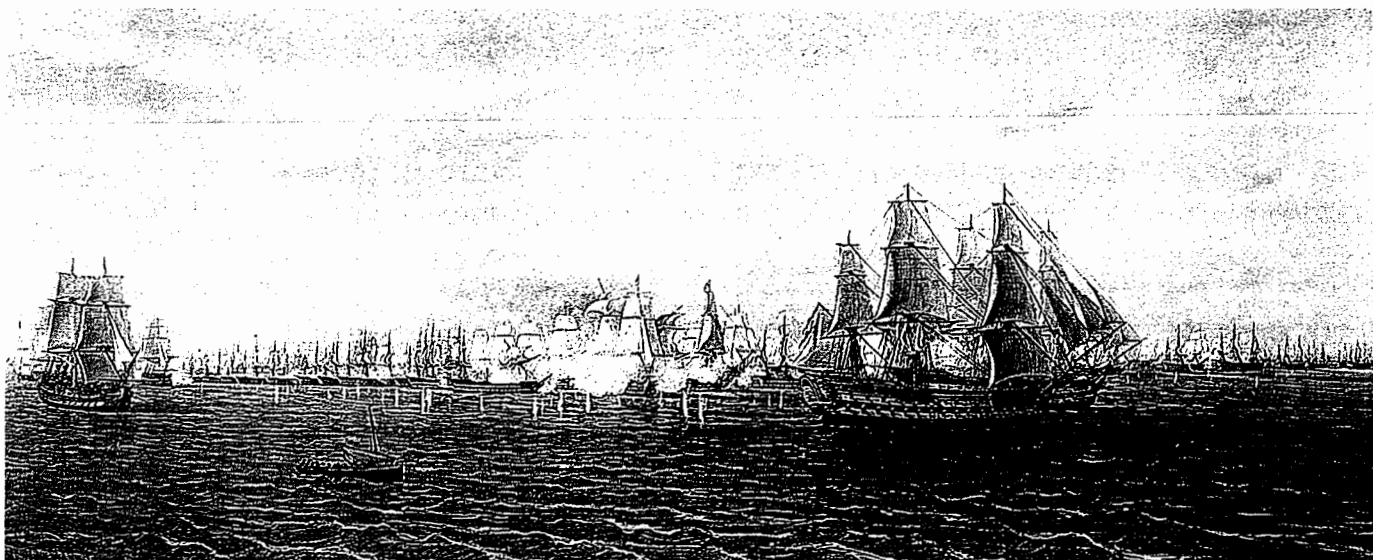


Nelson, comandante de las fuerzas británicas en el Mediterráneo, se dirigió a Cádiz y a Cartagena con la intención de bloquear a la flota francoespañola.

El 21 de octubre de 1805, frente al cabo Trafalgar, la escuadra francoespañola conducida por los almirantes Pierre-Charles Villeneuve y Federico Gravina trabó combate con la flota británica al mando del vizconde Horatio Nelson. Ese día entraron en acción 18 navíos franceses y 15 españoles con unos 30 mil hombres y 2 568 cañones a bordo, para enfrenar a 27 buques británicos que llevaban 17 mil hombres y 2 148 cañones. Nelson lanzó el primer ataque, con una táctica muy sencilla: acercó sus barcos todo lo que pudo a sus contrincantes para destruirlos o capturarlos con reiteradas descargas laterales. La batalla fue una caótica serie de combates individuales, que concluyó con la captura o destrucción de 18 de los barcos franceses y españoles. Esta pasmosa victoria acabó de tajo con la ambición de los Borbones de España de formar una armada imperial y confirmó la supremacía marítima de la Gran Bretaña.

Mientras Francia armaba su revolución y emprendía bajo Napoleón un camino de conquistas enviando sus tropas a Moscú, la Gran Bretaña creó un imperio cimentado en el poder marítimo y el comercio. La revolución industrial impulsó la rápida expansión de la producción manufacturera, y sus barcos mercantes encontraron mercados en todo el mundo. Durante las guerras contra Francia (1793-1802, 1803-1815), la flota británica estableció un circuito de puertos y estaciones comerciales que daba la vuelta al mundo. Simultáneamente, las expediciones tomaron posesión del cabo de Buena Esperanza y de Ceilán, colonizaron Australia, se expandieron hacia el oeste de Canadá y, gracias en parte a las victorias de Arthur Wellesley, extendieron considerablemente sus dominios en la India. En 1804 la armada británica se componía de 405 buques de guerra, incluyendo 83 navíos en servicio activo y 101 fragatas, fuerza que no sólo se empleaba para patrullar las aguas del Mediterráneo y el Atlántico, sino que también escoltaba a los bar-



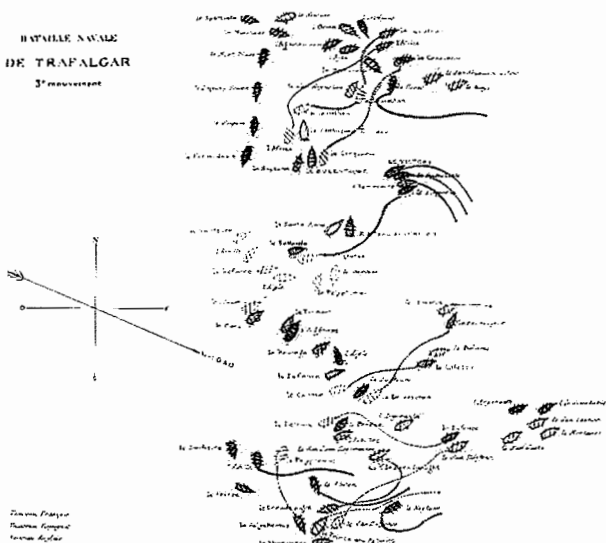


La flota francoespañola se encontró con la armada de Horatio Nelson, que la derrotó en el cabo de Trafalgar. Las fuerzas españolas sufrieron una pérdida irreparable.

Nelson planeó durante 25 días la estrategia para la confrontación con la flota francoespañola que parecía inevitable. En medio del fragor de la batalla, recibió el disparo desde el mástil del barco francés *Redoutable* que acabó con su vida.

cos mercantes a la India o a través del Pacífico. Frente al peligro de una invasión francesa planeada por Napoleón, los gastos de la marina únicamente durante 1805 subieron hasta alcanzar el equivalente de 75 millones de pesos de entonces. Con una población muy inferior a la de Francia y amenazada por una rebelión en Irlanda, Gran Bretaña carecía de la fuerza humana para iniciar una gran campaña militar en el continente europeo. En consecuencia, el gobierno siempre procuró formar coaliciones con Rusia, Austria y Prusia en contra de Francia, y tuvo que subsidiarles sus operaciones. Sólo los recursos generados por el aumento en el comercio y la industria permitieron a Gran Bretaña actuar como tesorero de las potencias europeas; los considerables gastos de guerra se financiaron con préstamos y con impuestos. En 1815 la deuda nacional sumaba el equivalente de 3 350 millones de pesos.

La victoria británica de Trafalgar se debió en gran medida a Nelson, quien ya había derrotado a la flota francesa en la batalla del Nilo en 1798, a la flota española en el cabo de San Vicente en 1797, y a la flota danesa en Copenhague. Ya era un héroe nacional cuando combatió en Trafalgar, y su muerte durante la batalla fue motivo de duelo universal. Pero sus victorias se debieron a la habilidad y a la experiencia de sus hombres y oficiales, así como a la ausencia de estas cualidades entre sus contrarios. Por ejemplo, aunque la flota española tenía en servicio unos 60 navíos, éstos habían permanecido anclados durante varios años; en las tripulaciones había escasez de buenos marinos, y la artillería carecía de experiencia. Con todo y que los barcos españoles tenían a veces mejor diseño que los británicos, los artilleros se tardaban cinco minutos en cargar y disparar un cañón, mientras que a los británicos les tomaba 90 segundos. Quizá el triple poder de descarga de la artillería explique los triunfos marítimos de Gran Bretaña durante esa época.



Bonaparte ciego de soberbia no sabe que Potencia ha de coger, ó el juego de la gallina ciega.



LOS BONAPARTE EN EL TRONO

En el Tratado de Fontainebleau, firmado el 27 de octubre de 1807, Manuel Godoy y Napoleón acordaron la invasión y la repartición de Portugal; la perspectiva de un principado en el Algarbe, al sur de ese país, tentaba a Godoy. Un mes después, el general Junot, al mando de 25 mil soldados franceses, cruzaba los Pirineos y recorría todo Portugal, sin encontrar ninguna resistencia para tomar Lisboa. Antes de que llegaran, el príncipe regente Dom João, acompañado por su corte, sus archivos, su tesoro y unos 15 mil seguidores, zarpó rumbo a Río de Janeiro, escoltado por barcos de guerra británicos. Los monarcas portugueses se quedaron en Brasil hasta 1822, confiando el mando de sus fuerzas en la península a los generales británicos. En compensación por su ayuda, los británicos obtuvieron la entrada libre de sus mercancías en el Brasil, el uso de Río como base para su armada y la abolición de la Inquisición.



La cruel invasión napoleónica desmembró al reino de Portugal en cuatro partes y destruyó a su ejército, que no alcanzó a ofrecer resistencia.

Al entrar el ejército galo en territorio español y ocupar las principales ciudades, el rumor de que los reyes planeaban escapar a América provocó una sublevación popular en Aranjuez, donde se encontraba la pareja real con su preferido Godoy.



Para Napoleón la invasión de Portugal fue sólo un pretexto para enviar más fuerzas a España, donde sus generales tomaron posesión de las fortalezas del norte, en Cataluña y Castilla. La corte española y la elite urbana temían que hubiera francas hostilidades, y abundaban los rumores de que la familia real imitaría a la corte portuguesa y se iría a refugiar en América. Si acaso existió un plan de ese tipo, se vino abajo con la revuelta ocurrida el 18 de marzo de 1808 en Madrid, en la que Godoy fue capturado, y el príncipe de Asturias proclamado rey en Aranjuez. Al día siguiente Carlos IV abdicó en favor de su hijo, Fernando VII, figura insignificante, que al decir de su joven novia era feo, patizambo, soso e inculto. La entrada del nuevo rey en Madrid fue opacada por la presencia del mariscal Joaquín Murat, gran duque de Berg, quien había ocupado la capital con 30 mil soldados franceses.

En estas circunstancias desesperadas, Napoleón invitó a Bayona a Carlos IV y a la reina María Luisa, asegurando al mismo tiempo la liberación de Godoy. Así embaucó también al renuente (e inocente) Fernando VII para que asistiera a esta reunión familiar de los Borbones en Bayona. Las escenas subsiguientes, consignadas por Napoleón, son dignas de nota: el emperador ejerció toda su presión para obtener la abdicación de estos monarcas y así poner a su hermano José como rey de España. Carlos le reclamó abiertamente a su hijo que hubiera usurpado el trono, y María Luisa llegó a sugerirle a Napoleón que ejecutara a Fernando. Entre divertido y escandalizado por tales desavenencias, Napoleón logró finalmente asegurar la abdicación tanto de Carlos IV como de Fernando VII, y su consentimiento para nombrar a José Bonaparte rey de España a cambio de una sola condición: que la religión católica seguiría siendo el credo oficial de España. Tras esta declaración, los Borbones fincaron sus reales en Francia en los palacios que les asignaron.

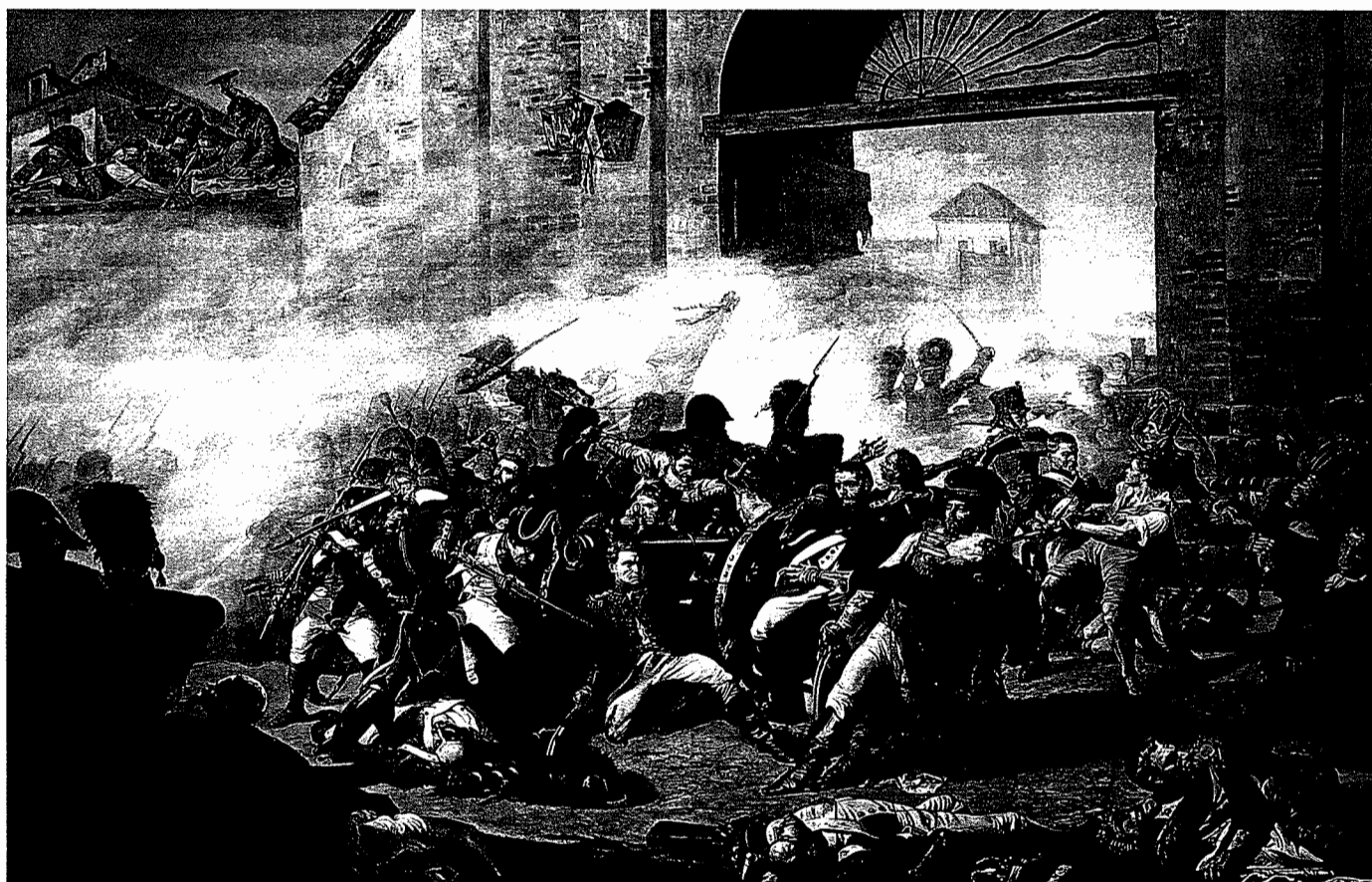
Para dar un aire de legitimidad a dichos procedimientos, Napoleón convocó a un grupo de “notables” de todo tipo —obispos, nobles—, nada representativo, que aprobó el cambio de dinastía y se comprometió a aceptar una constitución con elementos para un gobierno representativo, aun cuando el rey y su consejo de Estado sujetaban firmemente las riendas del poder. El documento se publicó el 6 de julio de 1808. Ese mismo mes, el nuevo rey viajó a Madrid sólo para descubrir que los franceses ya no eran bienvenidos en España.

INSURRECCIÓN GENERAL

El dos de mayo de 1808, mientras los franceses pretendían mandar al exilio al hijo menor de Carlos IV, el pueblo de Madrid elevó sus protestas, y cuando el fuego de la artillería los hizo retroceder frente al palacio, se desencadenó un levantamiento general. Esgrimiendo pistolas, cuchillos y palos, el pueblo de Madrid atacó a las tropas francesas, y combatió sin titubear la caballería polaca y los mamelucos que intentaban dispersarlos. Parte de la guarnición militar española se unió a la revuelta. Sin embargo, esta lucha desesperada y desigual entre civiles sin armas y soldados regulares con cañones de refuerzo no podía durar mucho, y fue reprimida con pérdidas para ambos bandos. La tragedia del levantamiento se consumó cuando el mariscal Murat ordenó el fusilamiento de los prisioneros españoles durante la noche. Estos fueron sucesos memorables que Goya plasmó con una fuerza sin igual.

Cuando las noticias de lo ocurrido en Madrid llegaron a las provincias, la reacción fue violenta y general. En toda la península brotaron

Luis Daoiz fue uno de los primeros patriotas de la independencia nacional ibérica. Murió heroicamente en Madrid al encabezar la oposición popular a la ocupación de la plaza por las tropas francesas.





La libertad del pueblo español era suprimida por la ley del más fuerte. La desventurada España de comienzos del siglo XIX, al tratar de sacudirse el yugo napoleónico, presenció la muerte *Con razón o sin ella* de miles de sus valientes hijos.

bandas de campesinos y artesanos decididos a capturar a cualquier francés y atacar a cualquier sospechoso de colaborar con los invasores extranjeros, así gozara de inmejorable posición. Los viajeros eran detenidos e interrogados. Temerosas de sus vidas y sus propiedades, las elites locales y las autoridades provinciales, hasta entonces dispuestas a aceptar al rey francés, se colocaron de inmediato al frente de la insurrección popular.

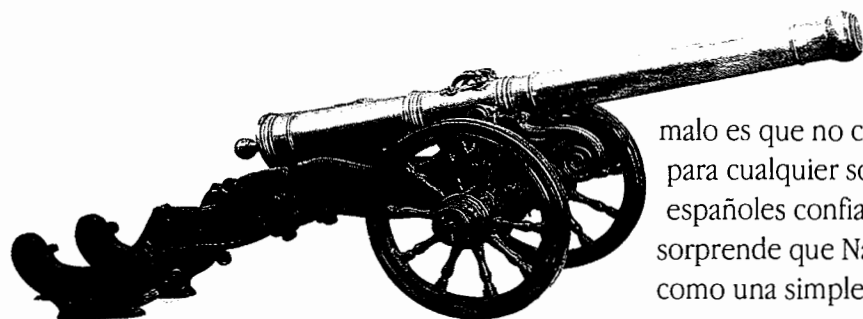
Las instituciones existentes dejaron ver su inutilidad cuando los franceses tomaron el poder; entonces se crearon juntas locales y provinciales, aunque a menudo integradas por antiguos notables y funcionarios. La autoridad de estos cuerpos, sin embargo, no dependía de ningún rey, pues aunque todos reconocían a Fernando VII, constituían una forma de poder popular, provincial. Para principios de junio, la movilización se había extendido a toda España y no tardaron en surgir disputas entre las juntas. Todas ellas comenzaron a reclutar milicias.

Un rasgo notable de esta movilización popular fue el papel desempeñado por el clero, particularmente por los frailes. Una vez más, como en 1793, los obispos y los sacerdotes predicaron la cruzada contra la Francia impía, acusando a Napoleón de ser el Anticristo que había llegado a destruir la Iglesia española. Una vez más presentaron al pueblo español como otro Israel, como un pueblo llamado por la Providencia ya no a conquistar continentes enteros, sino simplemente a dar la vida en defensa de su religión.

A pesar de la amplia movilización popular, combatir al ejército francés fue en realidad una tarea que recayó en el ejército regular con el refuerzo de civiles uniformados. Nominalmente había 150 mil hombres enrolados, pero en muchos regimientos faltaban hombres, algunos regimientos extranjeros optaron por servir al rey José y el cuerpo de oficiales estaba viejo, mal entrenado y dividido. Que la caballería tuviera sólo 9 256 caballos para 13 296 hombres indica la naturaleza del problema. No se hacían grandes esfuerzos por establecer un alto mando unificado, de tal suerte que los generales dirigentes solían restringir sus operaciones a aquellas provincias en donde su influencia era mayor. Además eran pocos los oficiales que tenían alguna experiencia en el combate o por lo menos cierta habilidad en el arte

de la guerra. El duque de Wellington comentaría posteriormente: "Los españoles son excelentes soldados. Lo

malo es que no confían en sus oficiales —esto sería malo para cualquier soldado—, pero ¿cómo podrían los españoles confiar en unos oficiales como los suyos?" No sorprende que Napoleón pensara en la guerra de España como una simple operación policiaca.



¡RELIGIÓN, REY Y PATRIA!

La caricatura muestra a Napoleón aturdido, sin saber qué hacer con España y sin poder consolidar su sueño de hegemonía continental. La resistencia española atizó la irritación del emperador francés.

La resistencia española se fortaleció enormemente con la rendición de un cuerpo del ejército francés después de la batalla de Bailén, el 19 de julio de 1808. Al mando del general Dupont, veterano de las victorias napoleónicas sobre Alemania, unos 20 mil franceses, reclutas bisoños en su mayor parte, habían marchado en dirección al sur, hacia Andalucía. Cuando Córdoba se negó a abrir sus puertas, asaltaron la ciudad y, sometiéndola al pillaje, saquearon las casas y atacaron a las mujeres. Jaén había de sufrir un destino similar. Fue entonces cuando Dupont descubrió que con el levantamiento general sus líneas de comunicación con Madrid habían quedado interrumpidas, pero en vez de ordenar la retirada, prefirió pasar un mes en Andújar esperando refuerzos. Su inactividad permitió al general Javier Castaños, comandante del ejército de Andalucía, desplegar a sus 34 mil hombres y rodearlos. Para entonces los franceses se habían dividido en dos bandos; el calor y la falta de agua los





hacían sufrir. Cuando empezó la batalla, Dupont lanzó un ataque desordenado que fue rechazado de inmediato, y viendo que las fuerzas enemigas eran mucho más numerosas, optó por rendirse. Fueron capturados unos 17 635 soldados, y aunque Dupont y sus oficiales finalmente regresaron a Francia, la mayor parte de la tropa fue abandonada a su suerte en la bahía de Cádiz. Esta victoria sobre el ejército francés, hasta entonces considerado invencible, sacudió a Napoleón y llenó a los españoles de entusiasmo.

Como una aparición, Agustina Zaragoza y Domenech surgió entre los cadáveres de los soldados que yacían junto al cañón. Recogió la mecha y, gritando "¡Viva España!", la aplicó al cañón cargado de metralla.

Los sesenta días que duró el sitio de Zaragoza, del 15 de junio al 14 de agosto de 1808, son el mejor ejemplo del valor declarado y tenaz de la resistencia española. Zaragoza, ciudad de unas 55 mil almas dominada por el imponente santuario de Nuestra Señora del Pilar, fue atacada por un ejército francés que llegó a contar con 15 mil hombres. La población, que había proclamado al general José Palafox capitán general de Aragón, descubrió que éste había dejado a la ciudad indefensa, prefiriendo trabar combate con los franceses en el campo sólo para ser derrotado en la batalla de Belchite. Desprovista de guarnición militar, Zaragoza fue defendida por la población civil al mando del intendente Lorenzo Calvo de Rosas. Sacerdotes y frailes tuvieron un papel destacado, animando y dirigiendo la defensa. También hubo ocasiones en que las mujeres se unieron al combate, y en cierta ocasión crucial, Agustina Zaragoza y Domenech salvó el día al disparar un cañón después de que su esposo cayó muerto. Reanimado por esta resistencia, Palafox regresó a la ciudad trayendo refuerzos, y cuando los franceses se mostraron dispuestos a negociar, declaró que darían "guerra a cuchillo". Durante todo el sitio los defensores invocaron la ayuda de su patrona, Nuestra Señora del Pilar, y pelearon por "Religión, Rey y Patria". Si la ciudad sobrevivió, fue porque en agosto el rey José dejó Madrid y se retiró rumbo al norte.

A fines del verano de 1808, parecía que la invasión francesa de la península se había detenido a la mitad del camino. Después de Bailén y Zaragoza, las tropas francesas se reagruparon en el norte. Una expedición inglesa desembarcó en Portugal y, al mando de Arthur Wellesley, derrotó a Junot en la batalla de Vimeiro, dejando a 20 mil soldados franceses en la necesidad de ser repatriados. En total, eran

En Zaragoza no hubo autoridades sumisas, ni ciudadanos obsequiosos, ni damiselas sonrientes, ni monjes apoltronados que ofrecieran a los franceses lo mejor de la ciudad. La furia aragonesa respondió a los invasores con metralla y bayonetas en ristre.



unos 130 mil los soldados franceses que habían cruzado los Pirineos desde 1807; de ellos, se calcula que 30 mil murieron o cayeron prisioneros, 20 mil acabaron en hospitales y otros 20 mil regresaron a Francia bajo la bandera inglesa. En ese momento Napoleón decidió intervenir personalmente.

EL REY JOSÉ



Hermano mayor de los Bonaparte, José estuvo siempre a la disposición de su enérgico hermano, que lo movió cual ficha de ajedrez de Nápoles a España y lo hizo reinar en la tierra del Cid por la fuerza.

No obstante su pesimismo, un grupo de españoles formado por intelectuales y ex funcionarios apoyaron su régimen con la esperanza de que el nuevo gobierno actuara como un potente motor de reformas sociales y políticas. Y de hecho, las políticas de estos “afrancesados” se aplicaron en algunos aspectos importantes. Para comenzar, se abolieron todas las viejas provincias y corregimientos, y se reemplazaron con 38 departamentos. También se abolieron todos los viejos títulos de nobleza y los últimos residuos de la jurisdicción señorial. Pero sobre todo, desapareció la Inquisición, y en agosto de 1809 todos los conventos fueron suprimidos, los religiosos expulsados y sus propiedades confiscadas. No sorprende entonces que tantos frailes y monjes se unieran a la lucha contra los franceses. Por su parte, el rey José se dedicó a embellecer Madrid y a cultivar el teatro, la ópera y las corridas de toros.

Si José siguió siendo rey hasta 1813 fue porque el mismo Napoleón llegó a España en noviembre de 1808, al mando de un ejército de más de 100 mil hombres. Aunque apenas pasó dos meses en el país, nombró a un talentoso equipo de generales para que pusieran en práctica su gran estrategia, hombres como Soult, Massena y Marmont, victo-

Al llegar a España, José Bonaparte se lamentó con Napoleón: “no hay un español que se me muestre adicto”. Liberal de buenas intenciones, el nuevo rey no pudo ganarse el respeto de sus súbditos, quienes burlonamente lo llamaban Pepe Botellas dada su afición por la bebida.



Los españoles no sólo perdieron su libertad, la ocupación francesa fue motivo de saqueos y ataques en contra del clero y de toda la ciudadanía de la península.

riosos en otras campañas europeas. Con la superioridad numérica de su ejército —que en su mejor momento llegó a contar con más de 300 mil soldados en la península— y la experiencia de sus generales, los franceses podían cantar victoria. La heroica Zaragoza se hallaba entonces sitiada por 35 mil hombres y asolada por la artillería, de modo que a los dos meses, entre escenas de destrucción sin paralelo y las calles sembradas de cadáveres, la ciudad fue tomada. A partir de allí el ejército regular español sufrió derrota tras derrota, y las tropas restantes tuvieron que replegarse hacia el sur o hacia las montañas. El 19 de noviembre de 1809, en la batalla de Ocaña, las fuerzas francesas acabaron con lo que quedaba del ejército regular de España. En febrero de 1810, el rey José entró triunfante en Sevilla, y ese año los franceses afianzaron su control sobre la península. Sólo Cádiz y Lisboa conservaron su libertad gracias a la protección y el aprovisionamiento de la flota británica. Los frutos de la victoria francesa quedaron de manifiesto en febrero de 1810, cuando Napoleón se anexó Cataluña, Aragón, Navarra y las Provincias Vascas, y dispuso de esos ingresos para financiar su ejército. Así desmembró efectivamente a España.

Aunque España había sido conquistada y sus principales ciudades ocupadas por las guarniciones francesas, la población no dejó de ofrecer resistencia. En toda la península surgieron entonces grupos guerrilleros que no tardaron en controlar las montañas y el campo. Ellos fueron los que ultimaron a los franceses rezagados y los que hicieron de la lucha por la independencia una guerra tan cruenta y feroz; esas atrocidades, de las que ambos bandos fueron culpables, las representó Goya con gran fuerza expresiva en los *Desastres de la guerra*. Algunos de los jefes crearon redes de poder local que se mantuvieron por años. En todo esto, el papel del clero fue crucial para animar la resistencia. Y sobre todo, el efecto de esta guerrilla general fue quitar a los franceses cualquier posibilidad de obtener apoyo español, pues todos los colaboradores, salvo aquellos protegidos por los soldados de Bonaparte, no tardaban en recibir amenazas, e incluso eran castigados con la muerte.

En ese momento, muchos clérigos franceses exiliados habían entrado ya en la península, y su presencia avivó los temores de la Iglesia: el predicador capuchino Diego de Cádiz exhortó a sus compatriotas a emprender una cruzada contra los franceses impíos que habían asesinado a su rey y atacado la fe católica.





WELLINGTON

Inglaterra fue durante siglos el enemigo proverbial de España. En un abrir y cerrar de ojos, el antagonista de siempre resultó ser el aliado heroico del momento, en quien se depositaban todas las esperanzas para derrotar al emperador francés.

La guerra de guerrillas sabotó la ocupación francesa cortando las líneas de suministro e impidiendo la colaboración española; sin embargo, fue la capacidad militar de Arthur Wellesley, posteriormente duque de Wellington, la que venció a toda una serie de generales franceses. Wellington, aristócrata angloirlandés con todos los prejuicios conservadores de su casta, era prudente, austero, un maestro de la táctica, y desde un principio advirtió la contradicción central de la estrategia francesa. Si los franceses querían controlar la península y derrotar a las guerrillas, debían disper-

sar sus fuerzas en unidades relativamente pequeñas. Pero si se proponían vencer a los británicos y tomar Lisboa, tenían que concentrar su ejército. Además, el ejército francés estaba acostumbrado a vivir de los países que ocupaba y tenía organizados pocos trenes de aprovisionamiento, costumbre que evidentemente los enemistaba con los campesinos, a quienes despojaba de sus alimentos y su ganado.

Wellington, por su parte, mantenía el control de Lisboa desde agosto de 1808, y había construido un sistema de defensa de grandes trincheras en las líneas de Torres Vedras. También había sido nombrado comandante en jefe del ejército portugués, y con la ayuda de otros oficiales británicos convirtió estos regimientos en una fuerza de combate confiable. Fue sólo gracias a esta ayuda portuguesa que sus ejércitos pudieron nivelarse con las fuerzas francesas que enfrentaban. En campaña, Wellington siempre procuró



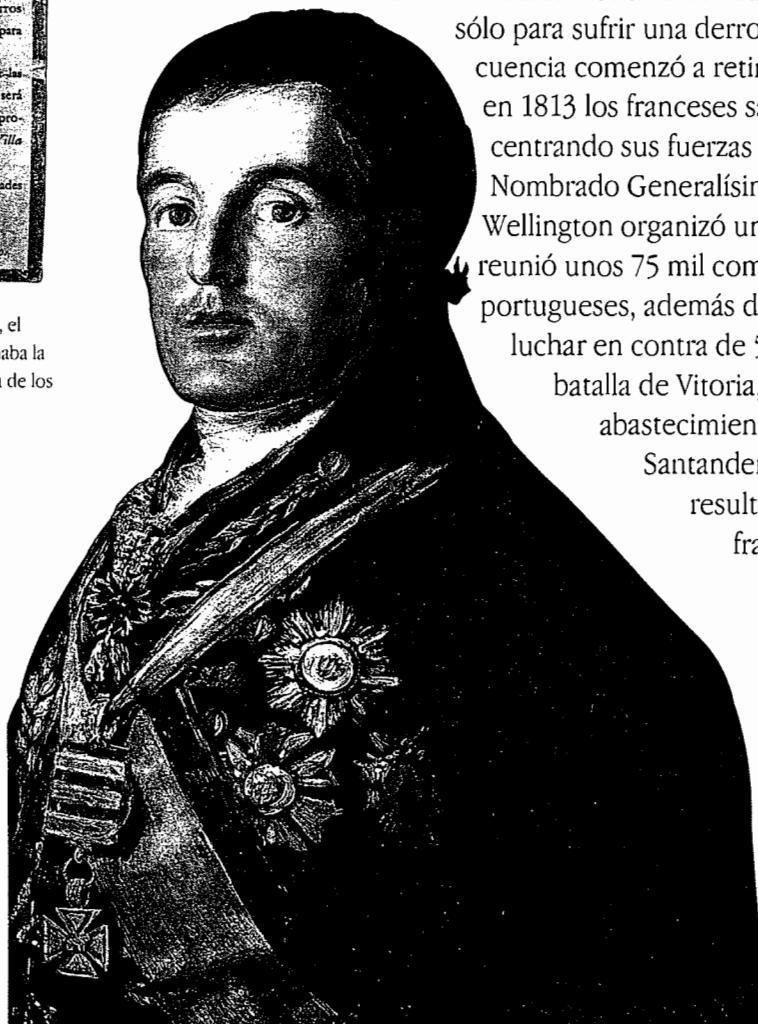


El poderoso ejército de Francia contaba con un número mayor de soldados bien entrenados. Los españoles resistieron desesperadamente para conservar su libertad.



Por cualquier punto que pasaba, el duque de Wellington aprovechaba la oportunidad para atizar la resistencia de los españoles contra el invasor.

En 1808, la Gran Bretaña encargó a Arthur Wellesley, duque de Wellington, la derrota de las fuerzas de Napoleón. Un militar formado en Francia era el único capaz de tomar ventaja de la situación en la que se encontraba España.



que su ejército recibiera aprovisionamiento de Inglaterra. Detrás de su éxito final se hallaba el poder naval de la Gran Bretaña y los recursos financieros que permitieron al gobierno británico gastar unos 20 millones de pesos anuales durante la campaña de la península.

No es éste el lugar apropiado para describir con detalle las campañas de Wellington. Baste con decir que en 1809 rechazó la invasión de Soult a Portugal, y que luego entró en España a la cabeza de 20 mil hombres para encontrarse, en la batalla de Talavera, con que sus aliados españoles carecían de generales de calibre. Se retiró a Portugal, y en 1810-1811 hizo frente a la invasión de Massena, quien iba al mando de un ejército de 65 mil soldados. Wellington los hizo retroceder evacuando a la población del campo y haciendo de Lisboa una fortaleza inexpugnable. No fue sino hasta 1812 cuando logró, primero, tomar Badajoz por asalto (allí las fuerzas británicas demostraron ser tan salvajes como las francesas), y luego, el 22 de julio, derrotar a Marmont en la batalla de Salamanca, en la cual un ejército angloportugués de 51 mil hombres combatió a

48 mil franceses. Ese año de 1812 Napoleón invadió Rusia sólo para sufrir una derrota desastrosa. En consecuencia comenzó a retirar soldados de España, y en 1813 los franceses salieron de Andalucía, concentrando sus fuerzas en el norte de España. Nombrado Generalísimo del ejército español, Wellington organizó una campaña magistral, reunió unos 75 mil combatientes entre ingleses y portugueses, además de 7 mil españoles para luchar en contra de 57 mil franceses en la batalla de Vitoria, el 21 de junio de 1813; el abastecimiento de sus tropas llegó de Santander en tren de mulas. El resultado fue la derrota de los franceses, y una vez que los

ingleses tomaron la fortaleza de San Sebastián, la entrada a Francia quedó abierta. Ya para entonces, el rey José, su corte y sus ministros españoles habían huido a través de los Pirineos. El 7 de enero de 1814 José abdicó formalmente.

EN BUSCA DE UN GOBIERNO



Tras el deshonor pasado en Bayona al tener que regresar la corona a Carlos IV y ceder sus derechos a Napoleón, Fernando VII y sus hermanos, los infantes don Carlos y don Antonio, tuvieron que exiliarse en Valencey.

Si el ejército regular español se derrumbó al enfrentar la invasión francesa, las instituciones del gobierno fueron incapaces de asumir el control de la resistencia en contra de la abdicación forzosa de los Borbones. Las juntas provinciales asumieron el poder, pero pronto se hizo evidente que si querían evitar rivalidades era necesario establecer una autoridad central. El 25 de septiembre de 1808 se instauró la Suprema Junta Central Gubernativa, compuesta de dos diputados por cada junta provincial; su composición era prueba de que en ese momento España era un “conjunto de pueblos”. Con el octogenario conde de Floridablanca en la presidencia, la Junta Central demostró su impotencia, incapaz de brindar ni dirigencia política, ni coordinación militar. La principal influencia fue Manuel José Quintana, su oficial mayor, cuya tertulia funcionaba como un salón liberal. También tenía mucho ascendiente Gaspar Melchor de



El tlaxcalteca Miguel de Lardizábal fue nombrado por Fernando VII ministro universal de Indias, puesto que aprovechó para conceder cargos públicos a los hispanoamericanos.

Miguel de Lardizábal formó parte de la comisión que trazó los límites entre España y Francia antes de la invasión de la península. Se consideraba representante de Fernando VII y luchó por la liberación de España. Ocupó un puesto en la Junta Central representando a México y más tarde formó parte de la regencia.

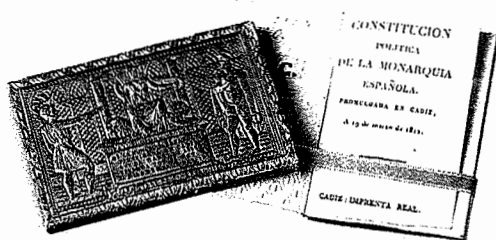


Jovellanos, el ex ministro de Justicia, quien exhortó a la Junta a convocar las cortes nacionales para fijar una forma legítima de gobierno representativo.

El problema fue que la abdicación de los Borbones, por arbitraria que haya sido, hundió a todo el mundo hispánico en una crisis constitucional. Hasta la corriente más conservadora de la doctrina legal pregonaba que si la monarquía renunciaba al poder, la soberanía regresaba al pueblo. Pero ¿qué instituciones tenían el derecho de ejercer el poder por parte del pueblo soberano? En un importante informe, Jovellanos argumentaba que desde 1519 el gobierno español, tanto de Habsburgos como de Borbones, había sido una forma de despotismo monárquico que había anulado sus libertades e instituciones medievales. Volviendo la vista hacia otros países, elogiaba las constituciones británicas y norteamericanas, porque observaban el principio moderno de "equilibrio político", es decir, la separación de poderes en los ramos del gobierno ejecutivo, legislativo y judicial. Es evidente que el papel de la representación era aquí de lo más importante. Pero Jovellanos no abogaba por convocar una asamblea constituyente encargada de la tarea de redactar una nueva constitución; a lo que llamaba era a convocar las cortes tradicionales, aunque divididas en dos cámaras, una para la nobleza y los obispos y otra para los comunes, siguiendo el modelo del Parlamento británico. Por lo demás, quería leyes que garantizaran la libertad de prensa y la libertad de asociación. De hecho, este plan se proponía revivir la antigua constitución española, y cobró forma en un decreto de la Junta Central del 22 de mayo de 1809. En él se resolvía: "que se restablezca la representación legal y conocida de la Monarquía en sus antiguas Cortes".

La desintegración del ejército español obligó a la Junta Central a

refugiarse en Sevilla, donde fue disuelta el 29 de enero de 1810 y reemplazada por una regencia de cinco hombres, entre quienes se contaban el obispo de Orense, Pedro de Quevedo y Quintano, el general Francisco Javier Castaños (el héroe de Bailén) y Miguel de Lardizábal y Uribe, abogado mexicano que desde hacía mucho tiempo vivía en España. A su vez, los regentes tuvieron que dejar Sevilla y refugiarse en Cádiz, junto con miles de sus compatriotas. Protegida por la flota británica y comunicada con el continente por una simple vereda a través de ciénagas, la ciudad era inexpugnable. En este tumultuoso puerto la regencia optó por respetar la última decisión de la Junta Central y convocar las cortes generales.



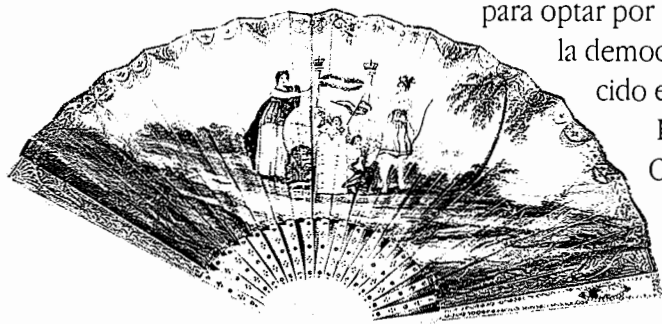
La Constitución de 1812 garantizaba los derechos civiles individuales, la seguridad personal y los derechos políticos, como el de la libertad de imprenta.

LIBERALES EN CÁDIZ

Mientras las guerrillas españolas y los soldados británicos combatían a los franceses, los liberales españoles pasaban el tiempo en Cádiz entre intrigas y peroratas. Cuando las cortes iniciaron sus procedimientos el 24 de septiembre de 1810, su primer acto fue declarar que estaban investidas con la soberanía de la nación española y que la regencia, como poder ejecutivo nacional que actuaba en representación de Fernando VII, debía reconocer esa soberanía mediante juramento formal. Fue entonces cuando el obispo de Orense prefirió renunciar a prestar juramento. El número de integrantes de las cortes fue muy variable en las distintas sesiones, pero según alguna fuente se componía de



El motivo de este abanico muestra la unión entre España y América. Según la Constitución de Cádiz, la nación española estaba compuesta por los españoles de ambos hemisferios.



158 diputados peninsulares y 53 americanos, aunque había entre estos últimos numerosos diputados suplentes. Un treinta por ciento de los diputados pertenecían al clero y un veinte por ciento eran funcionarios de gobierno; los demás eran abogados, militares y funcionarios locales en su mayoría. Desde un principio, predominaron en la asamblea los jóvenes liberales, quienes se habían nutrido de libros franceses, habían seguido modelos franceses en arte y literatura, y no veían razón alguna para optar por una política de corte británico. Al mismo tiempo temían la democracia pura y repudiaban el Terror que había ensombrecido el nombre de la revolución francesa.

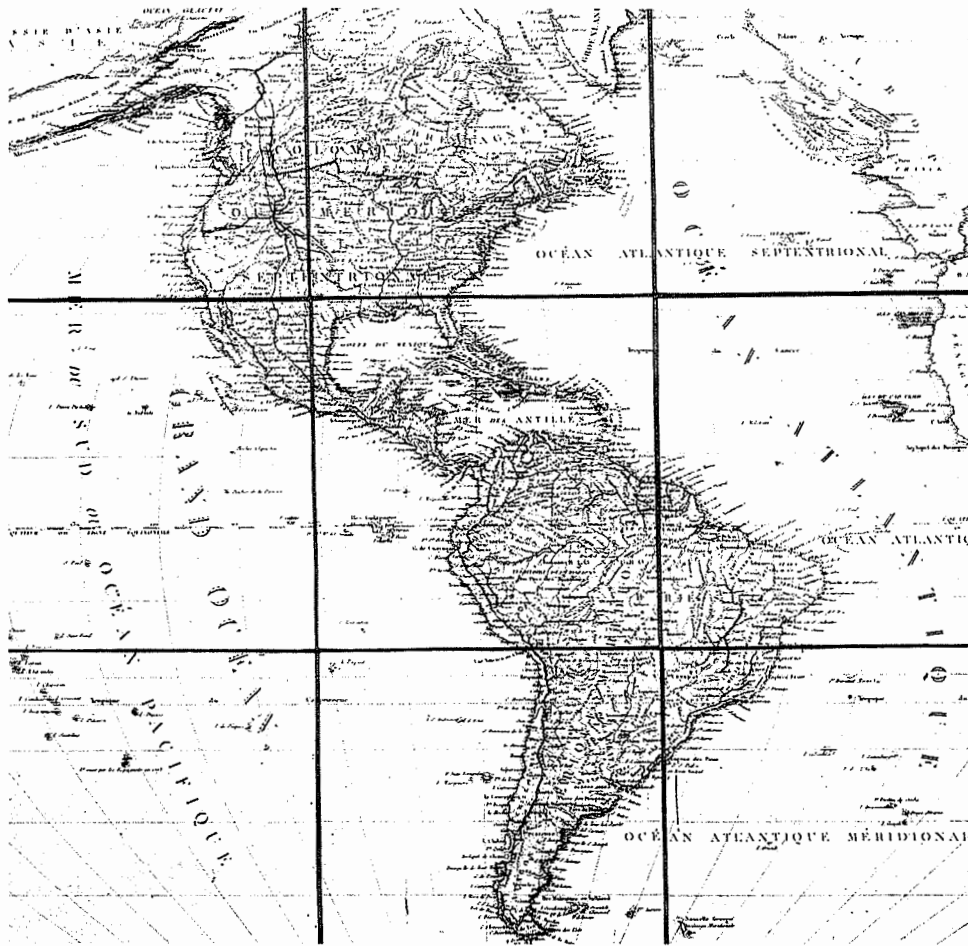
El resultado de las deliberaciones de las cortes fue la Constitución de Cádiz, firmada el 18 de marzo de 1812 por 184 diputados. En ella se afirmaba que "la Nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios" y que "la soberanía reside esencialmente en la Nación..." La principal encarnación de

esta soberanía eran las cortes, cuyos miembros debían ser elegidos mediante un complicado sistema de juntas electorales en diversos niveles. Las cortes tenían poder para legislar; pero "la potestad de hacer ejecutar las leyes reside exclusivamente en el Rey", quien también era responsable de mantener el orden público y la seguridad nacional. Así se estableció de hecho una rigurosa separación de los ramos legislativo y ejecutivo del gobierno. A diferencia de su ejemplo francés, no hubo en ella una declaración de los derechos del hombre; en cambio, estableció que "la religión de la Nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera". El propósito fue crear un Estado unitario, una nación homogénea compuesta por ciudadanos libres e iguales, pero se hizo caso omiso de las hondas lealtades provinciales de tantos españoles, en la península y en América.

Una vez concluidas las deliberaciones acerca de la Constitución, las cortes procedieron a suprimir todos los derechos y las jurisdicciones feudales que seguían existiendo, y luego, el 22 de enero de 1813, votaron por abolir la Inquisición. Con ánimo aún más desafiante, en febrero de 1813 prohibieron a las comunidades religiosas pedir dinero para reestablecer sus casas tras la salida de las tropas francesas, y de hecho les ordenaron no admitir novicios. Estos actos fueron los que llevaron a Wellington a criticar a los diputados, porque "no se preocupan más que de su estúpida Constitución y de cómo seguir en guerra con obispos y sacerdotes..." Sin embargo, lo que más lo inquietaba era que la Constitución no ofrecía protección a los derechos y propiedades de los terratenientes. Por su parte, José María Blanco y Crespo, español exiliado en Inglaterra, descalificó la Constitución como pieza literaria, simple documento que no guardaba relación con las realidades de la sociedad y la política españolas.



LAS JUNTAS AMERICANAS



Como se aprecia en este mapa francés de 1820, para Europa la América española siguió siendo un territorio inalterado y sujeto al dominio pleno de la corona, a pesar de que en esas mismas tierras se habían proclamado ya nuevos países independientes.

hubo conspiraciones de los comerciantes peninsulares para reestablecer el gobierno español. En 1809 se formaron juntas en Quito y en el Alto Perú que tuvieron corta vida. Pero fue en 1810 cuando se dio a conocer toda la dimensión de la derrota española: en la mayoría de las capitales provinciales del imperio americano, la elite criolla usó su control sobre las fuerzas de la milicia para destituir a los funcionarios coloniales españoles y para establecer juntas que gobernarán en nombre de Fernando VII. En mayo de 1810, en Buenos Aires, unos 251 individuos reunidos en cabildo abierto declararon que con la abdicación de los Borbones, la soberanía había regresado al pueblo, quien actuando por medio del cabildo tenía derecho a establecer su propia junta. Si la elite criolla actuó con tal determinación, se debe a que en 1806 había reclutado una milicia local que rechazó dos expediciones británicas sucesivas.

En 1810 ocurrieron sucesos similares en gran parte de la América española. En Chile, Quito, Nueva Granada y Venezuela se formaron

Cuando llegaron a América las noticias de que Napoleón había impuesto en el trono a José, estallaron las patrióticas declaraciones de lealtad hacia Fernando VII. Pero cuando la elite criolla se enteró del surgimiento de las juntas provinciales en España, alzó la demanda de que se formaran juntas similares en América. Las autoridades coloniales existentes se negaron a prestarle atención, y



En Buenos Aires, la noticia de la invasión francesa llevó a los españoles de América a reunirse en una junta de gobierno. El partido españolista puso en la presidencia al virrey Cisneros.

A raíz de la revolución de mayo en España, los criollos argumentaron que ni el pueblo español, ni las juntas que supuestamente lo representaban tenían soberanía sobre los americanos. En medio del caos y la irritación generalizada, el 18 de septiembre de 1810 se convocó en Santiago de Chile a una junta de gobierno y después a un congreso nacional.

juntas, y casi todas recurrieron a los mismos argumentos para justificar la toma del poder. No obstante, en Nueva Granada el derecho de Bogotá de hablar en representación de toda la provincia fue impugnado de inmediato por otras ciudades como Cartagena y Tunja, que también formaron sus juntas y acabaron declarando su independencia de la capital. La guerra civil pronto cobró fuerza. En Caracas, los principales terratenientes usaron su poder de mando sobre la milicia no sólo para establecer una junta: en 1811 declararon su total independencia de España

y al año siguiente promulgaron su Constitución. Esta república —conocida como la República Boba— fue, sin embargo, aplastada por la rebelión popular de los pardos, quienes se sintieron excluidos de un Estado dominado por los criollos, y a pesar de que Simón Bolívar logró formar un ejército en Nueva Granada para reprimir la reacción de los realistas, también él tuvo que huir en 1814 ante la irrupción de los llaneros, fuerzas populares encabezadas por Tomás Boves. Que el pueblo se haya pronunciado en dos revueltas sucesivas en favor de la corona demuestra cuán limitado era el poder de convocatoria del movimiento independentista de inspiración criolla.

En Lima, el virrey Fernando de Abascal (1806-1816) logró impedir el surgimiento de una junta, y en adelante empleó los recursos del Perú para reconquistar las provincias vecinas a la causa realista. En esta empresa, recibió gran ayuda del brigadier Juan Manuel de Goyeneche, quien formó un ejército encabezado por jóvenes criollos. Los terratenientes de esta región guardaban amargos recuerdos de la rebelión de Túpac Amaru de 1780-1781 y temían que la independencia amenazara su posición y propiedades. Fue Goyeneche quien reconquistó el Alto Perú en 1811. Alcanzada la paz en las tierras altas, el virrey Abascal

envió fuerzas que en 1812 volvieron a tomar Quito y 1814, Chile. No obstante, la Constitución de Cádiz frustró estos esfuerzos reaccionarios, pues su publicación en Perú causó enorme exaltación y llegó a provocar una rebelión abierta en Cuzco, en 1814, que el ejército realista se ocupó nuevamente de reprimir. El gobierno español en América dependía ahora de la lealtad de los ejércitos locales, cuyos oficiales eran una incómoda mezcla de criollos y peninsulares.



SEXENIO PERDIDO

Al enterarse de la caída de Napoleón, Fernando VII se negó a defraudar las esperanzas de los españoles: rechazó el despotismo, prometió la reunión de las cortes con los representantes de la península y de las Indias, aseguró la libertad individual y la justa libertad de imprenta. Después cambió de opinión.



El 24 de marzo de 1814, Fernando VII el Deseado volvió a España entre manifestaciones de “indescribable júbilo” e “indecible alborozo”. Obviamente, el grueso de la población esperaba un retorno a la paz y la prosperidad de los años previos a la invasión francesa. Además, aunque los liberales esperaban que el rey aceptara la Constitución, ni las cortes ni su Constitución merecían gran respeto entre los hombres que habían arrostrado los embates de la guerra. El conflicto entre las cortes y el rey era poco menos que inevitable, pues la asamblea ya había despedido en varias ocasiones a los regentes y ministros que se oponían a sus deseos afirmando su

autoridad sobre el ejecutivo. En este contexto sesenta y nueve diputados firmaron el Manifiesto de los Persas; en él denunciaban que la Constitución se basaba en la revolución francesa y hacían un llamamiento para retornar a la monarquía absoluta, aunque la definición que de ella hacían comprendía el gobierno de derecho y la convocatoria a cortes tradicionales. El 4 de mayo de 1814, Fernando VII disolvió las cortes y declaró nulos e inválidos todos sus actos, restaurando así la monarquía absoluta. Los principales diputados liberales fueron encarcelados y muchos más enviados al exilio a reunirse con los antiguos “afrancesados”, quienes tenían terminantemente prohibido regresar a España. Se reestableció la Inquisición para que juzgara los casos de disidencia ideológica.

El siguiente sexenio se caracterizó por la incompetencia política; el rey designó a por lo menos treinta ministros, ninguno de los cuales logró tener algún control sobre los acontecimientos. La devastación del país y



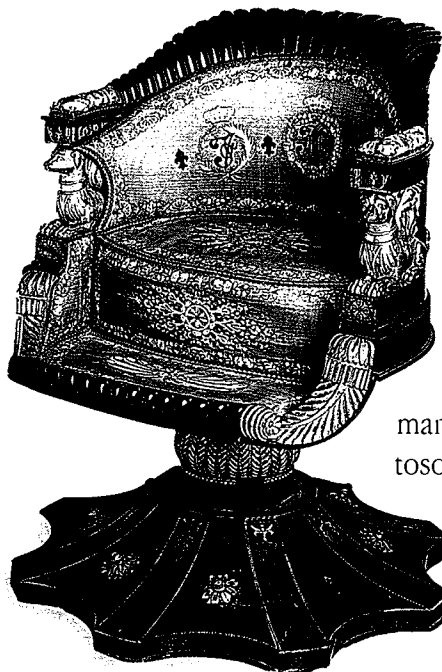
La España que vio regresar a Fernando VII alentaba la pervivencia de costumbres y prácticas arcaicas, como estos disciplinares pintados por Goya.

la rebelión en América fueron la causa de que los recursos disponibles para el Estado fueran mucho menores de los que éste disfrutó en las últimas décadas del siglo XVIII. Gran parte de la deuda pública se canceló sin mayor trámite, pero no por ello alcanzaron los ingresos para cubrir los costos, de modo que ni los soldados ni los funcionarios públicos podían confiar en que se les pagaran sus salarios. En particular, el cuerpo de oficiales del ejército siguió siendo numeroso y mal

pagado. Los dirigentes menores de la guerrilla se hicieron bandoleros, a menudo con la complicidad de las autoridades locales. Como en México, la transición de la insurgencia al bandidaje fue un fenómeno común, y ambos países cobraron fama por sus héroes bandidos. Fue durante estos años que se volvieron tan notorias las divisiones políticas entre liberales y serviles, exacerbadas por la formación de sociedades y clubes de masonería. Hubo un sinnúmero de conspiraciones e insurrecciones menores, aunque ninguno de estos movimientos obtuvo el apoyo necesario para derrocar el régimen. En efecto, el sexenio fue una oportunidad perdida, un periodo sin rumbo y aquejado por la inercia.

En 1815, a fin de restaurar el gobierno español en América y asegurar la subsistencia de sus soldados veteranos, Fernando VII destacó a Pablo Morillo en Caracas con 10 mil hombres, para que allí consolidara la reacción realista iniciada por los llaneros. Al año siguiente, Morillo invadió Nueva Granada y reestableció la autoridad de la corona en esa provincia dividida. En Lima el virrey Abascal ya había recon-

quistado Chile y Quito, de modo que la expedición de Morillo debía completar la restauración del gobierno español en las provincias sudamericanas, concediendo la independencia únicamente a los territorios del río de la Plata. Fue un logro notable. Se enviaron además otros regimientos españoles a México y a Perú, y en esta última provincia se dio el mando del ejército a un grupo de talentosos veteranos de la guerra contra Francia, entre ellos José de la Serna y Jerónimo Valdés. Arduos combates habían de librarse antes de que Sudamérica se sacudiera el dominio español.



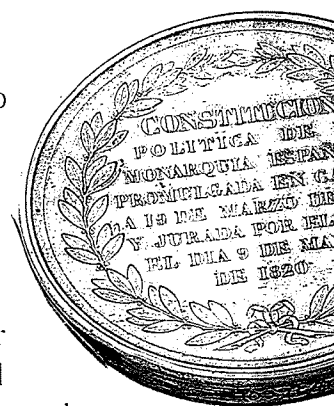
Desde pequeño Fernando VII se vio envuelto en intrigas; se rumoraba en palacio que el pequeño era hijo de Godoy, a quien su madre, la reina, convirtió en secretario de Estado. ¿A tanto habría llegado la predilección de la reina por el ministro?

POR LA SENDA CONSTITUCIONAL



Fernando VII era un rey voluble. En 1820 aceptó de nuevo la Constitución de Cádiz y la gente arrojó a la calle las imágenes de santos para sustituirlas por artículos de la Constitución o símbolos de la misma. En 1822, Fernando VII volvió a instaurar la monarquía absoluta.

El 1º de enero de 1820 las unidades del ejército expedicionario estacionadas en Cádiz y en espera de embarcarse rumbo a América, secundaron al comandante Rafael de Riego cuando proclamó la restauración de la Constitución de 1812. Otras guarniciones militares se unieron posteriormente al pronunciamiento, y en vista de que los comandantes del ejército no manifestaban ningún deseo de reprimir las revueltas por la fuerza, el 9 de marzo de 1820 el propio Fernando VII declaró: “Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional.” Entonces llegó el reconocimiento para el liberalismo: los diputados doceañistas, unos en prisión, otros en el exilio, regresaron a la refriega política acompañados por una nueva generación de radicales que habían conspirado contra el régimen saliente en sociedades secretas y logias masónicas. Si bien esta





Los radicales, fieles a sus principios jacobinos, redujeron el diezmo que se pagaba al clero secular; quisieron centralizar la administración al dividir el país en 49 departamentos y abolieron así las provincias españolas tradicionales. Para reforzar su autoridad, organizaron una milicia nacional formada por voluntarios que pronto entraron en conflicto con el ejército regular.

El entusiasmo constitucionalista de la época llevó a la gente a fabricar toda clase de artículos adornados con la carta magna.

revolución adoptó la forma de una restauración, de cualquier manera se distinguió por una gran variedad de manifestaciones públicas: banquetes, bailes, fuegos artificiales, desfiles en las calles. Aquí estuvieron todos los elementos de una revolución-fiesta, tan característica de la España del siglo XIX. Un contemporáneo comentó: "La revolución de 1820 fue en alto grado filarmónica."

Que todas las plazas mayores del país fueran rebautizadas sin demora plaza de la Constitución muestra el grado de renovación.

El trienio constitucional se caracterizó por una movilización política notable, en parte organizada por las logias masónicas que exponían sus políticas en periódicos fundados con tal fin, para debatirlas, primero, en las tertulias que se celebraban en los cafés de Madrid, y luego en las cortes. Sin embargo, los liberales pronto se dividieron en moderados y exaltados; las divisiones llevaron a la formación de nada menos que cinco gobiernos sucesivos en tres años cuyas políticas eran cada vez más radicales. La Iglesia cargó con el peso de la reforma: se suprimió la Inquisición definitivamente; los jesuitas, que habían regresado en 1815, fueron expulsados de nueva cuenta; los conventos fueron cerrados, y se redujo notablemente el número de las órdenes mendicantes. El Estado confiscó las propiedades de todas las órdenes que se habían suprimido. Pese a todos los esfuerzos, no pudieron recaudar impuestos suficientes para cubrir el monto de sus presupuestos, y tuvieron que enfrentar una serie de revueltas.

El insurgente navarro Francisco Espoz y Mina destacó como un importante liberal, y fue nombrado capitán general; en cambio, muchos capitanes de la guerrilla se pasaron a la rebelión, encabezando reducidas bandas en nombre del rey. Después de todo, hombres como el cura Merino habían peleado por Fernando VII contra los franceses, y no titubearon en combatir a los liberales, mucho menos si atacaban a la Iglesia. Lo ocurrido en 1808 se repitió en 1823: una invasión francesa decidió el destino político de España. La Santa Alianza se había formado en Verona en 1822 con las principales potencias del continente.

Temiendo el contagio de la revolución liberal española, la Alianza apoyó la decisión de Carlos X de enviar a "cien mil hijos de San Luis" a derrocar el régimen constitucional. Los exiliados españoles se unieron a esta expedición, que encontró poca resistencia efectiva. A los cinco meses de su entrada, el 1º de octubre de 1823, Fernando VII fue restaurado en el absoluto ejercicio de su poder. Sin embargo, no recuperó la confianza, pues hasta 1828 conservó una guarnición de 22 mil soldados franceses en España. Los sucesos de 1820 fueron sólo el principio de un siglo de disturbios políticos y guerra civil para España: en ambos lados del Atlántico, el colapso de la autoridad tradicional de la monarquía católica creó un vacío político que el proyecto liberal no pudo cubrir.

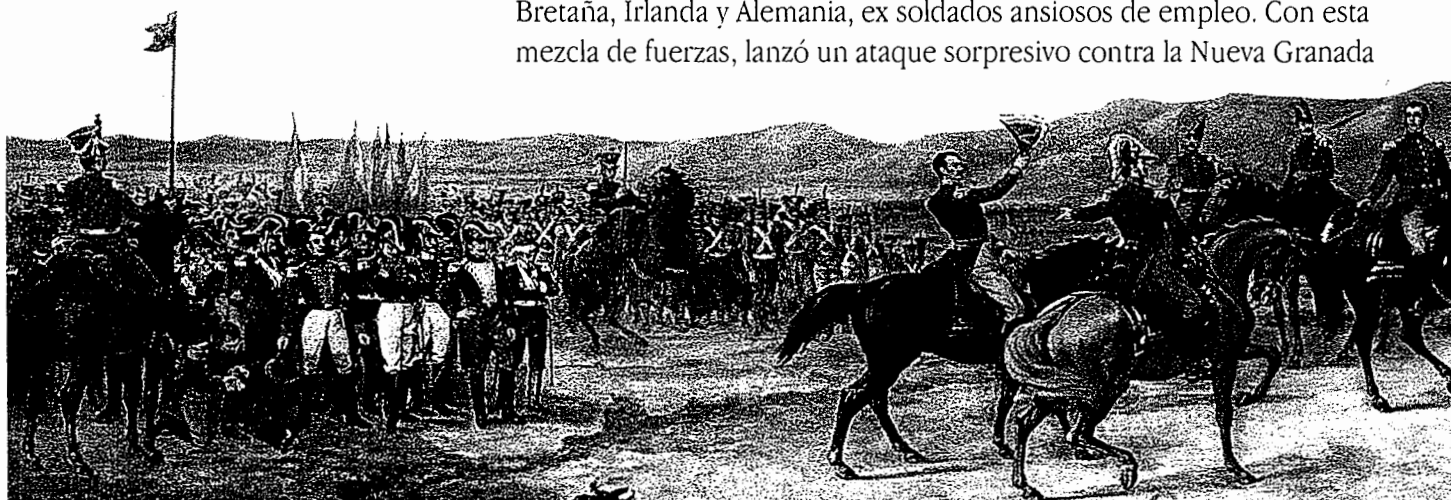


HACIA EL FIN DEL IMPERIO

En 1821, las tropas de Simón Bolívar encabezadas por los generales Páez, Cedeño y Plaza, acabaron con el ejército realista en las sabanas de Carabobo. A finales del mes de junio el Libertador entró vencedor en Caracas.



Aunque los realistas eran superiores en número, la valentía de los americanos comandados por Sucre se impuso en la batalla de Ayacucho. El virrey La Serna cayó finalmente herido y fue hecho prisionero, con lo que se decidió la victoria.



En 1816 parecía que España había logrado reconquistar la mayor parte del imperio americano. Salvo por algunos grupos guerrilleros que asolaban remotos parajes, sólo los territorios del río de la Plata habían consolidado su independencia. Y entonces, en 1817, José de San Martín, quien había recibido entrenamiento de soldado en el ejército español, cruzó los Andes con un ejército argentino y entró en Chile; allí, con ayuda chilena, derrotó a las fuerzas españolas en la batalla de Maipú. Sólo en agosto de 1820, mucho después de la revolución de Riego, zarpó rumbo a Callao y logró tomar Lima. Con fuerzas insuficientes para sitiar los altos, aún bajo el dominio del virrey José de la Serna y su ejército, San Martín aseguró su posición en la costa, atrayendo hacia la causa rebelde a muchos criollos que habían servido anteriormente a la corona española. Si los acontecimientos en Nueva España podían servir de guía —el ejército realista bajo Agustín de Iturbide se había declarado en favor de la independencia en 1821—, Perú se hallaba ante la oportunidad de un buen acuerdo negociado entre las fuerzas realistas y las patrióticas.

En 1817 Simón Bolívar estableció su cuartel de operaciones en Angostura, en lo más denso de la selva de Guyana, pero comunicado con el mar a través del río Orinoco. Desde ahí inició una campaña que había de llevarlo a una victoria sin precedentes. Rara vez la intervención de un solo hombre ha determinado tan claramente la forma de los acontecimientos. Usando el prestigio que había ganado en anteriores campañas, Bolívar atrajo a José Antonio Páez y a sus llaneros a la causa rebelde. Luego logró reclutar a más de 3 mil voluntarios de la Gran Bretaña, Irlanda y Alemania, ex soldados ansiosos de empleo. Con esta mezcla de fuerzas, lanzó un ataque sorpresivo contra la Nueva Granada



La batalla de Junín preparó el triunfo republicano de Ayacucho. Un ejército de colombianos, chilenos, argentinos y peruanos libró con los españoles un combate antiguo, a espada y bayoneta, sin que se disparara una sola bala. Una carga de caballería decidió la victoria para los americanos. Bolívar observó el combate desde las cercanías.

y conquistó la provincia en la batalla de Boyaca, ganando con el triunfo una tercera fuente de hombres. Finalmente, en 1822, combatió abiertamente lo que quedaba del ejército de Morillo ante Caracas, y lo derrotó en Carabobo. Decidido a expulsar de América a los españoles, condujo su ejército a Quito, y en 1823 se reunió con San Martín en Guayaquil, encuentro que provocó la partida del general argentino hacia Europa. En 1824 Bolívar entró en Perú y terminó con el dominio español en las batallas de Junín y de Ayacucho. Para entonces era ya presidente de Colombia y dictador de Perú. En la cumbre del poder, Bolívar

separó el Alto Perú de su vecino y bautizó a la nueva república de Bolivia, dotándola de una constitución.

Bolívar fue lo más aproximado a Napoleón que produjo el mundo hispánico, similitud en parte debida a la imitación. Bolívar vivió sus años de formación haciendo el Gran Viaje de Francia, Italia y España, y ciertamente fue testigo de la apoteosis de Napoleón en 1804-1805. El aristócrata venezolano fue un príncipe maquiavélico que creó Colombia como un Estado que sostendría su propia autoridad; pero fue también un republicano clásico, obsesionado por su propia gloria, que rechazó el ofrecimiento de una corona. Caudillo que dominaba a las masas y general que peleaba al mando de un ejército regular, también fue un profeta y un legislador. Nadie como Bolívar percibió el abismo que separaba las realidades sociales de América de las teorías políticas de Europa. Se burló de una constitución redactada por ciertos abogados colombianos, pues era como "edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter". El dilema de Montesquieu lo atormentaba: cómo garantizar la libertad en un país cuyos habitantes estaban acostumbrados a la tiranía. Planteado de manera más general, éste fue un problema que obsesionó a todo el mundo hispánico de ambos lados del Atlántico a lo largo del siglo XIX: cómo reemplazar la autoridad tradicional de la monarquía católica con instituciones de gobierno representativas que expresaran el equilibrio entre opinión y poder en la sociedad.



ALMANAQUE INSURGENTE

1762

-Juan Jacobo Rousseau publica en Holanda *El contrato social*.

1765

-El 16 de octubre España decreta la libertad de comercio entre España y América.

1767

-El 2 de abril los jesuitas son expulsados de España.

1775

-El 19 de abril se libran las batallas de Lexington. Comienza la guerra por la independencia de Estados Unidos.

1776

-El 4 de julio Estados Unidos declara su independencia.

1779

-En junio España se une a la guerra norteamericana de independencia contra Inglaterra.

1780

-El 14 de noviembre estalla la revuelta de Túpac Amaru en Perú.
-El 19 de octubre los ingleses se rinden en Yorktown.

1787

-El 17 de septiembre se promulga la Constitución Federal de los Estados Unidos de América.

1789

-El 26 de agosto la Asamblea francesa vota la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

1792

-El 25 de septiembre se proclama la república francesa.

1795

-El 7 de abril se establece en Francia el sistema métrico decimal.

1799

-El 5 de junio Humboldt y Bonpland parten hacia América.

1801

-Se publica en Londres la *Carta a los españoles de América* del ex jesuita Juan Pablo Viscardo Guzmán.

1804

-El 21 de marzo se promulga el Código Civil de los franceses.
-El 28 de noviembre se establece en España la Junta de Consolidación de Vales Reales.

1807

-El 6 de febrero un cabildo abierto depone al virrey Sobremonte en Río de la Plata.

1808

-El 17 de marzo cae Manuel Godoy.
-El 19 de marzo estalla el motín de Aranjuez. Carlos IV abdica en favor de su hijo Fernando VII.
-El 2 de mayo estalla la insurrección contra los franceses en Madrid; se inicia una violenta represión.
-El 6 de mayo, en Bayona, Fernando VII abdica la corona en favor de Carlos IV, quien a su vez renuncia a sus derechos sobre la monarquía española y las Indias en favor de Napoleón.
-El 6 de junio se emite el decreto imperial que proclama a José Bonaparte rey de España y de las Indias.
-El 5 de septiembre en Bogotá el virrey Amat convoca a una junta general de notables y funcionarios.
-El 25 de septiembre se establece la Junta Suprema Central Gubernativa en Aranjuez presidida por el conde de Floridablanca.
-El 7 de diciembre la Junta Central se establece en Sevilla.
-El 13 de diciembre Napoleón entra en Madrid.

1810

-El 19 de abril se constituye en Caracas la Junta de Gobierno autónoma.
-El 22 de mayo un cabildo abierto en Buenos Aires cesa al virrey, establece una junta y convoca a un congreso general.
-El 20 de julio estalla una insurrección en Santa Fe de Bogotá que depone al virrey.
-El 18 de septiembre comienzan los movimientos independentistas en Santiago de Chile.
-El 10 de octubre se inauguran las cortes reunidas en Cádiz.

1811

-El 9 de febrero las cortes decretan la igualdad de derechos de criollos y peninsulares.
-El 5 de julio el Congreso reunido en Caracas proclama la independencia de Venezuela.
-El 14 de agosto Paraguay declara su independencia.
-El 21 de diciembre se sanciona en Caracas la primera constitución venezolana.

1812

-El 19 de marzo se promulga en Cádiz la Constitución Política de la Monarquía Española.
-El 1º de abril Luis de Onís advierte a Venegas que Estados Unidos pretende extenderse hasta el río Bravo.

1813

-El 31 de enero se establece en Buenos Aires la Asamblea Constituyente de las Provincias Unidas.
-El 22 de febrero las cortes de Cádiz suprimen el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.
-El 28 de febrero Bolívar triunfa en Cúcuta.
-El 15 de junio Bolívar decreta en Trujillo la "guerra a muerte".
-El 16 de octubre se declara formalmente la independencia de la Nueva Granada.

1814

-El 4 de mayo Fernando VII disuelve las cortes y anula la Constitución de 1812.
-El 28 de mayo Bolívar sale victorioso en Carabobo.
-El 23 de junio Artigas conquista Montevideo.
-El 31 de julio se restaura la Compañía de Jesús.

-El 24 de agosto los ingleses ocupan e incendian Washington.
 -El 2 de octubre los insurgentes chilenos son derrotados en Rancagua. Fin de la llamada "Patria Vieja".
 -El 24 de diciembre el Tratado de Gante pone fin a la guerra entre Estados Unidos e Inglaterra.

1815

-El 30 de marzo los realistas reconquistan Caracas.
 -El 30 de mayo regresa la Compañía de Jesús a España.
 -El 18 de junio tiene lugar la batalla de Waterloo; derrota definitiva de Napoleón.
 -El 6 de septiembre Bolívar publica su *Carta de Jamaica*.
 -El 17 de diciembre comienzan las persecuciones de liberales españoles ordenadas por Fernando VII.

1816

-El 30 de enero el papa Pío VII exhorta a la obediencia y a la paz a los americanos independentistas.
 -El 24 de marzo se abren las sesiones del Congreso de Tucumán sin los representantes de Uruguay y Paraguay.

-El 9 de enero San Martín cruza los Andes.
 -El 20 de enero los brasileños ocupan Montevideo.
 -El 12 de febrero vencen San Martín y O'Higgins en Chacabuco, Chile.
 -Continúan en Viena los planes de Metternich para pacificar las colonias americanas.

1818

-El 12 de febrero O'Higgins proclama en Santiago la independencia de Chile.
 -El 5 de abril San Martín vence en Maipú. Chile es liberado.

1819

-En junio, procedente del Alto Apure, Bolívar cruza los Andes en compañía de Santander.
 -El 7 de agosto triunfa Bolívar en Boyacá y libera a la Nueva Granada del dominio español.
 -El 20 de noviembre Bolívar declara la independencia formal de Venezuela.

1820

-El 9 de marzo Fernando VII jura la Constitución de

1812 y promete convocar a cortes. Se crea una junta provisional.
 -El 9 de octubre estalla la rebelión en Guayaquil contra el dominio español. Se decreta la independencia del Ecuador.
 -El 7 de noviembre, victoria insurgente en Suipacha en el Alto Perú.
 -El 13 de noviembre se decreta la primera desamortización general de los bienes eclesiásticos en España.

1821

-El 29 de enero, en Perú, el virrey Pezuela sufre un golpe de Estado y es reemplazado por La Serna.
 -El 24 de junio Bolívar, Nariño y Páez derrotan a De la Torre en Carabobo.
 -El 31 de julio el Congreso Oriental vota la incorporación del Uruguay al Brasil.
 -El 15 de septiembre la Capitanía General de Guatemala declara su independencia.
 -El 28 de septiembre, en Comayagua, Honduras, las autoridades declaran su adhesión al imperio mexicano.
 -El 3 de octubre la Capitanía General de Guatemala formada por Chiapas, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica declaran su incorporación al imperio mexicano.

LECTURAS SUGERIDAS

ANES, Gonzalo et al., *Carlos III y la Ilustración, ensayos y catálogo de la exposición bicentaria*, Madrid, 1988, 2 vols.

BRADING, David A., *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 1991.

CÉSPEDES, Guillermo, *La independencia de Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos*, México, Rei, 1989 (Biblioteca Americana).

COMELLAS GARCÍA RIERA, José Luis, coord., *Historia general de España y América. Del antiguo al nuevo régimen hasta la muerte de Fernando VII*, tomo XII, Madrid, Rialp, 1981.

GAY, Peter, *La edad de las luces*, Madrid, Time Life

International, 1979 (Las Grandes Épocas de la Humanidad).

HAMNETT, Brian R., *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*, México, FCE, 1985 (Sección Obras de Historia).

HARBON, John D., *Trafalgar and the Spanish Navy*, Londres, 1988.

HARING, C.H., *El imperio español en América*, México, CNCA/Alianza Mexicana, 1990 (Los Noventa, 12).

HERR, Richard, *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, 1964.

KINDER, Hermann y Hilgemann, *Atlas histórico mundial. De la revolución francesa a nuestros días*, Madrid, Itsmo, s.f. (Fundamentos, 2).

LEFEBVRE, Georges, *La revolución francesa y el*

imperio (1787-1815), México, FCE, 1973 (Breviarios, 151).

LOVETT, Gabriel H., *Napoleon and the Birth of Modern Spain*, Nueva York, 1965, 2 vols.

LYNCH, John, *El siglo XVIII. Historia de España*, tomo XII, Barcelona, Crítica, 1991 (Serie Mayor).

—, *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826*, Barcelona, Ariel, 1989.

MADARIAGA, Salvador de, *El auge y el ocaso del imperio español en América*, Madrid, Espasa-Calpe, 1979.

PALACIO ATARD, Vicente, *La España del siglo XIX. 1808-1898*, Madrid, 1978.

TOMLINSON, Janis, *Francisco Goya y Lucientes. 1746-1828*, Londres, 1994.

IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES

Portada: *Muerte de Velarde el 2 de mayo de 1808* por Manuel Castellano, óleo, 1864, MI, PM. **p. 2:** *Alegoría del dos de mayo*, MI, PM. **pp. 4-5:** *La feria de Madrid en la plaza de la Cebada* por Manuel de la Cruz y Cano, óleo, MW. **pp. 6-7:** *Carlos III*

almorzando ante su corte por Luis Paret, óleo, ca. 1770, MW. **pp. 8-9:** *Ornato de la Plaza Mayor con motivo de la entrada en Madrid de Carlos III* por Lorenzo de Quirós, óleo, ca. 1760, MI, MW. **p. 10:** grabado, MI, PM. **p. 11:** grabado, MI, PM.

pp. 12-13: óleo de Louis Michel Van Loo, 1743, MW. **p. 13 a:** grabado en: Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*..., 1773, MQ, VG. **p. 14:** óleo de Jean Ranc, 1723, MW. **p. 15 a:** óleo de Anton Rafael Mengs, 1761, MW. **p. 15 c:** vasos

de opalina de Carlos III, s. xviii, MD. **p. 15 ab.**: óleo de Luis Paret, s. xviii, MW. **p. 16**: grabado de Zapata en: P. Ignacio de Paredes. *Promptuario manual mexicano*, 1759, BP, JV.

pp. 16-17: litografía de J. Donón en: Zarza E., *Historia de la villa y corte de Madrid*, s. xviii, BM, JP. **p. 17 a.**: grabado en: *El centenario del siglo xix*, 1888, CP. **p. 18**: óleo de José Alonso de Rivero, RA, RE. **p. 19 a.**: grabado de Carmona, 1785, BM, JP.

p. 19 c.: grabado de Esteban Boix, 1819, BM, JP.

p. 19 ab. i.: impreso, 1744, BM, JP. **p. 19 ab. d.**: óleo de Francisco de Goya, 1798, MW. **p. 20**: óleo de Lorenzo de Quirós, ca. 1760, MI, PM. **p. 21 a.**: óleo de Andrés Guives de Aguirre, MI, PM. **p. 21 c. y ab.**: grabados en: Giovanni Battista Piranesi, *Le antichità romane*, 1787, BN, MN. **p. 22**: óleo de Francisco de Goya, MW. **p. 23 a.**: manuscrito iluminado, 1782, BE, JP.

p. 23 ab.: cerámica de Alcora, BE, JP. **p. 24 a.**: talavera de la reina, 1726, MF, JV. **p. 24 c.**: manuscrito, 1743, BM, JP.

p. 24 ab.: cristal de la Granja, s. xviii, MF, JV. **p. 25 a.**: talavera de Puente del Arzobispo, s. xviii, MF, JV. **p. 25 ab.**: cristal de la Granja, s. xviii, MF, JV. **p. 26**: óleo de fray Bartolomé de San Antonio, 1753, MI, MW. **p. 27 a.**: grabado en: Electra Mompradé et al., *Imagen de México*, 1720, BC, MN. **p. 27 ab.**: aguada a colores de Ravenet, MT. **pp. 28-29**: óleo de John Trumbull, 1781, CQ. **p. 29 ab.**: impreso, primera Constitución de E.U., 1783, BW.

p. 30: grabado de Janinet, 1792, RM, PR. **p. 31 a. i.**: grabado de James Gillray, 1792, CP, MN. **p. 31 a. d.**: grabado, anónimo, 1792, CP, MN. **p. 31 ab.**: guillotina, s. xviii, AH, VG. **p. 32**: óleo de Gerard, RA, RE. **p. 33 a.**: litografía de Ignacio Cumplido en: *Historia de Napoleón*, 1843, CP, MN. **p. 33 ab.**: grabado de James Gillray, CP, MN. **pp. 34-35**: grabado en: *Noticia de la entrada de los reyes...*, 1802, BN, VG. **p. 35 a.**: óleo, anónimo, s. xviii, MH, JV. **p. 35 ab.**: caja para rapé, de carey, hueso y metal, ca. 1790, MH, GF. **p. 36 a.**: óleo de Francisco de Goya, s. xviii, RA. **pp. 36-37**: óleo de Francisco de Goya, 1800, MW.

p. 37 a.: óleo de Ramón Bayeu, 1777, MI, PM. **p. 38 a.**: grabado

en: *Portrait Gallery of Eminent Men and Women of Europe and America*, 1843, BI, MN. **pp. 38-39**: grabados de Ch. Dyonnet en: E. Junen de la Gravière, *Guerre maritimes sous la République et l'Empire*, 1869 (iluminados por Magdalena Juárez), BN, MN.

p. 39 a.: óleo de Rafael Montleón, 1870, MT. **p. 40**: grabado, MI, PM. **p. 41 a.**: litografía de Ignacio Cumplido en: *Historia de Napoleón*, 1843, CP, MN. **p. 41 ab.**: grabado de Francisco de Goya, GC, PO. **p. 42**: óleo de Manuel Castellano, 1862, MI, PM.

p. 43 a.: grabado de Francisco de Goya, GC, PO.

p. 43 ab.: cañón de hierro forjado, MJ, RE. **p. 44**: grabado, MI, PM. **p. 45 a.**: grabado de Francisco de Goya, GC, PO.

p. 45 ab.: litografía de Ignacio Cumplido en: *Historia de Napoleón*, 1843, CP, MN. **p. 46**: grabado, MI, PM.

p. 47 a.: grabado de Francisco de Goya, GC, PO. **p. 47 ab.**: óleo de Eugenio Lucas, MW. **p. 48 a.**: tabaquera, MI, PM.

p. 48 ab.: óleo de José Antonio de Castro, s. xix, MQ, GF.

p. 49 a.: grabado de Francisco de Goya, GC, PO.

p. 49 c.: manuscrito, 1812, MJ, RE. **p. 49 ab.**: óleo de Francisco de Goya, s. xix, NG. **p. 50**: óleo, anónimo, 1819, CP.

p. 51 a.: impreso, 1815, CV, VG. **p. 51 ab.**: óleo, anónimo, 1814, CV, VG. **p. 52 a.**: impreso, 1812, MI, PM. **pp. 52-53**: óleo de Salvador Viniegra, 1812, MU. **p. 53 a.**: abanico constitucional, s. xix, MI, PM. **p. 54**: grabado de Blondeau, 1820, CD, JV.

p. 55 a.: gouache de Guillermo da Re, 1810, MK, HM.

p. 55 ab.: óleo de Nicolás Guzmán Bustamante, 1889, MO.

p. 56: óleo de Francisco de Goya, MW. **p. 57 a.**: óleo de Francisco de Goya, RA. **p. 57 ab.**: trono del infante Fernando VII, PA, JP. **p. 58 a.**: óleo de José de Aparicio, 1823, RO, JP.

pp. 58-59: Constitución, MG, VG. **p. 59 a.**: baraja constitucional, MI, PM. **p. 60 a.**: litografía de Ambroise-Louise Garneray, ca. 1821, VB. **pp. 60-61**: óleo de Martín Tovar y Tovar, 1895, FN.

p. 61 a.: óleo de Martín Tovar y Tovar, 1900, FN.

p. 64: *La valiente, fiel y constante España*, litografía coloreada, s. xix, MI, PM.

FONDOS CONSULTADOS

México: Academia Mexicana de Derechos Humanos (AH). Biblioteca de arte Ricardo Pérez Escamilla (BP). Biblioteca Daniel Cosío Villegas-El Colegio de México (BC). Biblioteca Isabel Sánchez-Mejorada de Bañuelos (BI). Biblioteca Nacional. Fondo Reservado (BN). Centro de Estudios Históricos de México Condumex (CD). Colección Ney Villamil (CV). Colección particular (CP). Galería de Antigüedades "La Cartuja" (GC). Museo Franz Mayer (MF). Museo Nacional de Historia CNCA-INAH-MEX (MH). Museo Regional de Guadalajara CNCA-INAH-MEX (MG). Museo Regional de Querétaro CNCA-INAH-MEX (MQ). **Argentina**: Museo del Cbildo (MK). **Chile**: Museo Histórico Nacional (MO).

España: Banco de España (BE). Biblioteca Nacional, Madrid (BM). Museo de Artes Decorativas, Madrid (MD). Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (RA). Museo del Ejército, Madrid (MJ). Museo del Prado (MW). Museo Municipal de Cádiz (MU). Museo Municipal de Madrid (MI). Museo Naval, Madrid (MT). Museo Romántico (RO). Real Palacio de Aranjuez (PA). **Estados Unidos**: Biblioteca del Congreso, Washington (BW). Colección del Arquitecto del Capitolio (CQ).

Francia: Réunion des Musées Nationaux. Colección Rotschild (RM). **Inglaterra**: The National Gallery, (NG). **Venezuela**: Fundación Galería de Arte Nacional, Caracas (FN). Museo Bolivariano (VB).

FOTOGRAFÍA

© Copyright Photo Réunion des Musées Nationaux-M. Bellot (PR). René Escalante (RE). Gabriel Figueroa (GF). Victor Gayol (VG). José Ignacio González Manterola (GM). Marcela Noguez (MN). H. Mosquera (HM). Pablo Oseguera (PO). José Pernil (JP). Montserrat de Pablo Moya (PM). Jorge Vértiz (JV).

ABREVIATURAS

a.: arriba; ab.: abajo; c.: centro; d.: derecha; i.: izquierda; s.: siglo.



Apogeo y derrumbe del imperio español, segundo volumen de la serie *La antorcha encendida*, que narra las tensiones provocadas en la corte y la sociedad española por el acoso napoleónico y la creciente rebelión de las colonias americanas, terminó de imprimirse en los talleres de Reproducciones Fotomecánicas S.A. de C.V., en junio de 1996.



Celebra regocijado México la beatificación de Felipe de Jesús
grabado en cobre, Montes de Oca
n: Vida de San Felipe protomártir de Japón y patrón de su patria
México 1801
colección particular
oto: Jorge Vértiz.



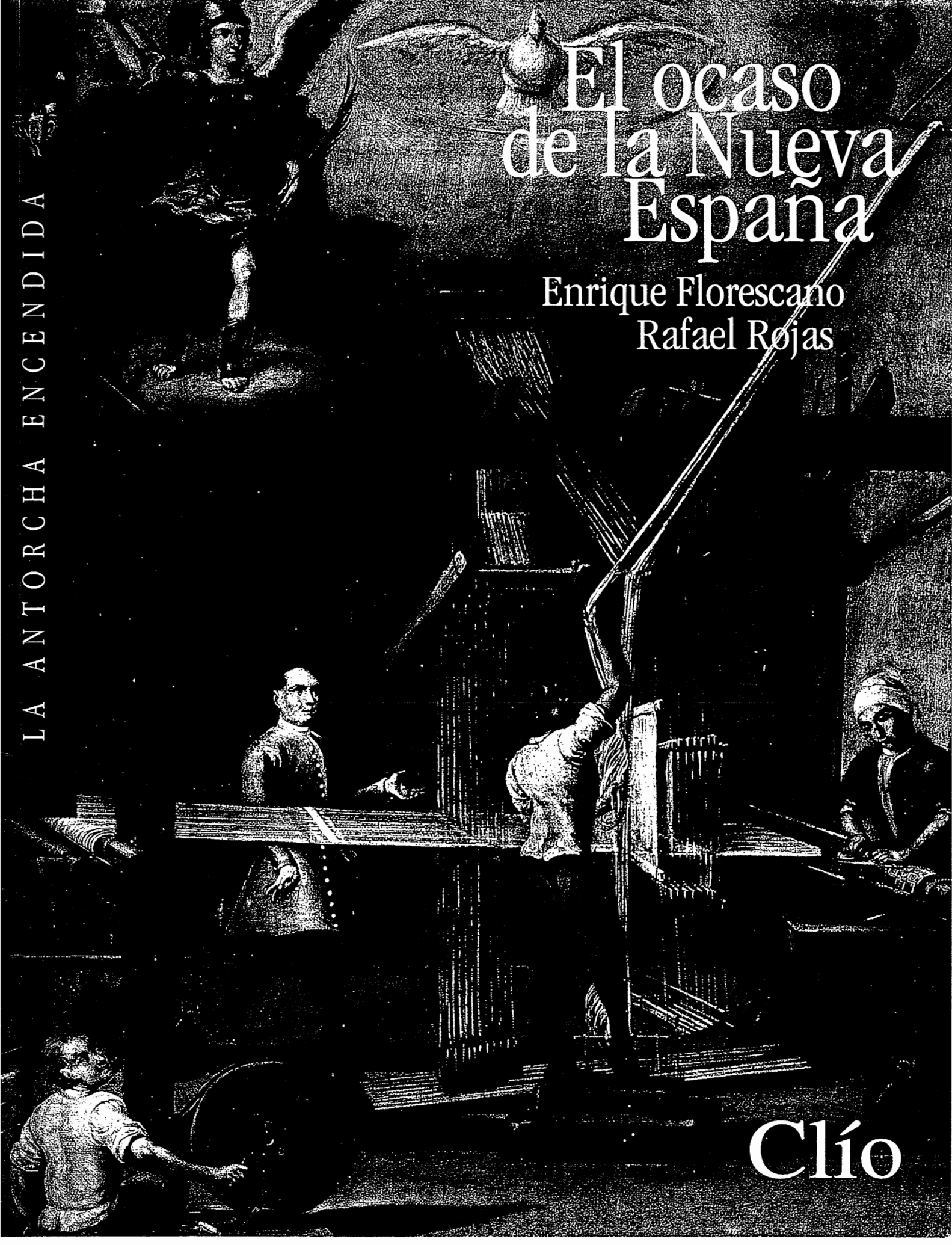
**Volkswagen
de México**

LA ANTORCHA ENCENDIDA

El ocaso de la Nueva España

Enrique Florescano
Rafael Rojas

Clío



El ocaso
de la Nueva
España





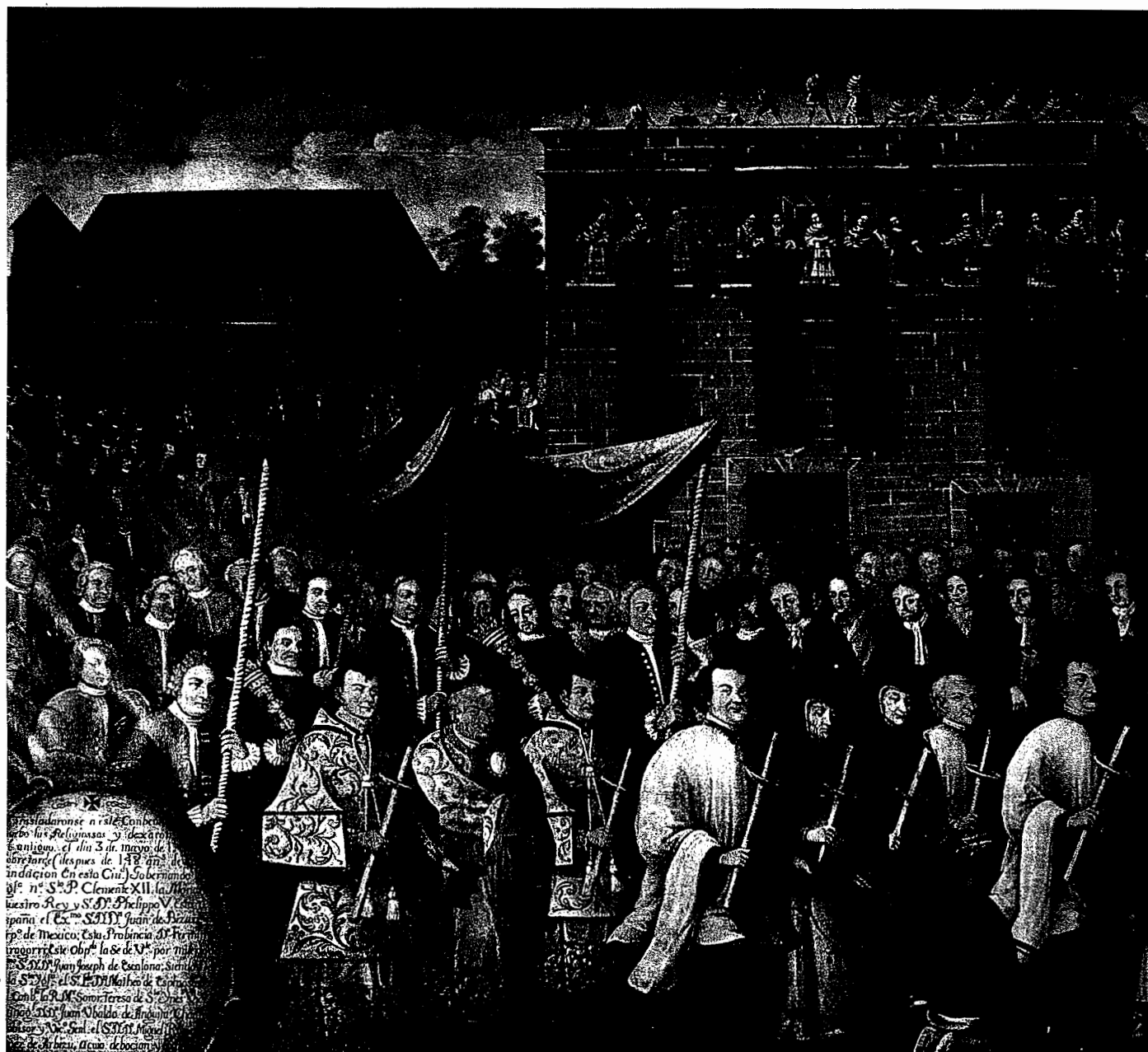
LA ANTORCHA ENCENDIDA

El ocaso de la Nueva España

Enrique Florescano
Rafael Rojas

Coordinador de la obra
Fausto Zerón-Medina

Clío



Coordinación editorial: Héctor Toledano
 Adaptación editorial: Fernando García Ramírez
 Diseño: Álvaro Figueroa
 Asistente de diseño: Viviana Délano
 Coordinación de redacción: Rossana Reyes Vega
 Corrección: Sonia Diego Colexcua
 Producción: Lourdes Martínez Ocampo
 Coordinación de iconografía: Ángeles Suárez del Solar
 Investigación iconográfica: Margarita Laborde Dovalí, Elena Sánchez-Mejorada Gargollo, Rosa María González Ramírez
 Historiografía: José Manuel Villalpando César
 Apoyo historiográfico: Ana María Cortés Nava, Ana García Berguá, Ricardo García García, Raquel Huerta-Nava, Andrés Reséndez Fuentes, Alejandro Rosas Robles
 Almanaque insurgente: Jaime Manuel del Arenal Fenochio

© Enrique Florescano (por este volumen)
 © Fausto Zerón-Medina (compilación de la obra completa)
 D.R. © Editorial Clío Libros y Videos S.A. de C.V.
 1ª edición, México, 1996

ISBN 968-6932-39-9 Obra completa (seis volúmenes)
 ISBN 968-6932-40-2 El ocaso de la Nueva España

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio —incluidos los electrónicos— sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos



Agradecemos la colaboración de las siguientes personas para la realización de esta obra:

Esther Acevedo, José Ignacio Aldama, Guillermo Andrade, Virginia Armella, Familia Atri, Luis Ávila Blancas, María de la Luz Ayala, Roberto Beristáin Rocha, Manuel Carballo, Eduardo Castro Busso, Enrique Cervantes, Manuela Cervantes, Efrén Cervantes Cervantes, Gustavo Curiel, Lilia Delgado, Genaro Díaz, Aniceto Díaz Juárez, Mauricio Fernández, Cándida Fernández de Calderón, Marisela Fonseca, María Teresa Franco, Patricia Galeana V., Agustín García Real, Alicia Gogman, Irma González, Luis Arturo González, Stella María González Cicero, Carlos González Lobo, Jorge Guadarrama, Jacinto Guerrero Torres, Víctor Hernández, Lourdes Herrasti Maciá, Alejandro

Herrera, María Eugenia de Lara, Héctor Madrid, Fernando José Mangino, Roberto Mayer, Paulina Michel, Julia Molinar, Ingeborg Montero, César Montoya Cervantes, Javier Olavarrieta Marengo, Blanca Olivares, Luis Humberto Olivera, Ricardo Pérez Escamilla, Víctor Manuel Pérez Pineda, Angélica Pineda, Manuel Porras, Coronel Efrén Pulido, José Abel Ramos Soriano, Graciela de Reyes Retana, Héctor Rivero Borrel, Lourdes Rivero Borrel, Carmen Robledo, Patricia Sámano, Silvia Senties, Elena Soriano, Guillermo Tovar de Teresa, Ludmila Valadés, Liborio Villagómez, Sergio Zaldívar.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN / 8

FRONTERAS DISTANTES / 10

MOSAICO SOCIAL / 12

MISERIA EN LA ABUNDANCIA / 14

DE LA MINA AL PUERTO / 16

CUNA DE LA INSURGENCIA / 18

SÚBDITOS DE SEGUNDA / 20

HEREDEROS DEL MUNDO INDÍGENA / 22

PUEBLO ESCOGIDO / 24

UN GOBIERNO VERTICAL / 26

VIRREYES ILUSTRADOS / 28

LA RECONQUISTA DE LAS COLONIAS / 30

UN REFORMISTA IMPLACABLE / 32

¡MUERA EL REY! / 34



LA COLONIA PAGA LA GUERRA / 36

LA CORONA SIN ORO / 38

NOVOHISPANOS AL GRITO DE GUERRA / 40

AL CÉSAR LO QUE ES DE DIOS / 42

ARCAS INSACIABLES / 44

EN DEFENSA DEL RECATO / 46

LA NOVEDAD DE LA CIENCIA / 48

UN ARTE AL GUSTO DEL PODER / 50

LOS ORÍGENES DE LA PRENSA / 52

CUERNO DE LA ABUNDANCIA / 54

UNA VOZ EN EL DESIERTO / 56

SOBERANÍA VACANTE / 58

ALMANAQUE INSURGENTE / 60

LECTURAS SUGERIDAS E IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES / 63





INTRODUCCIÓN

Bajo el reinado de los Habsburgo, durante los siglos *xvi* y *xvii*, el orden social y político de la Nueva España fue jerárquico y estable. La población se dividía en múltiples estamentos y castas, cada uno con sus propios privilegios, discriminaciones y diferencias legales. Los órganos del gobierno colonial evitaban traspasar sus propios límites jurídicos. La Iglesia, con una jurisdicción independiente del Estado, expandía su poder económico y cultural. El virreinato gozaba de cierta autonomía y era virtualmente considerado como un reino más dentro del imperio español; su estabilidad se debía, en gran medida, a su naturaleza corporativa.

En el *siglo xviii*, con el ascenso de los Borbones, y sobre todo a partir del reinado de Carlos III (1759-1788), la Nueva España experimentó profundas transformaciones. El trono se apoyó en una idea absolutista del Estado, por lo que restringió la autonomía de la Iglesia, las órdenes religiosas, los cabildos indígenas y hasta del propio poder virreinal. Por medio de una serie de reformas, los Borbones fomentaron la minería y el comercio, hicieron más eficiente la recaudación fiscal, expandieron el territorio, difundieron la filosofía y urbanizaron las ciudades más impor-



tantes del virreinato. La modernización trajo como consecuencia el aumento de la dominación colonial. Pero a su vez, como un efecto inevitable del proceso social que experimentaba la Nueva España, la población criolla y mestiza creció considerablemente y pronto desarrolló una intensa sensibilidad patriótica.

El impacto de las reformas borbónicas en la Nueva España creó una imagen de prosperidad y armonía. A finales del siglo xviii, las elites españolas y criollas suponían que México ya era un país ilustrado, con una minería, un comercio y una agricultura entrelazados y crecientes, con instituciones y ciudades a la altura de las de cualquier nación europea, y sobre todo, con un futuro promisorio. Esta ilusión de la modernidad se desvaneció bruscamente en septiembre de 1810.

Las páginas que siguen recorren los últimos años del virreinato. Cabe advertir que la modernización emprendida por los Borbones, además de reprimir la voluntad de autonomía de los grupos indígenas, mestizos y criollos, no logró transformar plenamente el orden corporativo de los Habsburgo. Así, la Nueva España del siglo xviii padece el enfrentamiento entre la modernidad y las tradiciones, entre el poder colonial y las viejas y nuevas identidades mexicanas. Los reflejos de esta confrontación se pueden apreciar en la vida económica, social, política y cultural de finales del virreinato.

FRONTERAS DISTANTES



Para finales del siglo XVIII el vastísimo Reino de la Nueva España se había convertido en la más rica e importante posesión española en América.

Al finales del siglo XVIII, la superficie de la Nueva España rebasaba los cuatro millones de kilómetros cuadrados. En el norte, abarcaba los actuales estados norteamericanos de California, Arizona, Nuevo México, Texas y Florida. En el sur, el virreinato se extendía hasta la península de Yucatán y Chiapas. El viaje de la capi-

tal a las lejanas minas de Santa Bárbara y Parral duraba entre tres o cuatro meses en época de secas.

El paisaje novohispano se fue transformando a través de los siglos con la introducción de nuevas especies de plantas, animales y técnicas de producción. La combinación de diversos recursos naturales y la desigual distribución geográfica creó un paisaje variado. Se pueden distinguir cinco áreas principales: el México central, la vertiente del Golfo y la del Pacífico, la zona norte y la del sur.

El México central se ha caracterizado por la presencia de sierras ásperas, clima templado y valles fértiles. Ya que las tierras están situadas en diferentes altitudes, las regiones que forman esta área tienen diversos climas. Esos contrastes climáticos permitieron la producción de múltiples productos en distancias relativamente cortas. El maíz y el frijol se daban bien en casi todas partes, y se criaban vacas, cerdos y pollos. El cultivo del trigo y la cría de ganado lanar, en cambio, se concentraban en las regiones templadas. Los cultivos tropicales, como la caña de azúcar, el algodón y el tabaco, florecieron en la tierra caliente cercana y en las vertientes del Golfo y del Pacífico.

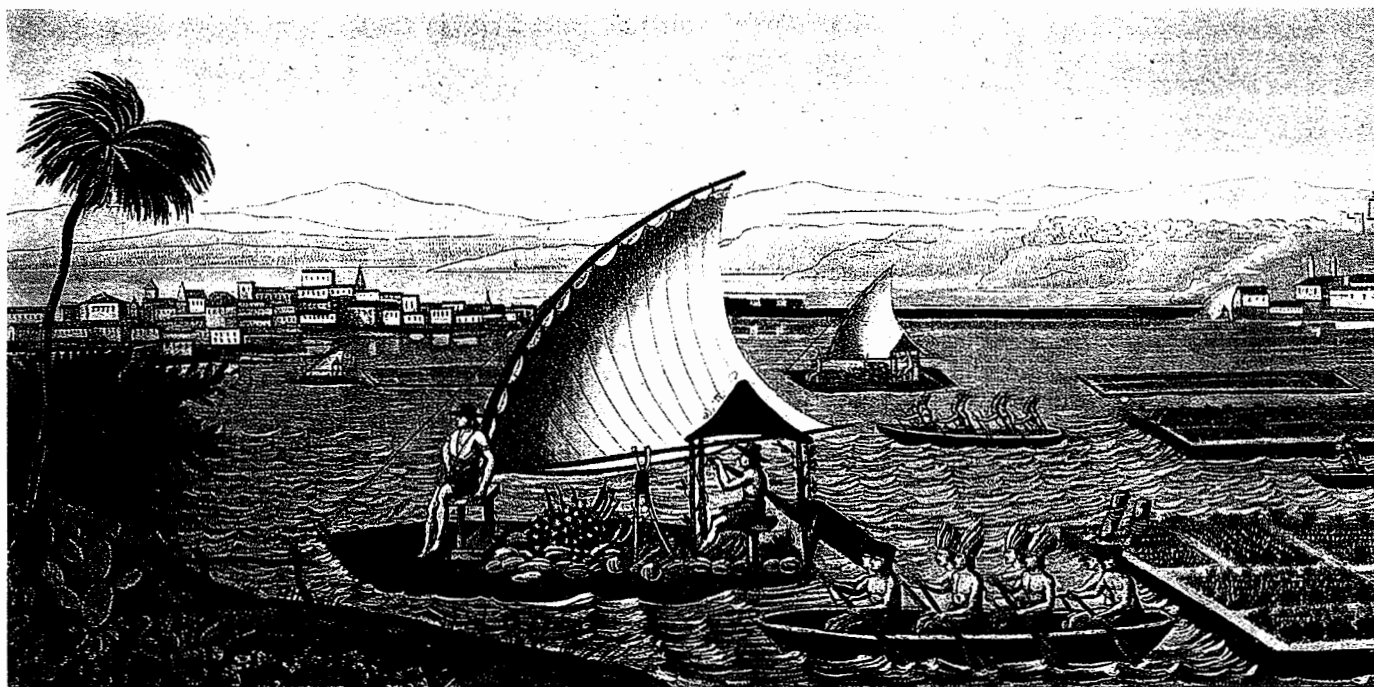
Hacia el norte, la tierra se va haciendo cada vez más árida y agreste. Esta región dilatada tuvo poca población, pero fue muy rica en minas y

ganados, y abasteció al centro de materias primas: lana, algodón, mulas, caballos, vacas, cueros y plata. La novedad del siglo XVIII es la ampliación de la frontera norte. El temor a la penetración de los rusos en la costa del Pacífico, y de los franceses en el golfo de México, obligó a una expansión defensiva en esos territorios. California, Nuevo México y Texas se poblaron entonces de misiones y presidios.

En el sur, las dos cadenas de montañas que limitan el altiplano se unen y forman un paisaje de montes altos salpicados por pequeños valles. La Sierra Madre del Sur, los macizos de la Mixteca y las montañas de Oaxaca tienen un clima similar al de las mesetas altas. En las tierras bajas de Tabasco abunda el agua y la vegetación es exuberante. En Chiapas se combinan las tierras altas y boscosas con zonas de bosque tropical, mientras que Yucatán se caracteriza por planicies cálidas, escasa vegetación y aguas subterráneas.

La región del sur estuvo poco integrada al centro del virreinato. Allí la economía se dedicó a satisfacer la demanda local, con escasas excepciones: la grana cochinilla de Oaxaca y el cacao de Tabasco lograron acceder al comercio de ultramar. Un caso de aislamiento más acusado es el de Yucatán. Esta región prefirió extender sus redes comerciales hacia el Caribe español, y sólo hasta el siglo XIX comenzaría a insertarse en la economía nacional. La rica geografía sureña creó una diversidad regional que se distinguía por los rasgos étnicos, la vestimenta, la comida, las fiestas y las tradiciones locales, del resto de la Nueva España.

Convertida en la ciudad de México tras la llegada de los españoles, la antigua Tenochtitlan continuó siendo centro político y administrativo de un enorme territorio. Con el tiempo, la grandeza del pasado indígena fue objeto de diversas y desmesuradas idealizaciones.



Sardinis flottans de Mexico.

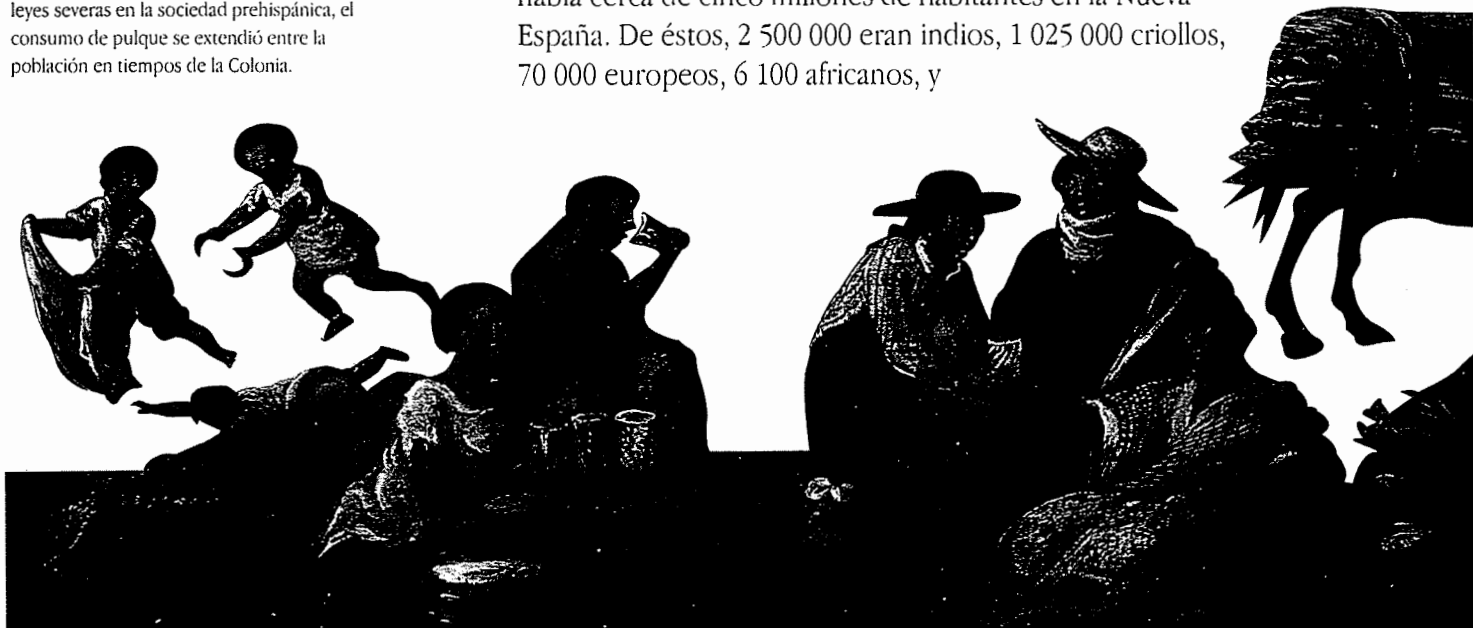
En este retrato de niños criollos es posible advertir los rígidos cánones que regulaban su vida social: el hijo mayor sería heredero del mayorazgo; la hija, dama compasiva y sensata matrona; el hijo menor estaba destinado al sacerdocio.



MOSAICO SOCIAL

Reducidos a la pobreza y marginados en lo social, la mayor parte de los indios y los mestizos llevaban una vida de privaciones e incertidumbre. Restringido por leyes severas en la sociedad prehispánica, el consumo de pulque se extendió entre la población en tiempos de la Colonia.

La sociedad novohispana estaba compuesta por una amplia variedad de grupos étnicos, entre los que destacaban seis: europeos, criollos, indios, africanos, mestizos y mulatos. Las *Leyes de Indias* redujeron esa clasificación a cuatro grandes componentes: los blancos españoles, los indios mexicanos, los negros africanos y las diversas mezclas raciales comprendidas bajo la denominación de *castas*. Según Humboldt, a fines del siglo XVIII había cerca de cinco millones de habitantes en la Nueva España. De éstos, 2 500 000 eran indios, 1 025 000 criollos, 70 000 europeos, 6 100 africanos, y





Tráidos de España como esclavos, y declarados "infames de derecho", los negros fueron destinados a las más duras tareas, sobre todo en las minas y haciendas cañeras. A los menos desafortunados los vestían de librea y los empleaban como sirvientes en las casas importantes.

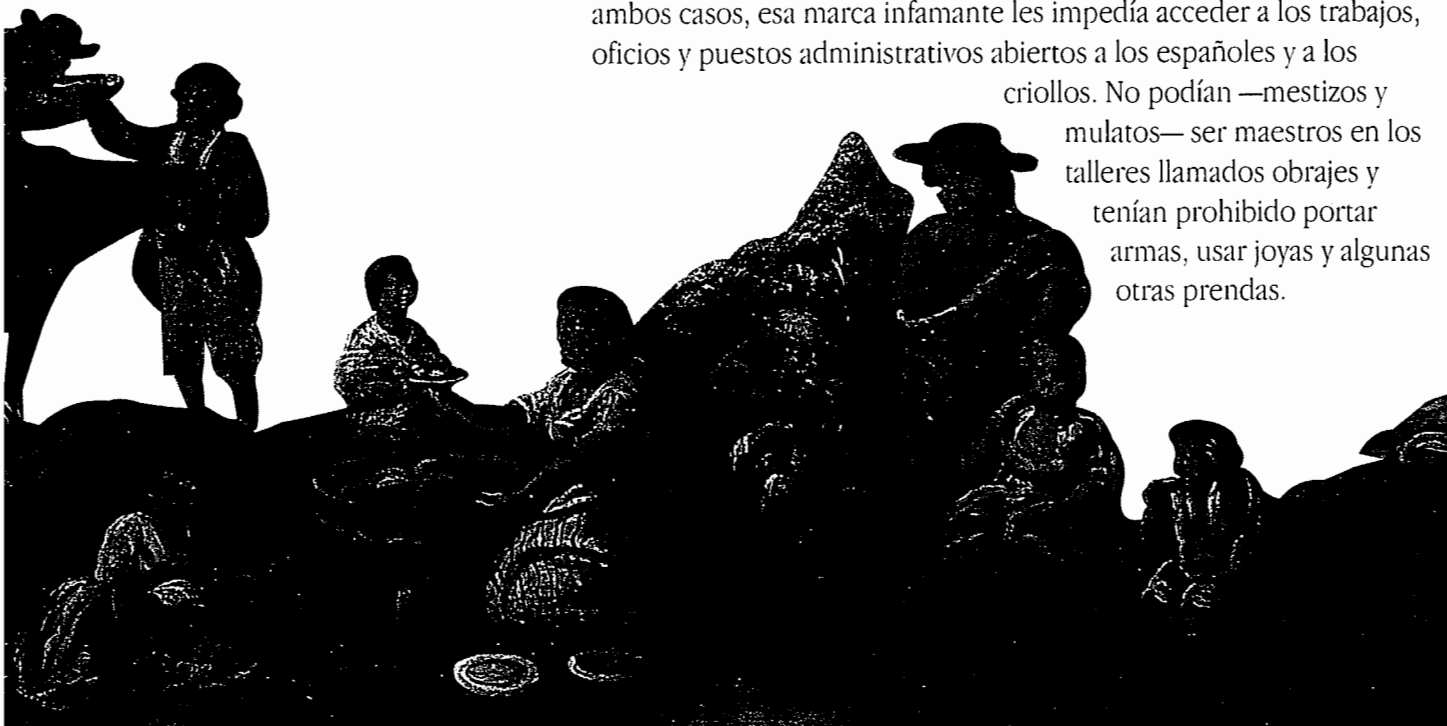
los restantes, más de un millón, conformaban las *castas*. A fines del siglo XVIII, el 98 por ciento de la población había nacido en el virreinato.

La legislación colonial asignaba derechos y deberes específicos a cada uno de esos grupos. Desde el siglo XVI, se había impuesto una distinción jurídica y política entre la república de los españoles y la de los indios. Esta legalidad segregacionista prohibía el asentamiento de españoles en los pueblos indígenas y el de indios en las ciudades españolas. En términos generales, la división tripartita de la sociedad feudal (nobles, plebeyos y esclavos) fue trasladada a la Nueva España, por medio de la distinción racial entre blancos, indios y negros.

No todos los peninsulares alcanzaban una alta posición social, pero todos los blancos, europeos o criollos, eran súbditos privilegiados del reino, y gozaban plenamente de sus derechos y deberes. Los indios, según la legislación colonial, eran *rústicos o menores de edad*, por tanto, gozaban de derechos y protecciones especiales. Por ejemplo, estaban exentos del servicio militar, de la jurisdicción del Tribunal de la Inquisición, del pago de alcabalas y de otros impuestos. A cambio de ello, como vasallos del rey de España, estaban obligados a dar un tributo personal.

Aunque el matrimonio entre individuos de diferente grupo étnico era socialmente mal visto, y en algunos casos ilegal, el mestizaje creció a través de uniones ilegítimas. A finales del siglo XVIII las *castas* representaban el 25 por ciento de la población total. Sin embargo, estos grupos fueron declarados "infames de derecho" por las Leyes de Indias: los mestizos por "defecto natal" y los mulatos por la marca indeleble de la esclavitud que les transmitía su ascendencia africana. En ambos casos, esa marca infamante les impedía acceder a los trabajos, oficios y puestos administrativos abiertos a los españoles y a los

criollos. No podían —mestizos y mulatos— ser maestros en los talleres llamados obrajes y tenían prohibido portar armas, usar joyas y algunas otras prendas.



MISERIA EN LA ABUNDANCIA



La tierra fue la principal fuente de riqueza en la Nueva España. El eje de la actividad económica en el campo eran las grandes haciendas, que llegaron a concentrar enormes extensiones de terreno en manos de unos cuantos.

El permiso de cultivar pequeñas parcelas. De este modo, las grandes haciendas contaron, por primera vez, con una fuerza de trabajo disponible durante todo el año. Estos trabajadores, que carecían de libertad de movimiento, eran conocidos como “peones acasillados”.

Las haciendas se convirtieron en las principales abastecedoras de los centros urbanos y mineros. Alrededor de la ciudad de México se fue expandiendo un cinturón de haciendas. Al mercado de la capital llegaban azúcar, algodón, cacao y las frutas de la tierra caliente, los productos costeros de Veracruz y el Pacífico, el trigo y el maíz de Puebla y el Bajío, y las lanas, ovejas, carneros y reses del norte. También en las cercanías de los grandes minas en Zacatecas, Guanajuato, San Luis

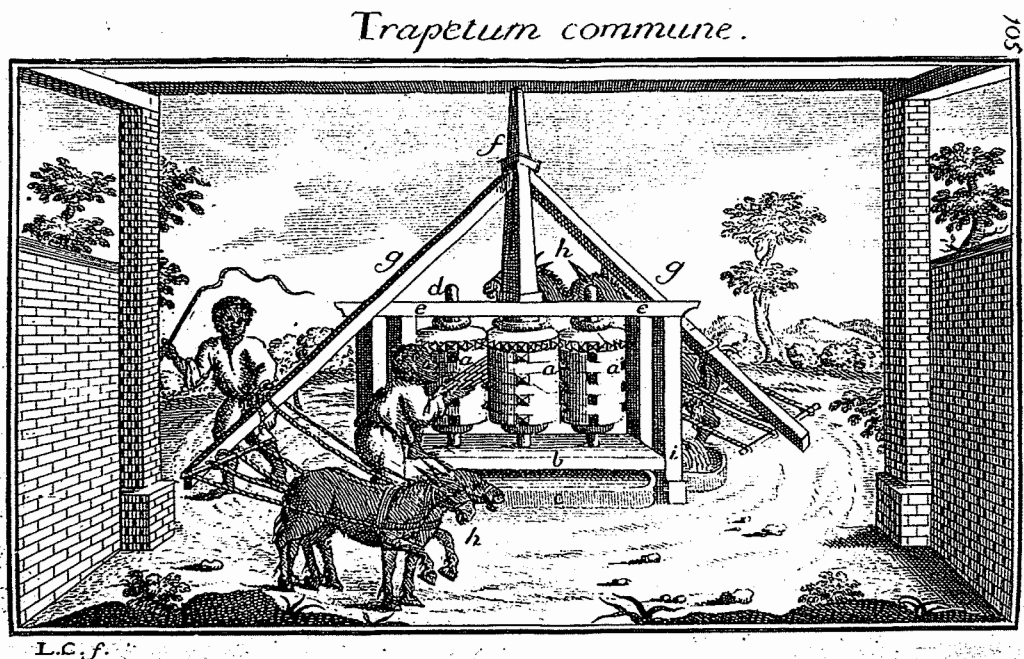
La agricultura y la ganadería novohispana proporcionaron los productos básicos que alimentaban a sus pobladores: maíz, trigo, frijoles y carne. Desde principios del siglo xvii, ambas actividades se fueron concentrando en grandes latifundios en el centro y el norte del reino. La expansión territorial de las haciendas del centro se hizo a expensas de los pueblos de indios. Los indígenas no sólo perdían sus tierras, sino que eran obligados a trabajar en las haciendas cercanas mediante los repartimientos forzados que ejecutaban los corregidores. En 1632 la corona decidió suprimir el repartimiento forzoso de trabajadores y dispuso que éstos pudieran alquilarse en las haciendas a cambio de un jornal que se pagaba con dinero, o con ropa, comida, vivienda o el per-

Potosí, Parral y Pachuca surgieron haciendas de cultivo y estancias ganaderas. Desde mediados del siglo xvii, la demanda de los centros mineros y las ciudades permitió que grandes áreas, como el Bajío y los alrededores de Guadalajara, se dedicaran a la producción agropecuaria.

El desarrollo de la agricultura dependió siempre de las alteraciones climáticas. Los años de lluvias abundantes y regulares producían buenas cosechas, pero en tiempos de sequías, heladas, granizadas o lluvias escasas, la oferta de maíz, trigo y carne no alcanzaba a satisfacer la demanda. Los hacendados evitaban vender sus productos en los meses inmediatos a la cosecha, conservándolos en graneros y trojes bien acondicionados. En los años de 1720-21, 1741-42, 1749-50, 1770-71, 1785-86, las cosechas fueron malas, hubo escasez general de granos y un aumento en los precios. Sólo los grandes hacendados, que poseían las tierras más fértiles y los mejores graneros, lograban colocar sus productos en el mercado. Así, mientras la mayoría de la población era sacudida por el hambre, la carestía, las epidemias y el desempleo, los terratenientes imponían la “ley de los precios” y obtenían grandes ganancias.

Durante las crisis agrícolas más severas del siglo xviii, los precios del maíz y el trigo aumentaron hasta un 300 por ciento. En el verano de 1786 —“el año del hambre”— la fanega (55.5 litros) de maíz llegó a venderse en 48 reales (un peso equivalía a 8 reales). El salario máximo de los peones apenas rebasaba los 4 pesos mensuales, es decir, 32 reales. En agosto de 1810, unos días antes del Grito de Dolores, el precio del maíz había subido a 36 reales por fanega. Muchos de los seguidores del padre Hidalgo fueron campesinos pobres, acosados por los altos precios y el hambre.

El clima propicio y la mano de obra cautiva contribuyeron al desarrollo de la industria azucarera, que abastecía al mercado nacional y llegó a exportar al Perú.



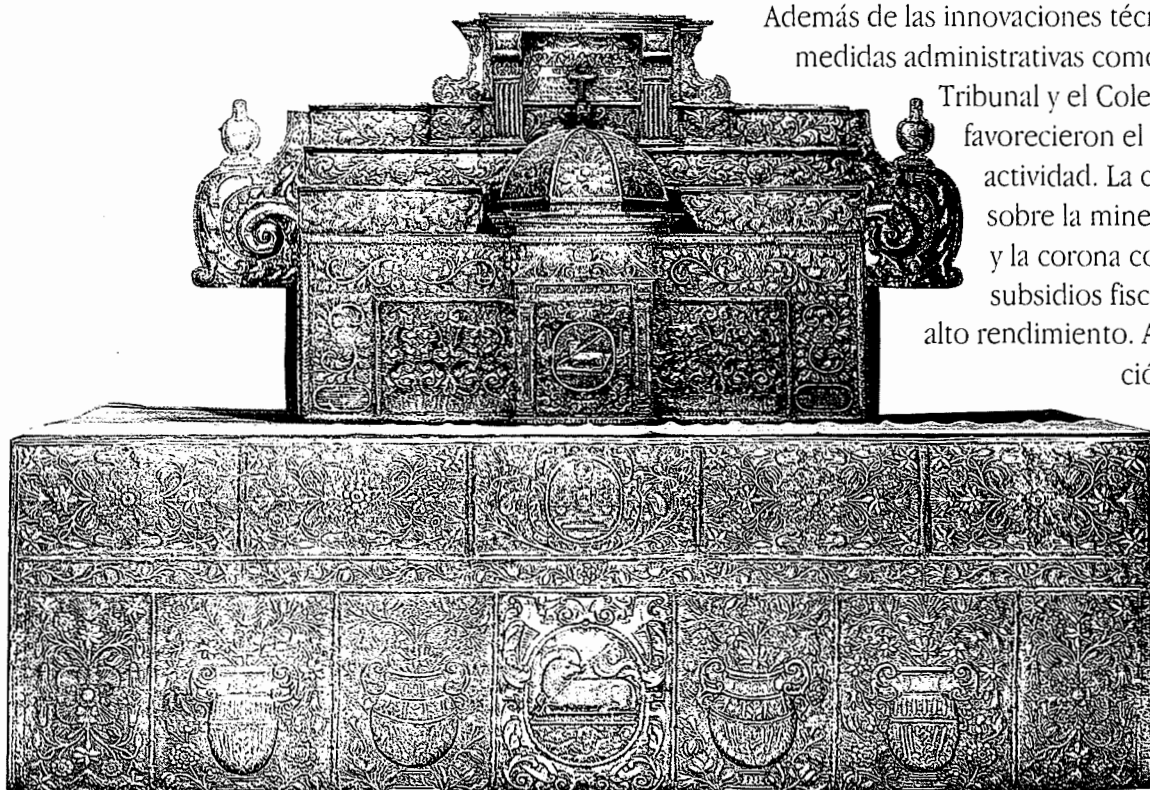
DE LA MINA AL PUERTO

lo largo del siglo XVIII, la minería, eje de la actividad económica novohispana, experimentó un auge impresionante. Si a finales del siglo XVII la producción de metales preciosos apenas rebasaba los 19 millones de pesos por quinquenio, ya entre 1805 y 1809 había alcanzado su tope histórico de 122 millones. Esta tendencia creciente de la producción minera se mantuvo durante todo el siglo XVIII.

El florecimiento de la explotación de la plata fue estimulado en las tres fases de su proceso productivo: la extracción del mineral, el beneficio (separación de la plata del metal básico) y la conversión final de éste en moneda. La introducción de la pólvora para explosiones subterráneas abarató e hizo más eficiente la extracción. Por otro lado, hacia 1770 comenzó a extenderse el sistema de amalgamación en el beneficio de la plata, reemplazando la fundición, que requería de equipos muy complicados y costosos. Desde 1730 se inició la modernización de la Casa de Moneda, que aceleró la fase final de la producción de plata. En 1804 esta institución contaba con más de 400 empleados y era capaz de acuñar 30 millones de pesos al año.

Además de las innovaciones técnicas, algunas medidas administrativas como la creación del Tribunal y el Colegio de Minería, favorecieron el desarrollo de esta actividad. La carga tributaria sobre la minería fue rebajada y la corona concedió varios subsidios fiscales a las minas de alto rendimiento. A su vez, la reducción de los precios del hierro, el acero, la pólvora y el azogue aseguró un mayor acceso a los productos básicos. Por último, el buen nivel de los salarios atra-

La plata mexicana no sólo llegaba a España en barras o monedas. Los mineros hacían generosos obsequios a la Iglesia española, como este altar en el puerto de Cádiz.





La plaza mayor fue desde tiempos prehispánicos el principal centro de comercio en la ciudad de México. En uno de sus costados se construyó el Parián, donde estaban establecidos los principales comerciantes.

jeron a nuevos pobladores hacia las zonas mineras, como las recién descubiertas minas de Catorce y la Valenciana.

El Reglamento de Comercio Libre, aplicado en la Nueva España desde 1789, intensificó la exportación de plata y otros productos de gran demanda, como la grana cochinilla y el azúcar. Esta liberalización del comercio destruyó el monopolio que ejercían el puerto de Cádiz, en España, y el Consulado de Comerciantes de la ciudad de México, en la Nueva España. Sobrevino entonces una avalancha de productos españoles (textiles, vino, aceitunas, aguardiente...) en los mercados americanos y una disminución del precio de las exportaciones tradicionales de la Nueva España. El precio de la libra (400-460 gramos) de grana cochinilla, por ejemplo, cayó de más de 30 a 11 pesos hacia 1789. Los nuevos flujos comerciales y las leyes contra los monopolios afectaron al Consulado de la ciudad de México, pero impulsaron la aparición de otras agrupaciones. Así lo demuestra la creación en 1795 de los consulados de Veracruz y de Guadalajara.

Los mineros y, sobre todo, los comerciantes eran en su mayoría peninsulares. A diferencia de los hacendados, americanos por lo general, los comerciantes eran originarios de las provincias vascongadas, Santander, Cataluña y Asturias. Las prácticas monopólicas del gremio les permitieron acumular cuantiosas fortunas. Mediante matrimonios con jóvenes criollas, se fue tejiendo una red de alianzas familiares entre los grandes propietarios de la tierra, los mineros y los comerciantes, que dio lugar a la próspera elite económica de la Nueva España. En 1810 este grupo reaccionó violentamente contra el levantamiento separatista encabezado por el padre Miguel Hidalgo.



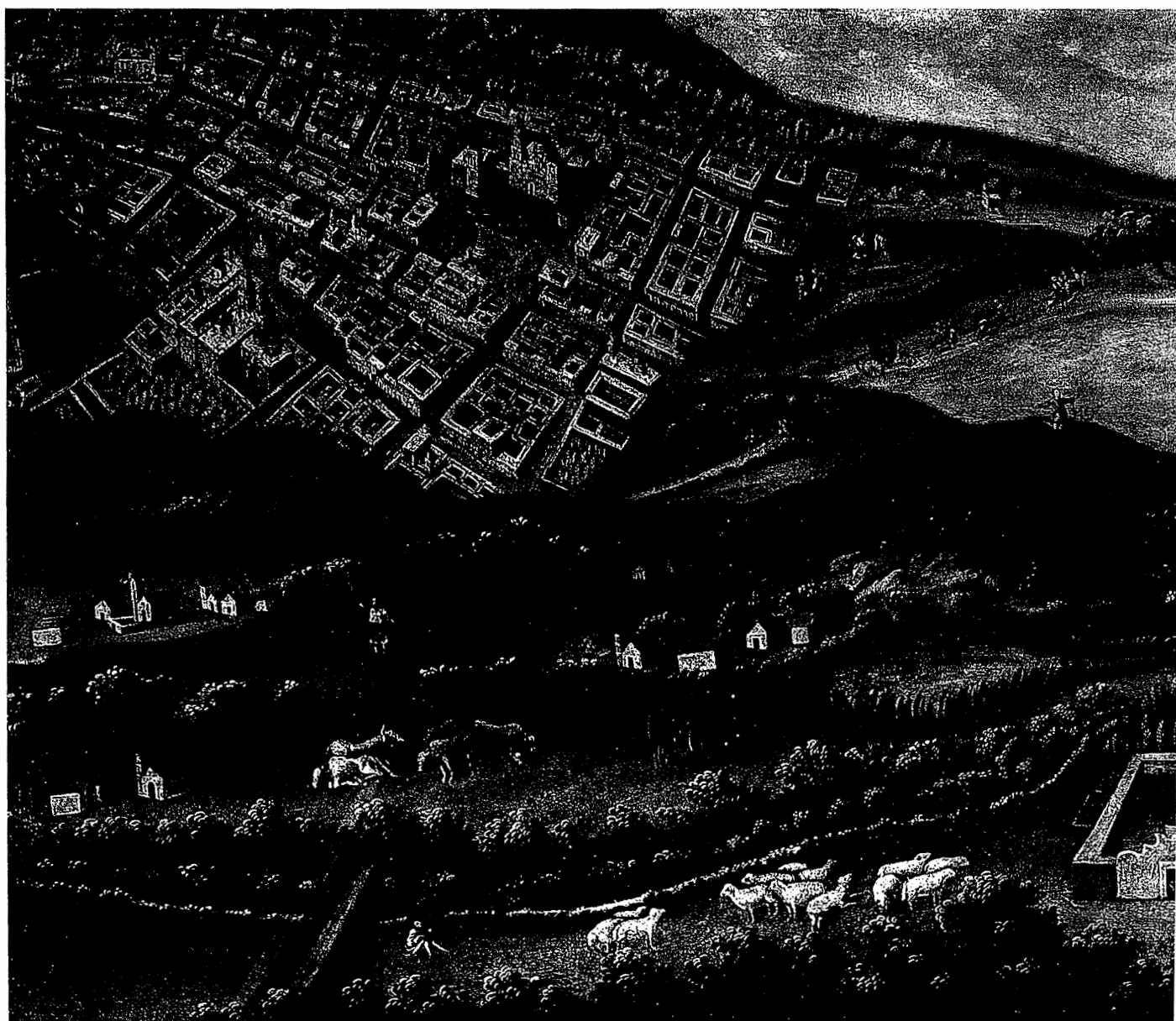
José de la Borda labró una inmensa fortuna en las minas de Talpujahuá, Taxco y Zacatecas. Figura emblemática del aventurero afortunado, fue también benefactor del arte: con su dinero se construyeron obras como la Iglesia de Santa Prisca, en Taxco.

CUNA DE LA INSURGENCIA

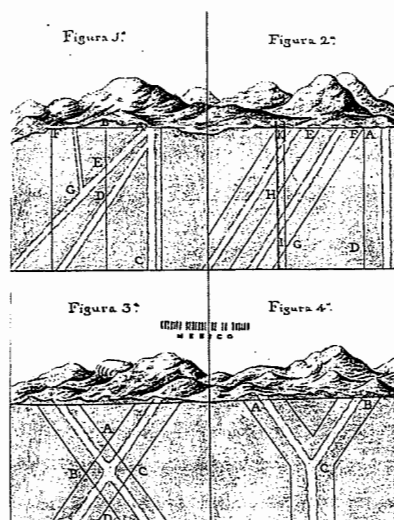
Enclavada en una rica zona agrícola y minera, con un clima templado, San Miguel el Grande fue también un importante centro cultural. Hermosas calles, suntuosas masiones, iglesias, conventos y colegios, completaban su magnífica vista.



la fértil región que se extiende al norte de Michoacán y Querétaro se le llama el Bajío. Es una zona de llanuras templadas, donde a una primavera seca sigue un verano de fuertes lluvias. Estas características, y sus fértiles tierras negras, permitieron el desarrollo de los cultivos de maíz, trigo, cebada y grandes



Al final del siglo XVIII el Bajío mexicano era el principal centro productor de plata del mundo. Su producción anual equivalía a la sexta parte de todos los metales preciosos producidos en América.



pastizales para la ganadería. Durante su viaje por la Nueva España, en 1803, Humboldt quedó admirado ante la fertilidad de las tierras de Silao, León y Celaya, que le recordaron “los campos más atractivos de Francia”.

A mediados del siglo XVIII, el Bajío era ya una próspera frontera entre la ganadería y la minería del norte del país y las grandes haciendas de los valles centrales. Esta condición de zona intermedia aceleró el mestizaje, introdujo formas más complejas de propiedad y propició actividades económicas diversas: agricultura, ganadería, industria textil, minería. El impulso en estas

áreas desató un proceso de relativa urbanización y aumento de la población a mediados del siglo. En 1790, en Guanajuato, donde se hallaba la mina de la Valenciana, la producción de plata sobrepasó los cinco millones de pesos, mientras que los habitantes de la ciudad y sus alrededores sumaban ya unas 55 000 personas.

La agricultura del Bajío presentaba una gran complejidad en las formas de posesión de la tierra. A diferencia del norte de la Nueva España, las haciendas coexistían con ranchos, estancias y pueblos de indios. La mayoría de las haciendas eran trabajadas por peones, arrendatarios, aparceros y precaristas. En 1793, en la región había 1 076 ranchos y unas 448 haciendas, de manera que a fines del siglo XVIII el rancho era la forma de propiedad agraria más común. Sus pequeños propietarios, los rancheros, como la mayoría de los arrendatarios, eran mestizos o criollos, constituían un grupo social sumamente dinámico. Luis González ha señalado que esos rancheros sentían “la idolatría de la tierra”, un regionalismo muy acentuado.

La riqueza, la variedad económica y la integración racial y cultural hicieron de esta región un modelo del nuevo medio social que se estaba formando en la Nueva España: más mestizo que criollo. Sin embargo, ese dinamismo fue afectado por los fenómenos climáticos que en 1785-86, 1789 y 1790 provocaron carestías y escasez de granos muy severas. Por este motivo, tan sólo en 1786 murieron 85 495 personas en la intendencia de Guanajuato. Rancheros independientes y jornaleros tuvieron que abandonar sus cultivos y trabajar como aparceros o peones en las haciendas cercanas. En Charco de Araujo, una hacienda próxima al pueblo de Dolores, el número de labradores arrendatarios aumentó bruscamente hacia 1795. La inseguridad, la dependencia y la pobreza condujo a estos campesinos a rebelarse, unos años más tarde, en contra del poder colonial. Muchos de ellos, siguiendo la voz del cura Hidalgo, gritaron: ¡Viva el rey Fernando VII! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Muera el mal gobierno!

SÚBDITOS DE SEGUNDA

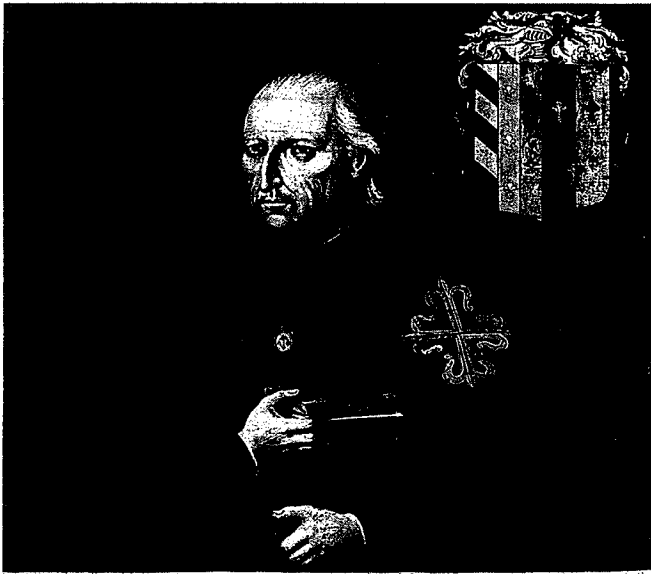


bajo de los peninsulares y por encima de los indios y las castas, los criollos constituían el grupo social intermedio en la Nueva España. Excluidos de los puestos de mandos, los criollos se dedicaron a las actividades agrícolas y comerciales e intentaron escalar posiciones dentro del bajo clero, el ejército y la administración. Algunos llegaron a poseer haciendas medianas, ranchos prósperos o pequeños negocios. Sólo el cinco por ciento, aproximadamente, del millón de criollos novohispanos, alcanzó el rango social de la clase alta española. Dentro de este grupo se hallaban los 51 americanos con título nobiliario que vivían en la Nueva España hacia 1810.

A mediados del siglo XVIII, un buen número de criollos se había incorporado al sacerdocio, a alguna de las diversas órdenes religiosas, audiencias y ayuntamientos, comprando muchas veces el acceso a éstos últimos. Los primeros reyes de la dinastía borbónica permitieron el ascenso de los criollos a importantes cargos de la Iglesia y el Estado. De este modo, hacia 1760 la mayoría de los canónigos, alcaldes y oidores de la Nueva España eran americanos. Esta situación

Carlos III canceló el acceso de los criollos a las instituciones públicas más importantes, terminando así el incipiente gobierno que ejercían sobre la Nueva España. La corona no midió el resentimiento que generarían estas medidas arbitrarias.





Retrato del Sr. D. Manuel María Ramírez de Arellano, Abogado de la Audiencia de México, Excurador del Sto. Oficio de la Inquisición de estos Reinos, Cura propio y Juez Ecles. primero de la Audiencia y después de el de Marañón. Nació en la Corte de México a 22 de Mayo de 1740 y murió a 16 de Octubre de 1802 a los sesenta y dos años, cuatro meses de vida y tres días de edad en la ciudad de Lima, Perú.

Los criollos trataron de imitar a sus antepasados españoles en todo lo posible: siguieron carreras eclesiásticas, se especializaron en una o varias disciplinas humanísticas, ingresaron en ordenes medievales de caballería, tuvieron escudos de armas y posaron para retratos como éste, que representa a Manuel María Ramírez de Arellano.

Criollo notable, abogado de gran fama y riqueza, Francisco Javier Gamboa alcanzó prestigio en México y en España. Estudió en el Colegio de San Ildefonso y llegó a ser oidor de la Audiencia de México, cargo del que finalmente fue separado.



cambió de manera radical a partir del reinado de Carlos III.

La corona tomó entonces las medidas necesarias para evitar la consolidación política de la elite criolla, con el fin de acentuar la sujeción colonial de la Nueva España. Importantes jueces americanos, como Francisco Javier Gamboa, Juan Antonio de Velarde y Antonio López Portillo, fueron destituidos de sus puestos y enviados a España. La orden de los jesuitas, con más de 500 miembros novohispanos, fue expulsada del reino. Muchos criollos se vieron desplazados de sus cargos públicos por funcionarios españoles recién llegados. En 1769, ocho de los doce miembros de la Audiencia de México eran americanos. Diez años después, de sus dieciséis miembros, sólo cuatro eran criollos. La monarquía borbónica dispuso un conjunto de reformas encaminadas a centralizar aún más el gobierno, las finanzas y la iniciativa política del virreinato.

La reacción de los criollos no se hizo esperar. En 1771, el Ayuntamiento de la ciudad de México envió a la corona una *Representación humilde en favor de sus naturales*. Su autor, Antonio Joaquín de

Rivadeneira, oidor de la Audiencia de México, solicitaba el nombramiento de criollos para los puestos públicos más importantes, “no sólo con preferencia

sino con exclusión de los extraños”. Según Rivadeneira, esos peninsulares,

impuestos por el visitador general José de Gálvez, llegaban a “tratar con unas gentes que nunca han visto, a imponerse en unas costumbres que no han conocido”

La *Representación* culminaba con una propuesta de autogobierno para el virreinato de la Nueva España, dentro del imperio español. La

autonomía, no la independencia, era el proyecto que resumía las aspiraciones políticas de la elite criolla.

HEREDEROS DEL MUNDO INDÍGENA

Francisco Xavier Clavijero, jesuita veracruzano, defendió brillantemente la cultura y el alma del indio americano frente a los ataques europeos. En su obra introduce la idea de una patria mexicana, fundamental para el desarrollo de la identidad criolla.

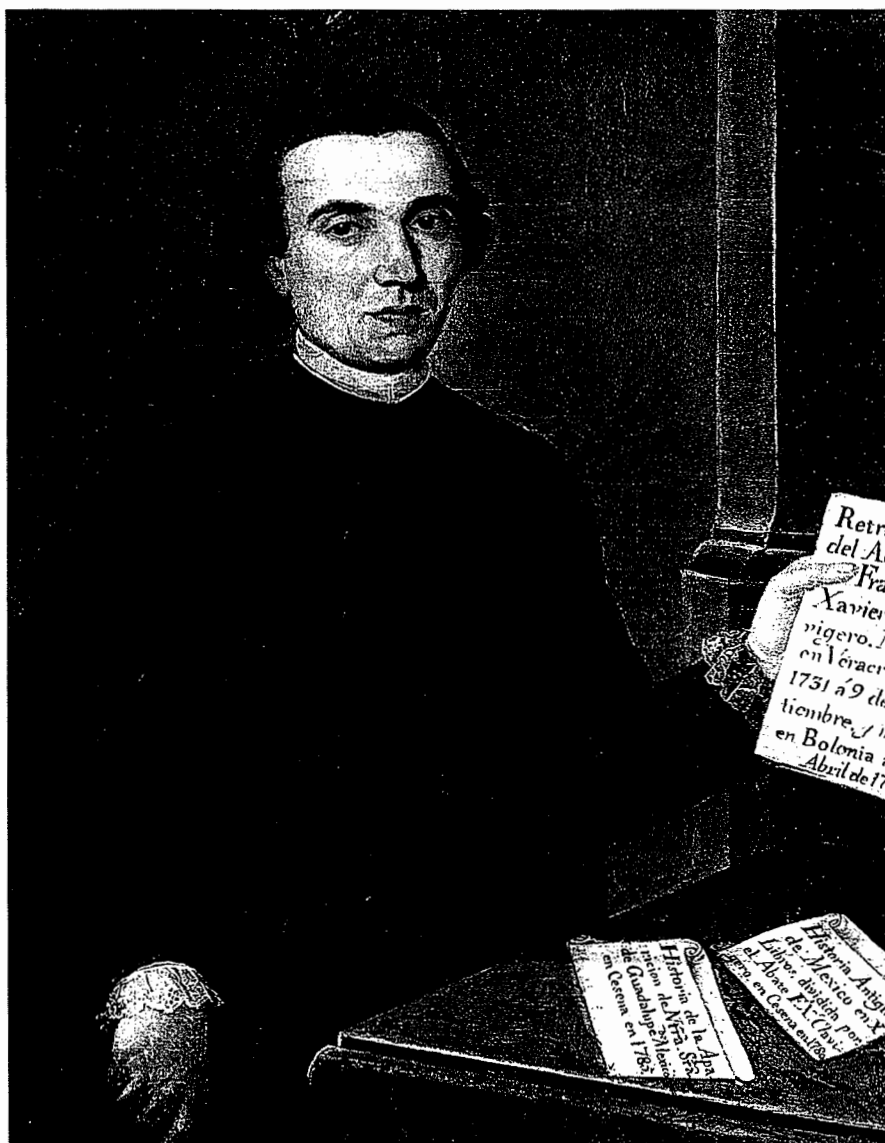


En el siglo XVIII, muchos pensadores europeos consideraron a los habitantes de América como criaturas rústicas, estúpidas, de voluntad débil e inacabadas. El conde de Buffon, Corneille de Paw, el abate Raynal y William Robertson sostenían que la naturaleza y la sociedad americanas eran “débiles”, “primitivas”, “degeneradas”. Para estos autores ilustrados, no sólo el indio permanecía en la barbarie, sino que el criollo se había envilecido bajo los efectos del clima malsano y la superstición que corroían el medio social.

En contra de tales prejuicios, los sabios criollos salieron en defensa de su naciente identidad histórica. En 1755, Juan José de Eguíara y

Eguren concibió una *Biblioteca mexicana*, cuyo fin era dar a conocer la literatura “de nación mexicana” y sus autores, la ciencia y sus eruditos, las bibliotecas y los colegios. La ambiciosa obra se proyectaba como un compendio de la cultura nacional, desde la época prehispánica hasta el siglo XVIII. Este esfuerzo revela el interés criollo por apropiarse del pasado indígena, y por dignificar sus propias creaciones para acentuar su autonomía frente a Europa.

La Compañía de Jesús tuvo un papel decisivo en la formación del patriotismo novohispano. En sus colegios estimuló el sentimiento criollo de pertenencia a la tierra, a su patria, a la Nueva España. De ahí que, después de la expulsión de 1767, los intelectuales más destacados de la orden se consagraron a reconstruir el pasado de México. Desde el exilio, en Italia, Francisco Xavier Alegre concluyó su *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*; Pedro José Márquez editó un volumen sobre los monumentos arquitectónicos de Tajín y Xochicalco, y Andrés Calvo





También jesuita y veracruzano, Francisco Xavier Alegre fue humanista, historiador, teólogo, matemático, filósofo y patólogo. La expulsión de la Compañía de Jesús privó al país de numerosos intelectuales destacados, que como él murieron en el exilio.

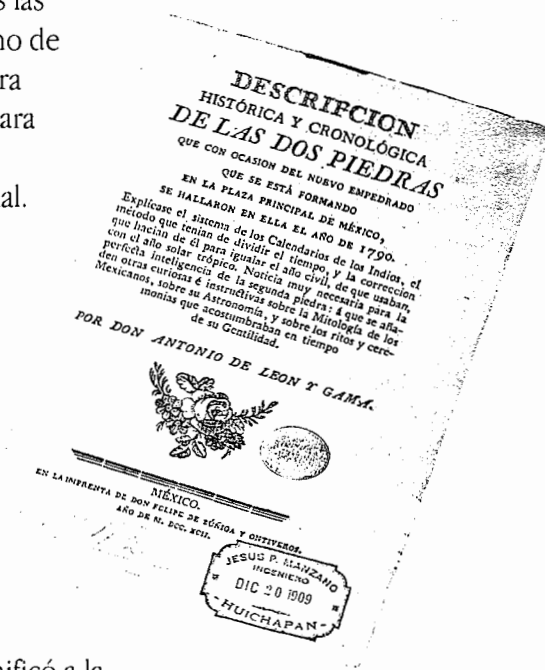
Considerado el primer arqueólogo mexicano, Antonio de León y Gama estudió la Coatlicue y la Piedra del Sol, después llamada Calendario Azteca, halladas accidentalmente en la plaza mayor de México. Sus observaciones fueron determinantes para que el gobierno virreinal ordenase la conservación de estas obras, que de otra manera hubieran sido destruidas.

escribió la primera historia general del virreinato.

El texto más representativo del patriotismo criollo es la *Historia antigua de México*, de Francisco Xavier Clavijero: "Un testimonio de sincerísimo amor a la patria". Clavijero por vez primera ofrecía un cuadro coherente de la historia del país. Exaltó la antigüedad prehispánica y le otorgó rango de una verdadera civilización al equiparar el mundo azteca con la cultura grecorromana. Esta imagen de la historia indígena combatía el muy arraigado prejuicio de que las obras producidas por esos pueblos eran creaciones del demonio. En su libro, Clavijero también atacaba el prejuicio europeo de la "inferioridad natural" de los americanos. Al asumir el pasado indígena como propio, Clavijero le dio un sustento autóctono y prestigioso a la identidad criolla. Desde entonces los criollos se pensaron herederos de las antiguas civilizaciones y

propietarios legítimos de la tierra americana.

Otro componente del patriotismo criollo fue el culto a la Virgen de Guadalupe. El relato de la aparición de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego, en el Tepeyac, alcanzó su mayor difusión en el siglo XVIII. Altares, sermones, ceremonias, capillas y fiestas dedicadas a la Virgen extendieron su culto a todas las clases del virreinato. El hecho de que la madre de Dios hubiera elegido a la Nueva España para manifestarse le otorgaba al reino un sentido providencial. Con ese mensaje, el clero criollo forjó un mito nacional que muy pronto generó una religiosidad popular y patriótica muy intensa. Indios, criollos y mestizos se unieron, espiritualmente, en la veneración a la Guadalupana. Por primera vez, un símbolo religioso unificó a la dividida población de Nueva España.



PUEBLO ESCOGIDO



En el siglo xvii el patriotismo novohispano descansaba sobre dos creencias: la identidad entre el dios Quetzalcóatl y el apóstol Santo Tomás, y la aparición de la Virgen María en el cerro del Tepeyac, en 1532. Si Quetzalcóatl era Santo Tomás, como pensaba Carlos de Sigüenza y Góngora, entonces la fundación católica de México era anterior a la conquista española. Esta hipótesis teológica, que le otorgaba un fundamento espiritual autónomo a la Iglesia mexicana, vino a reforzarse con la publicación, en 1648, del primer relato sobre el milagro guadalupano en el Tepeyac, donde se veneraba a la diosa Tonantzin —nuestra madre— desde tiempos remotos. La madre de Dios había escogido a un indio humilde, Juan Diego, como testigo y mensajero de su manifestación en la tierra mexicana.

De este modo la aparición de la Virgen fue interpretada, sobre todo por el clero criollo, como una prueba de la predilección que Dios le manifestaba a los indios y, por extensión, a los nacidos en México.

En el siglo xviii ambas creencias se entrelazaron en el culto a Nuestra Señora de Guadalupe, que se convirtió en la creencia popular más extendida y de mayor arraigo. Durante las inundaciones, sequías y hambrunas, o en ocasión de mortíferas epidemias (como la del sarampión en 1727 o la peste de 1736, en la que murieron 40 000 personas tan sólo en la ciudad de México), la Guadalupana era invocada y sus representaciones ofrecían protección y consuelo a los devotos. La imagen de la Virgen de Guadalupe inspiró a la literatura, el arte y la religión novohispanos, hasta convertirse en un emblema nacional. A

Impresa en Madrid, en 1785, esta obra difundió el prodigio guadalupano en España. La fama del portento del Tepeyac, y de sus beneficiarios los mexicanos, se extendió hasta las entrañas de la madre patria.



ella se consagraron innumerables altares, retablos, capillas, iglesias, sermones y colegios (como el de los franciscanos en Zacatecas). En 1737 fue reconocido su patronato o “protección celestial” sobre la ciudad de México y en 1746 sobre toda la Nueva España.

El aspecto doctrinal de esta veneración se fortaleció en 1746 con la publicación de la *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, del italiano Lorenzo Boturini. En esta obra se buscaba demostrar, por medio de la interpretación de himnos y códices indígenas, la identificación de Santo Tomás con Quetzalcóatl, y se ofrecían abundantes pruebas documentales sobre la aparición de la Virgen. Años más tarde, criollos ilustres continuaron la indagación sobre el milagro guadalupano, ya no desde el punto de vista teológico, sino apoyados en los principios de la ciencia ilustrada.

En su *Opúsculo guadalupano* (1790), José Ignacio Bartolache trató de probar que la tela donde se había impreso la imagen de la Virgen no podía ser el sayal del indio Juan Diego. Por esos años, un hombre obsesionado por las antigüedades mexicanas, Ignacio Borunda, propuso una nueva interpretación del milagro guadalupano, apoyada en la descripción del calendario azteca realizada por Antonio de León y

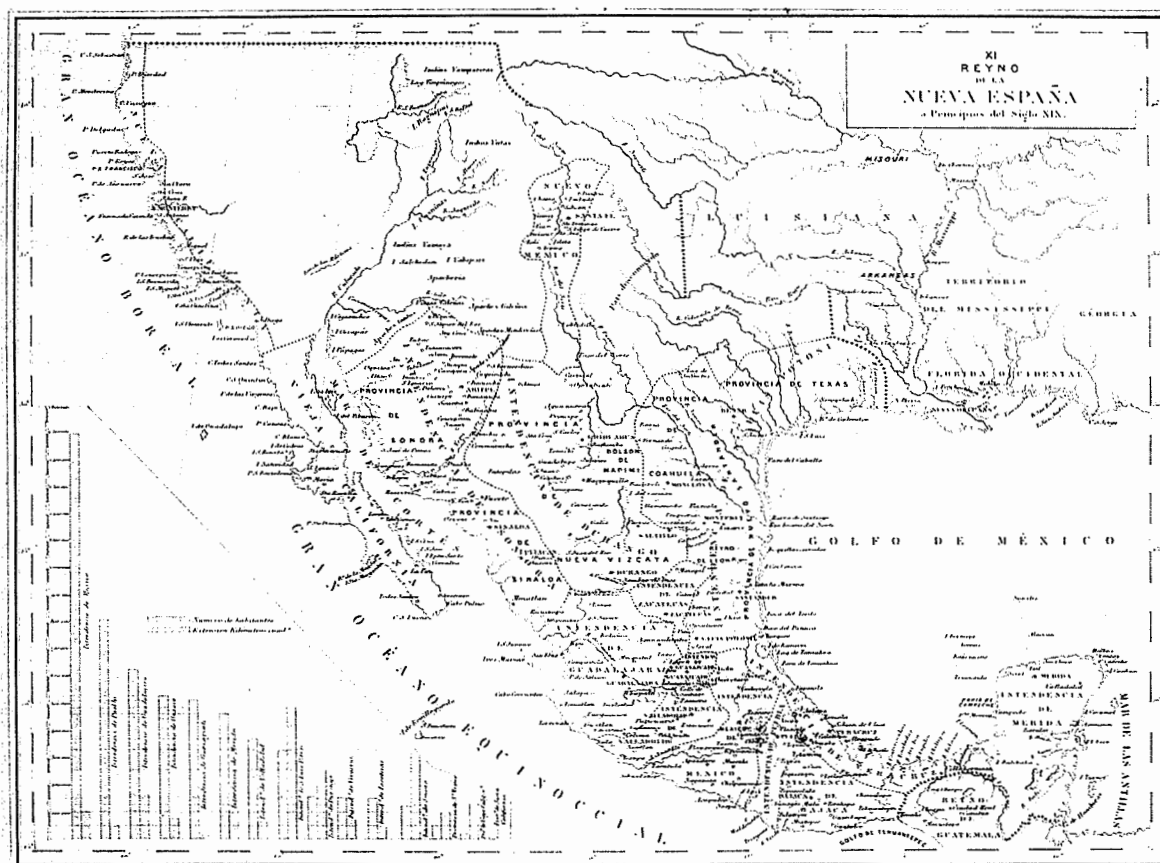


Gama. Borunda creía que el monolito prehispánico encontrado en el Zócalo contaba, a través de jeroglíficos, la fundación de México por Quetzalcóatl-Santo Tomás. Ambas teorías fueron retomadas por fray Servando Teresa de Mier en su célebre sermón guadalupano del 12 de diciembre de 1794, en el santuario del Tepeyac. Según Mier, la diosa Tonantzin, madre de Tehohuitzahuac, Señor de la Corona de Espinas, era la Virgen María, a quien los indios veneraban desde principios del milenio. La tela con la imagen de la Guadalupe no era el sayal de Juan Diego, sino la capa del apóstol Santo Tomás. Esta revisión del milagro guadalupano no buscaba debilitar el culto, sino ofrecerle un fundamento incontestable. No lo entendió así la Iglesia mexicana, que reaccionó como si se tratara de una herejía. Mier fue juzgado por la Inquisición y condenado a un exilio que duraría más de veinte años.

UN GOBIERNO VERTICAL

El gobierno de la Nueva España estaba dividido en cinco administraciones: civil, militar, eclesiástica, de justicia y de hacienda. Cada una de ellas tenía su propia jurisdicción, que exceptuando la eclesiástica, se ejercía en tres niveles: el del virreinato, el de las provincias o distritos y el de las ciudades, villas y pueblos. Las instituciones centrales del virreinato eran la Audiencia, la Capitanía General y la Supervisión de Hacienda. En el nivel provincial estaban los corregimientos, las alcaldías mayores y los tenientazgos. En el nivel local se concentraban los cabildos españoles e indígenas. Por lo que toca a la Iglesia, la Nueva España abarcaba una provincia eclesiástica con el arzobispado de México como metropolitano y nueve diócesis autónomas: Chiapas, Durango, Guadalajara, Linares, Michoacán, Oaxaca, Puebla, Sonora y Yucatán, cada una gobernada por un obispo que dependía de Roma y del monarca español, en los términos de las concesiones otorgadas conforme al Patronato Regio. Los diez territorios eclesiásticos estaban divididos en parroquias.

Un nuevo mapa político apareció con el sistema de intendencias promovido por Carlos III. Esta reforma integral copiada de Francia acabó definitivamente con la vieja estructura de gobierno heredada de los Habsburgo.





La venta de cargos públicos al mejor postor fue el origen de enormes problemas de corrupción. Una vez asumido el puesto, los funcionarios veían la manera de recuperar su inversión.

En los pueblos, villas y ciudades, los alguaciles desempeñaban las funciones de policía, hacían cumplir las ordenanzas municipales y ejecutaban las órdenes de los tribunales. Éste lleva en su mano la "vara de la justicia" símbolo de su autoridad.

El Consejo de Indias había resuelto la creación de tribunales especiales, como el del Santo Oficio de la Inquisición, el de Minería, el de la Acordada, el de indios y los consulados de comercio, para que la sociedad novohispana dirimiera sus diferencias. Tal diversidad de cuerpos de gobierno provocaba frecuentes conflictos de jurisdicción. A partir del reinado de Carlos III, los reformadores borbónicos intentaron racionalizar esta complejidad institucional al introducir en los virreinos una burocracia profesional y un sistema de intendencias semejante al que existía en Francia y España.

En 1786, la Real Ordenanza de Intendentes reorganizó a fondo el gobierno novohispano en sus tres niveles. La Real Audiencia, que era la institución civil más poderosa después del virrey, tuvo que ceder algunas de sus atribuciones fiscales a la Junta de la Real Hacienda. Fueron creadas doce intendencias (Durango, Guadalajara, Guanajuato, México, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Sonora, Michoacán, Veracruz, Yucatán y Zacatecas) las cuales absorbieron las antiguas jurisdicciones provinciales. En el intendente se concentraron atribuciones en materia de justicia, hacienda y fomento, que antes le correspondían a los corregimientos y las alcaldías mayores. De hecho, la Real Ordenanza abolía los puestos de corregidor, alcalde mayor y teniente letrado, y prohibía los repartimientos (monopolios comerciales de productos indígenas administrados ilegalmente por estos funcionarios).

Con la creación de las intendencias se persiguió el propósito de descentralizar el virreinato e incrementar la sujeción colonial. Los nuevos intendentes y subdelegados serían burócratas leales a la corona, nombrados por el Consejo de Indias y no, como era la costumbre, por la Real Audiencia. Los nuevos funcionarios dependerían del gobierno colonial y serían pagados por él. Una de las dificultades que desde el principio entorpeció la aplicación de las reformas fue la falta de fondos para sostener a esa flamante burocracia.

La falta de pago del tributo indígena por efecto de las sequías redujo de tal manera el ingreso de los subdelegados que éstos tuvieron que recurrir al mismo negocio ilícito de los alcaldes mayores: el repartimiento. Aun cuando la Nueva Ordenanza de Intendentes, de 1803, reiteró la prohibición de esta práctica y fijó un salario mínimo de 1 500 pesos anuales para los subdelegados, persistieron la falta de fondos y el patrimonialismo en los asuntos de gobierno.



VIRREYES ILUSTRADOS



Juan Vicente Güemes Pacheco y Padilla, segundo Conde de Revillagigedo, gobernó de 1789 a 1794. Durante su mandato se dio impulso a la agricultura y la construcción de caminos. Fundó el sistema de correos, el Archivo General de la Nación y realizó el primer censo general de población.

Mientras reinaron los Habsburgo, en los siglos xvi y xvii, el virrey de la Nueva España fue tratado como el mismo monarca español, y gozaba de una serie de atributos que intentaban reproducir los que eran propios del soberano: el ceremonial, la corte, la guardia y el palacio real de México. La institución virreinal era la máxima autoridad civil y militar. El virreinato carecía de cortes donde se pudieran reunir los representantes de los diferentes sectores sociales. La Audiencia, que era una suerte de tribunal supremo, estaba presidida por el propio virrey, de manera que el único cuerpo relativamente autónomo era la Iglesia.

Esta estructura de poder se alteró con varias reformas. Las necesidades financieras y militares de un imperio en guerra exigían el aprovechamiento óptimo de los recursos coloniales. Los ministros de Carlos III consideraban que la reducción de las atribuciones del virrey y el aumento de la burocracia peninsular permitirían un mayor control administrati-

vo y hacendario del virreinato. Así, la principal amenaza a la autoridad virreinal fue la introducción del sistema de intendencias, concebido por José de Gálvez durante su visita general, entre 1765 y 1771, a la Nueva España.

Gálvez propuso fragmentar la jurisdicción del virreinato en doce intendencias, cuyos asuntos fiscales estarían coordinados por un funcionario, directamente subordinado al Consejo de Indias. La resuelta oposición de algunos virreyes, como Antonio María de Bucareli y Ursúa (1771-1779) y el segundo conde de Revillagigedo (1789-1794), impidió que esta reforma fuera totalmente aplicada. Sin embargo, en su estancia como visitador general, Gálvez logró limitar el poder de los virreyes Joaquín de Montserrat, marqués de Cruillas (1760-1766), y de Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix (1766-1771). Más tarde, desde el Consejo de Indias, nombró al veracruzano Pedro Antonio de Cossío, un hombre de su confianza, como secretario de cámara del



El nepotismo del visitador Gálvez se hizo patente cuando impuso como virrey a su propio hermano, Matías de Gálvez, (arriba) en 1783. Para colmo, al morir éste le heredó el puesto a su hijo, Bernardo de Gálvez (abajo), quien murió también al poco tiempo.



Antonio María de Bucareli y Ursúa, quien gobernó de 1771 a 1779, fue uno de los virreyes más populares y recordados. Gran administrador y generoso benefactor, aumentó el ingreso de las rentas públicas, alentó el comercio, abrió asilos y hospicios, y fundó el Real Tribunal de Minería.

virreinato, lo que le permitió recortar las atribuciones del virrey Martín de Mayorga (1779-1783). Finalmente, Gálvez impuso a dos miembros de su familia como virreyes: a su hermano, Matías de Gálvez (1783-1784), y a su sobrino Bernardo de Gálvez (1784-1786).

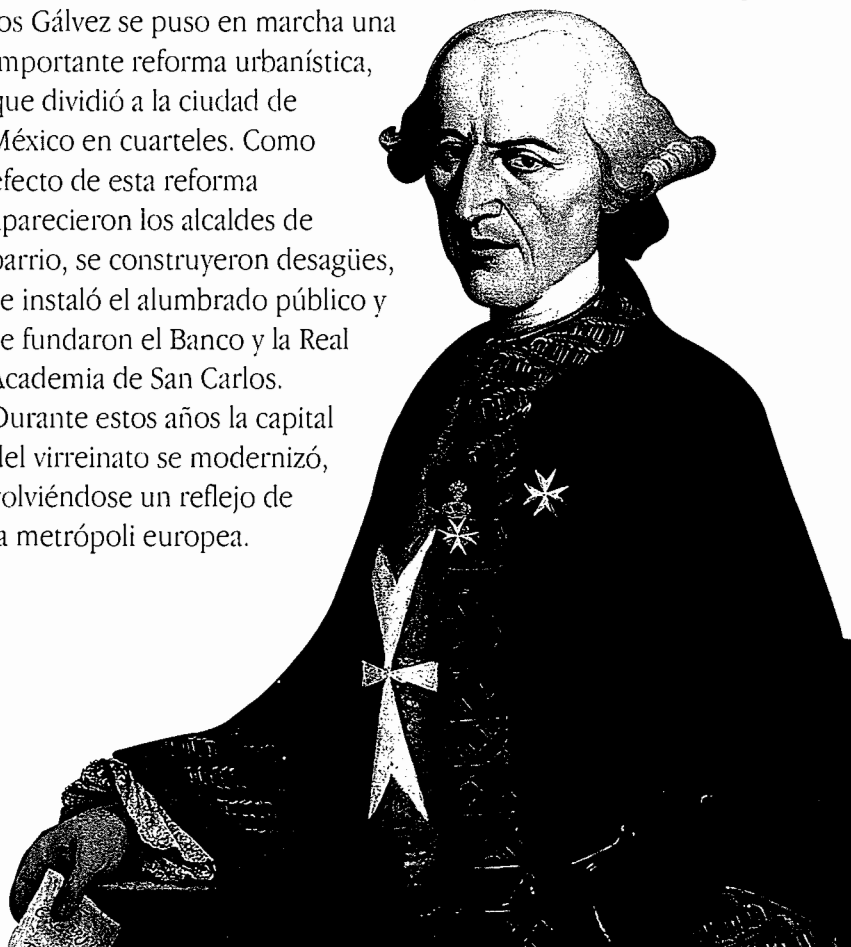
Con excepción de los virreyes-arzobispos Alonso Núñez de Haro y Peralta (1787) y Francisco Javier Lizana (1809-1810), que ejercieron interinamente, todos los virreyes de la Nueva España nombrados por Carlos III y Carlos IV fueron militares. Las guerras de España contra Gran Bretaña y Francia hacían necesaria una fuerte presencia del ejército imperial en las colonias. Además de habilidades militares, los virreyes debían poseer experiencia administrativa. Formaban parte de una nueva burocracia creada en torno al proyecto ilustrado de los Borbones.

Los virreyes de la época borbónica privilegiaron la esfera militar y la hacendaria. Su misión era convertir a la Nueva España en una colonia dócil y capaz de mandar grandes cantidades de dinero a la metrópoli. Sin embargo, como gobernantes ilustrados, dieron mucha importancia a la modernización de la minería, la educación técnica y científica, las comunicaciones, el comercio y el desarrollo de obras públicas.

Bucareli fundó el Real Tribunal de Minería y Branciforte apoyó la creación de los consulados de Veracruz y Guadalajara. En tiempo de

los Gálvez se puso en marcha una importante reforma urbanística, que dividió a la ciudad de México en cuarteles. Como efecto de esta reforma aparecieron los alcaldes de barrio, se construyeron desagües, se instaló el alumbrado público y se fundaron el Banco y la Real Academia de San Carlos.

Durante estos años la capital del virreinato se modernizó, volviéndose un reflejo de la metrópoli europea.



LA RECONQUISTA DE LAS COLONIAS



uando subió al trono en 1759, Carlos III tenía ya una amplia experiencia en las tareas de gobierno. Su reinado se caracterizó por la defensa de los privilegios del monarca y una reforma del estado que incrementó su poder y recursos. Fue el representante más genuino del despotismo ilustrado español.

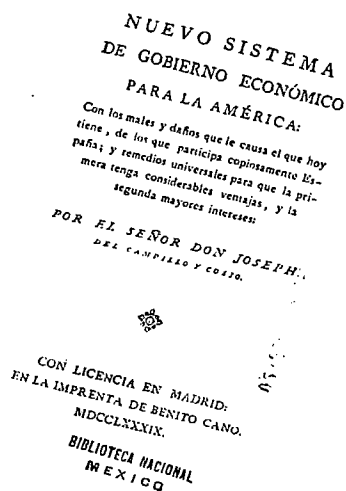
Los monarcas de la Casa de Borbón aplicaron tanto en la metrópoli como en sus colonias los principios del absolutismo ilustrado. En la época de los Habsburgo, el orden político se basaba, según la doctrina de pensadores como Francisco Suárez y Domingo de Soto, en un pacto entre el soberano y los cuerpos del reino: las ciudades, el clero, la milicia y los gremios. Los Borbones Felipe V, Fernando VI, pero sobre todo Carlos III y Carlos IV, se propusieron subordinar las viejas instituciones a la autoridad real y concentrar en la corona las funciones administrativas y políticas.

Esta actitud de la monarquía se puso en práctica a través de una serie de reformas que alteraron el gobierno de las colonias americanas. En la Nueva España, el reino más rico del imperio, las reformas borbónicas tuvieron un profundo impacto económico, social y político. El conflicto entre España e Inglaterra, en disputa por la hegemonía del mundo atlántico, exigió mayores recursos provenientes de las colonias. De ahí que las reformas, siguiendo las recomendaciones que José del Campillo y Cosío dio a conocer en su *Nuevo sistema*

de gobierno económico para la América, tuvieran cuatro objetivos fundamentales: centralización administrativa y financiera de los reinos; eliminación de privilegios corporativos, autonomías políticas y monopolios comerciales; desarrollo de industrias generadoras de mayores ingresos para la corona, e instalación de regimientos militares permanentes. Más que reformas, como ha señalado David A. Brading, estas medidas constituyeron una verdadera “revolución en el gobierno”, cuyo fin fue la “reconquista de las colonias americanas”.

En la Nueva España, los cuatro objetivos de la política borbónica se cumplieron a cabalidad. El inspector general de tropas, Juan de

Carlos IV fue un rey inepto, incapaz de atender los asuntos del Estado. Permitió que su esposa, la reina María Luisa, elevara a Manuel Godoy al rango de primer ministro y pusiera en sus manos las riendas del gobierno. Su mandato provocó feroces críticas y una generalizada desconfianza.



Uno de los inspiradores de las reformas borbónicas fue José del Campillo y Cosío, ministro del rey Fernando VI. Afirmaba que "había de menos agricultura, comercio, educación, fábricas, navíos, obras públicas, y había de más contribuciones, leyes, jueces y letrados".

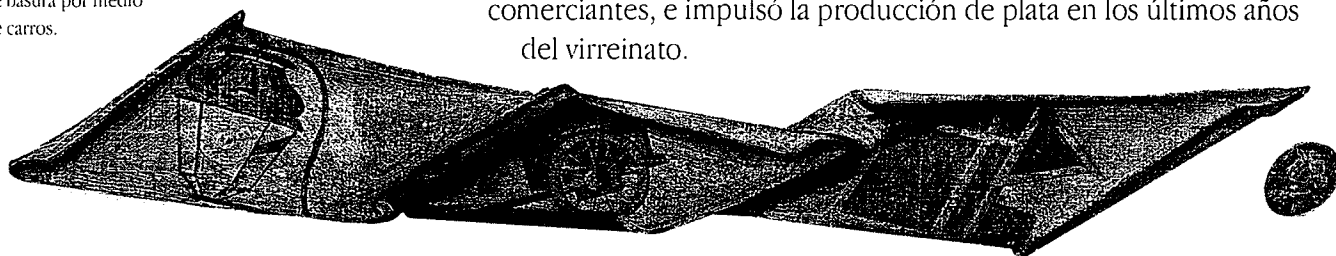
Revilagigedo estableció el alumbrado público, con faroles y serenos; mandó poner en cada esquina los nombres de las calles, dispuso que las casas se numeraran y organizó el primer sistema de recolecta de basura por medio de carros.

Villalba, llegó en 1764 con dos regimientos de soldados españoles y el encargo de crear cuerpos de milicias. Durante su visita general al virreinato, José de Gálvez introdujo nuevos impuestos y convirtió la manufactura y venta del tabaco en un monopolio real que aportaría grandes ganancias a la corona. Su recelo ante las corporaciones religiosas y civiles se manifestó con la expulsión de los jesuitas y los ataques a la autonomía de los pueblos, los ayuntamientos, las audiencias y el virrey. Finalmente, la política económica demostró una clara preferencia por la minería, que era considerada, en palabras del propio Gálvez, como "el origen y fuente única de [las actividades] que dan espíritu y movimiento a todas las ocupaciones humanas".



La aplicación decisiva de las reformas tuvo lugar entre 1776 y 1787 siendo José de Gálvez ministro de Indias, al establecerse en México una nueva burocracia fiscal, integrada por funcionarios leales a la corona (y a Gálvez), encargada de recaudar los impuestos con eficiencia y rigor. La participación de los criollos en las instituciones virreinales se redujo considerablemente. Sólo una tercera parte de los cargos en las audiencias y cabildos catedráticos quedó reservada para los españoles americanos. Este proceso de recomposición burocrática, que aseguraba un mayor control sobre el gobierno colonial, llegó a su punto culminante con la creación de doce intendencias o gobiernos provinciales en 1786.

Las reformas borbónicas generaron violentas reacciones en la sociedad novohispana. Hubo motines contra la milicia, protestas por los nuevos impuestos y monopolios reales, y levantamientos armados, como los de Pátzcuaro, Uruapan, San Luis Potosí y Guanajuato, a raíz de la expulsión de los jesuitas. Como nunca antes, los pueblos indígenas vieron amenazado su territorio, sus bienes, sus cajas comunales, sus derechos y su identidad. Al mismo tiempo, las elites criollas fueron desplazadas del gobierno virreinal. Sin embargo, no todos los novohispanos resultaron perjudicados por las reformas: el Decreto de Libre Comercio de 1778, al eliminar el monopolio del puerto de Cádiz, permitió la fundación de nuevos gremios mercantiles, como los de Veracruz y Guadalajara, favoreció la independencia de mineros y comerciantes, e impulsó la producción de plata en los últimos años del virreinato.



UN REFORMISTA IMPLACABLE

José de Gálvez fue nombrado visitador general de la Nueva España para supervisar la implantación de las reformas borbónicas en el país. Siempre mostró una gran ignorancia de la realidad local y un marcado desprecio por sus habitantes.



Con el fin de extender las reformas a las colonias americanas, el Consejo de Indias encargó al jurista malagueño José de Gálvez Gallardo realizar una visita general a la Nueva España. El visitador debía inspeccionar el estado de los tribunales y cajas reales del reino, y ejercer el control directo de la Real Hacienda. Pero Gálvez, miembro también del Consejo de Indias, había recibido el encargo de revisar personalmente la administración del comercio y la justicia, además de los asuntos eclesiásticos y militares. Sus amplias facultades implicaban de hecho una virtual suspensión del mandato del virrey.

Desde la llegada del visitador a la ciudad de México, en agosto de 1765, surgió una fuerte rivalidad con el virrey marqués de Cruillas, quien se sintió desplazado del poder. Esa disputa logró superarse a principios del año siguiente, cuando fue nombrado el nuevo virrey, Carlos Francisco de Croix. El conflicto reapareció en 1771, esta vez con el virrey Antonio María de Bucareli, quien se opuso al Plan de Intendencias propuesto por Gálvez en 1768. Más que simples diferencias personales, las fricciones con estos personajes se derivaban de una resuelta campaña de Gálvez contra la institución virreinal. En 1765, unos meses después de su lle-

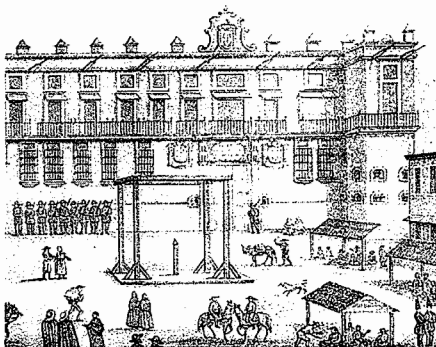
gada a México, le decía al ministro de Carlos III, marqués de Esquilache: "Este reino corre precipitadamente a su último exterminio, si dura más tiempo el ruinoso gobierno de los virreyes." Su idea era sustituir el poder virreinal por un sistema de comandancias generales e intendencias, dominado por la figura del superintendente.

Con el apoyo incondicional del virrey Croix, el visitador general realizó importantes reformas: incremento de alcabalas, retasación de tributos, establecimiento del monopolio del tabaco, instalación de una tropa fija y creación de las milicias, destierro de la Compañía de Jesús. Estas medidas desataron una ola





Gálvez fue particularmente duro con los indios, a quienes abolíó sus gobiernos municipales, aumentó el tributo y prohibió usar ropas españolas, así como montar a caballo.



Gálvez no toleró los motines ni la oposición a las medidas del gobierno; él mismo juzgaba y sentenciaba a los rebeldes. Los condenados a muerte eran ejecutados frente al Real Palacio de México.

Por primera vez en la historia de México, los motines populares fueron sofocados por el ejército. Medidas como ésta alteraron la relación entre gobernantes y gobernados.

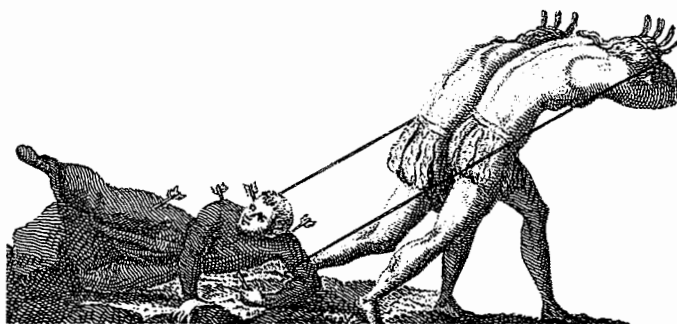
de levantamientos populares en el Bajío, que Gálvez reprimió con un rigor sin precedente en la historia novohispana. Su biógrafo, H.I. Prietsley, cuenta cómo el propio visitador “mandó colgar a 85 personas, azotar a 73, desterrar a 117 y encarcelar a 674”. En San Luis Potosí, las autoridades perdieron el control de la ciudad el 8 de julio de 1767. Los españoles tuvieron que refugiarse en los conventos. Gálvez acudió con rapidez a prestar auxilio a la ciudad, liberó a los peninsulares y procesó a tres mil amotinados. De esta forma, la presencia del visitador representó un cambio en las relaciones entre la metrópoli y la colonia novohispana. El uso de un ejército regular en la represión de las revueltas populares era un indicio claro de los cambios: por primera vez se prefirió la fuerza sobre la negociación para sostener el gobierno colonial.

Durante su visita general, Gálvez limitó la autonomía de las audiencias, los ayuntamientos, la Iglesia y los pueblos de indios. Desde el principio manifestó su desacuerdo con el predominio de los criollos en la Audiencia de México, los cabildos y las órdenes religiosas. Para contrarrestar esa situación, el visitador sugirió que los peninsulares fueran designados para los principales cargos administrativos y eclesiásticos en las Indias y, como aparente compensación, que los criollos notables fueran ascendidos a posiciones importantes en la península. Esta política quedó claramente reflejada en su Reglamento de 1771, que introdujo seis regidores honorarios, nombrados por el virrey, en el ayuntamiento de México, con lo que terminó el predominio de los criollos.

El nombramiento de Gálvez como secretario del Consejo de Indias en 1776 garantizó la continuidad de sus reformas. Ese mismo año fueron incorporados a la Audiencia de México cuatro ministros peninsulares, por lo que también allí se perdió la mayoría criolla. Poco después se estableció la Comandancia de Provincias Internas, que disminuiría la autoridad militar del virrey. Pero el golpe decisivo a la autonomía novohispana estaba previsto en la Real Ordenanza de Intendentes de 1786. Además de una profunda reestructuración de las instituciones fiscales y administrativas, con este proyecto se pretendía realizar la más cuantiosa expropiación de bienes territoriales y comunitarios a los pueblos indígenas. La muerte de Gálvez impidió que esa medida fuera plenamente aplicada.



¡MUERA EL REY!



El cargo de una extensa zona de misiones que abarcaba los territorios de Sonora, Chihuahua y Baja California, habitados aún por pueblos hostiles a la autoridad virreinal, algunos sacerdotes jesuitas padecieron el martirio.

El virrey marqués de Croix resumió en una frase el ideario político del despotismo ilustrado español: "De una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España que nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del gobierno".



a noche del 25 de junio de 1767 llegó a México una orden real, firmada por Carlos III, que decretaba la inmediata expulsión de los miembros de la Compañía de Jesús del territorio americano. El virrey Francisco de Croix y, principalmente, José de Gálvez cumplieron el mandato sin vacilaciones.

Esa decisión sorprendió a los novohispanos y provocó una reacción inesperada. Los jesuitas, desde su arribo en 1572, habían tenido una buena acogida, y más tarde sus obras les granjearon el apoyo y la simpatía de los novohispanos. La orden fundada por San Ignacio de Loyola se distinguió por la calidad de sus centros educativos, la esforzada conducta de sus miembros y la eficiencia administrativa con que manejaron sus diversas empresas.

De éstas, una de las más destacadas fue el establecimiento de colegios y casas de formación en varias ciudades de la Nueva España. Además de implantar en los colegios una disciplina educativa rigurosa y abrirlos a las nuevas corrientes científicas y culturales, les brindaron un sólido apoyo económico. Tan sólo el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, establecido en la ciudad de México, era propietario de seis grandes haciendas productoras de maíz, trigo, frijol, azúcar, diversos tipos de ganado y otros bienes de gran demanda. Las misiones que fundaron en los lugares más apartados del norte de la Nueva España se distinguieron por su administración rigurosa y su autosuficiencia económica. Sus colegios alcanzaron tal prestigio que se convirtieron en los centros educativos de los criollos; en ellos se formó el grupo más destacado en las ciencias, las artes, la educación y las nuevas ideas filosóficas y políticas de la Nueva España. Al llegar la orden de expulsión, la provincia mexicana de la Compañía de Jesús contaba con 678 miembros, de los cuales más de 500 eran criollos.

Hacia mediados del siglo XVIII, la Compañía de Jesús era una de las instituciones más ricas y con mayor éxito. El

obispo de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza, chocó violentamente con los intereses de esa orden. Alarmado por el poder económico de la compañía, no vaciló en hacer este comentario al papa Inocencio X: “He hallado en poder de los jesuitas casi todas las riquezas de la América meridional.”

El enorme peso económico y moral de la compañía en la sociedad novohispana —además de otros factores— la enfrentaron a las pretensiones reformistas de los Borbones de obtener un mayor control sobre sus dominios americanos. La lealtad incondicional de los jesuitas al papa, sus estrechas relaciones con el grupo criollo, y su arraigado poder económico en tierras americanas chocaron con la política reformista de los Borbones: subordinar los intereses de las colonias a la metrópoli, y los de la Iglesia a los del Estado. Los jesuitas eran un enemigo potencial para la corona.

El recelo de Carlos III hacia la compañía aumentó cuando sus miembros se opusieron a la canonización de Juan de Palafox y Mendoza, cuyo prestigio se debía, en buena medida, a los pleitos que había tenido con la Compañía de Jesús. Otro acontecimiento hizo crecer la animosidad del rey: en 1766 el pueblo de Madrid se lanzó a las calles para protestar contra un decreto que prohibía el uso de capas largas y sombreros de ala ancha. La organización del llamado motín de Esquilache fue atribuida públicamente a los jesuitas.

Cuando estas rupturas llevaron a la expulsión de esa orden de los dominios americanos, la decisión provocó una reacción de hondas consecuencias en Nueva España. El golpe a la compañía fue visto como un rompimiento del pacto moral más fuerte que unía a los novohispanos con el soberano, por lo que la dividida población se unió en contra del rey. Por primera vez se escuchó gritar a multitudes enardecidas ¡Muera el rey!, y por primera vez un ejército formal tuvo que intervenir para aplacar los violentos motines que se suscitaron en protesta por la expulsión.

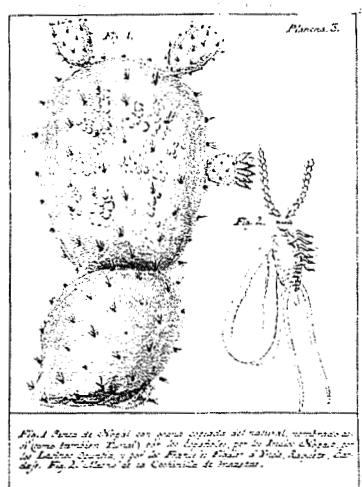
Los rendimientos de las haciendas jesuitas servían para sostener misiones y colegios. Al ser expulsados pasaron a poder de la corona, con lo que se consumó la primera gran expropiación de bienes del clero en territorio mexicano.





La plata de México sirvió para la construcción de barcos de guerra que España puso al servicio de Napoleón. El 21 de octubre de 1805, la escuadra inglesa comandada por el almirante Nelson derrotó a la flota española frente al cabo de Trafalgar. El dinero de América fue a parar al fondo del océano.

LA COLONIA PAGA LA GUERRA



La grana cochinilla era un producto muy apreciado para el teñido de textiles. Su explotación dejaba grandes ingresos tanto a los productores como al fisco real, y era una de las principales exportaciones de la Nueva España.

Al finales del siglo xviii y principios del xix, el imperio español sostuvo una serie de conflictos militares contra dos de las grandes potencias europeas. Primero la guerra con Gran Bretaña, de 1779 a 1783; luego la reacción militar contra la Francia revolucionaria, de 1793 a 1795; apenas un año después, en 1796, otra guerra con Inglaterra —esta vez, naval— que se prolongaría hasta 1802; y, por último, una segunda guerra naval contra los británicos, entre 1805 y 1808. En la primavera de ese año, cuando España esperaba el traspaso del trono de Carlos IV a su hijo Fernando VII, el ejército napoleónico atravesó los Pirineos, dando lugar a una guerra decisiva para el futuro de la monarquía y sus colonias americanas.

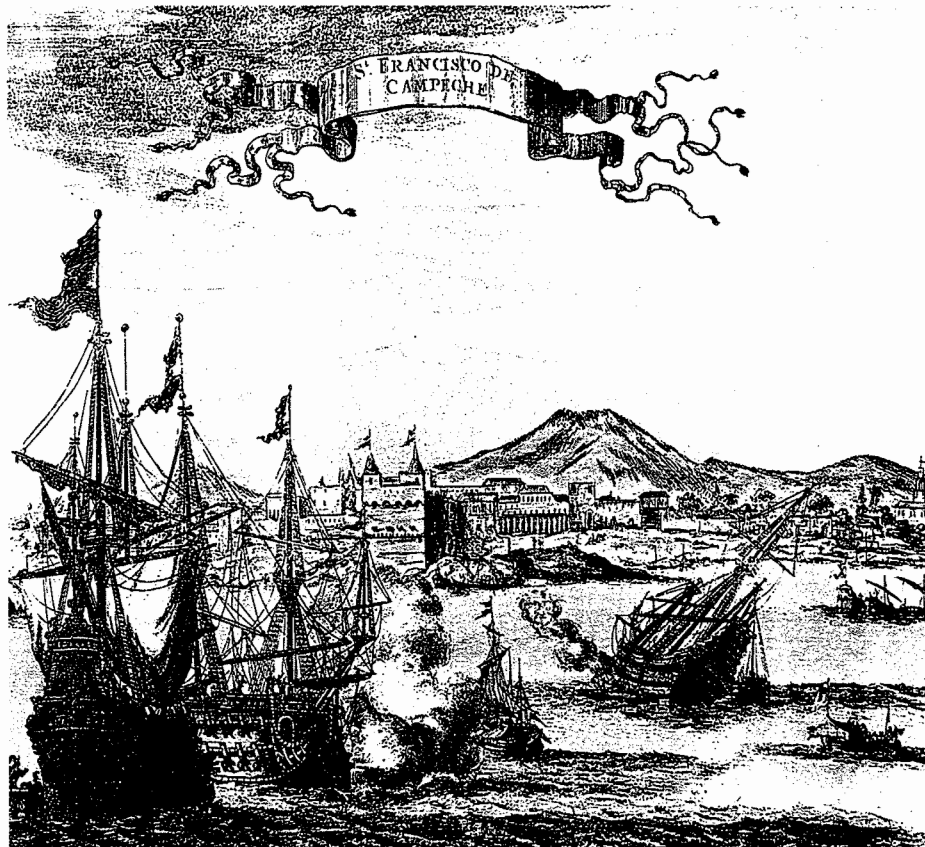
Con el fin de sostener el incremento del gasto militar, la corona se apoyó en las riquezas de sus colonias. La Nueva España fue, tal vez, la posesión española que más contribuyó a sufragar las guerras imperiales. Según los cálculos de Carlos Marichal, durante la primera de las guerras con Inglaterra las remesas del virreinato promediaron, aproximadamente, ocho millones de pesos anuales. En la segunda guerra



Cuyo Pueblo es de lo v^o

El visitador Gálvez reorganizó la Real Hacienda para aumentar los ingresos de la corona. Por todo el territorio surgieron edificios destinados a guardar los caudales de la cada vez más onerosa recaudación.

La flota inglesa amenazó continuamente las posesiones españolas en el Caribe y el golfo de México, llegando a ocupar La Habana en 1762. Esta situación obligó a fortificar los principales puertos de la zona, como Campeche.

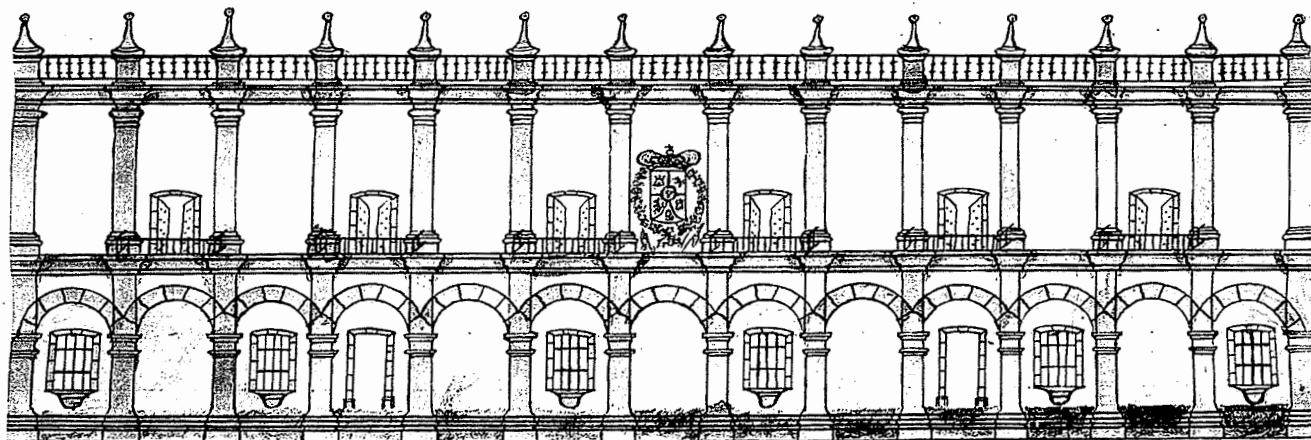


contra Gran Bretaña, entre 1796 y 1799, los envíos de las cajas reales novohispanas se elevaron a unos 10 millones al año. Finalmente, durante la tercera guerra, de 1805 a 1808, el traslado de caudales superó esa cuantiosa suma. La Nueva España era vista como el cofre inagotable del imperio.

Los envíos de dinero a la metrópoli provenían, fundamentalmente, de la amonedación de la plata, de los monopolios reales y de la recaudación fiscal. Pero la creciente demanda de fondos desde la metrópoli hizo que el gobierno virreinal recurriera a recursos extraordinarios, como los préstamos y donativos de instituciones y particulares. En 1781 y 1782, el virrey Martín de Mayorga solicitó préstamos al Consulado de Comercio y al Tribunal de Minería para “suplir las urgencias del rey”. Ambos cuerpos aportaron a la corona más de dos millones de pesos, además de caballos, cargas de trigo y otros bienes destinados al ejército. Tan sólo el Consulado de México prestó la cantidad de 2 650 029 pesos en 1805. También la Iglesia contribuyó, por medio de subsidios, a estos ingresos extraordinarios de la Real Hacienda. Durante la última guerra naval librada contra Gran Bretaña, el subsidio eclesiástico se convirtió en una fuente regular del financiamiento novohispano.

Una buena parte de las remesas se destinaba a financiar los presidios militares del golfo de México y el Caribe: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Trinidad, Florida, Luisiana. Durante las guerras atlánticas,

estas posesiones estaban siempre en peligro de caer en manos de los franceses o los ingleses. De ahí que la corona asignara a la Nueva España la misión de enviar cuantiosas sumas, llamadas *situados*, en auxilio de esas posesiones. Los gastos de las cajas reales novohispanas en la defensa de las islas de Barlovento, por ejemplo, fueron considerables. Se calcula que entre 1750 y 1780 la Nueva España transfirió al Caribe un promedio anual de tres millones de pesos. La cuantiosa sangría de dinero que implicaban los *situados* caribeños y las remesas a la península provocaron la bancarrota financiera del virreinato y una escasez de monedas que afectó las transacciones económicas.



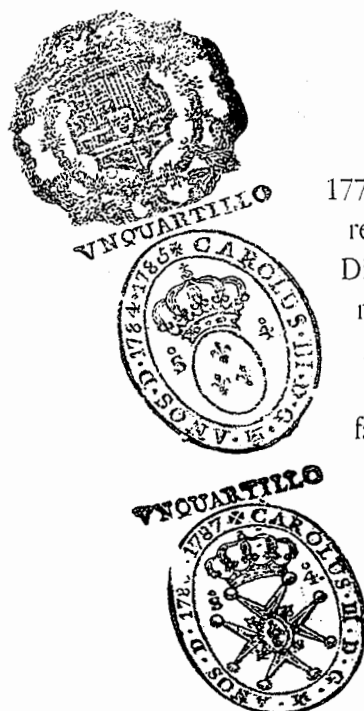
000076

000081

Las reformas borbónicas implicaron la construcción de un gran número de aduanas donde se cobraban la interminable serie de impuestos que inventaban las autoridades españolas.

LA CORONA SIN ORO

Para realizar cualquier trámite oficial o judicial, se tenía que utilizar papel sellado, que se vendía en las oficinas de la Real Hacienda. Este era otro recurso de la autoridad para allegarse ingresos.



partir de 1770 los ingresos de la Real Hacienda novohispana comenzaron a experimentar un crecimiento impresionante. Si en 1770 entraron más de 17 millones de pesos a las cajas reales, en 1809 esta suma rebasó los 68 millones. Dicho aumento se debió al ascenso de la producción minera (perceptible desde la primera mitad del siglo XVIII), a la liberación del comercio, al desarrollo de un mercado interno de productos agropecuarios y manufacturas, pero sobre todo, al incremento de la carga impositiva y la eficacia fiscal impulsadas por las reformas borbónicas.

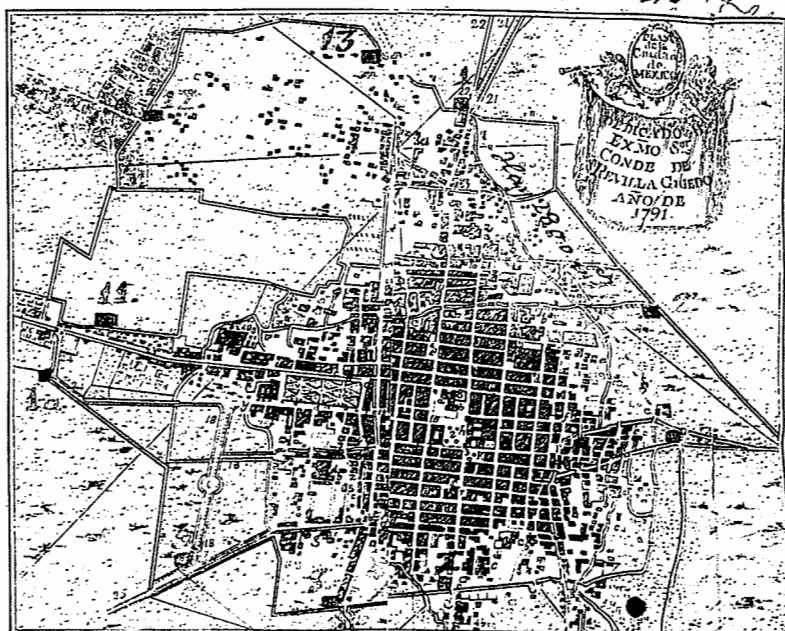
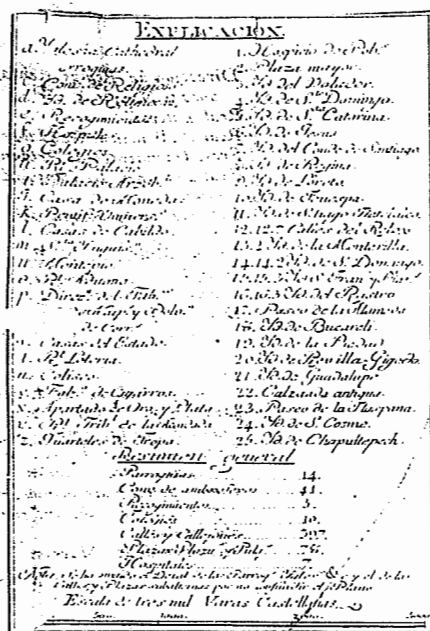
Entre 1770 y 1790 la recaudación fiscal en rubros tradicionales como las alcabalas y el tributo indígena creció gradualmente. A esto contribuyó la designación de oficiales reales encargados de administrar lo recaudado en cada región, con inde-

pendencia del Consulado de México. En 1776, otra disposición creó los directores de alcabalas que se establecieron en las 24 ciudades principales de la Nueva España. También aumentaron los impuestos relacionados con la minería debido al aumento de la producción de plata, aunque a finales de 1790 se estancaron.

Sin embargo, las partidas que elevaron el ingreso virreinal provenían de los monopolios reales introducidos por los Borbones: los llamados estancos del tabaco, de la pólvora, del papel sellado, del azogue, los naipes, la venta de nieve y las peleas de gallos. Tan sólo el estanco del tabaco reportó más de siete millones de pesos en 1801. El aumento del ingreso bruto de los monopolios, del tributo indígena y de los impuestos tradicionales se sumó a lo recaudado por la producción y el comercio, y llegó a ser de tal magnitud que se calcula que a finales del siglo XVIII los novohispanos contribuían a la Real Hacienda con un 70 por ciento per cápita más que los propios peninsulares.

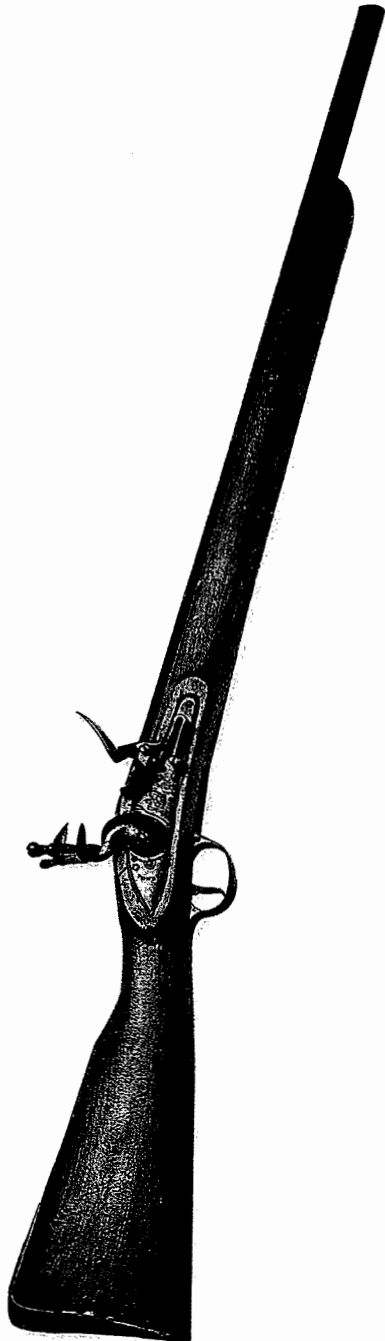
El creciente resentimiento del pueblo contra los alcaldes mayores y los subdelegados refleja los efectos sociales de esta presión fiscal. El aumento del tributo indígena en una época de sequías y hambrunas, como las de 1785-1786 y 1809, fue motivo de hondos agravios entre las comunidades campesinas. La coincidencia del alza del precio de los alimentos con la caída de los salarios y con el incremento de los impuestos que gravaban el consumo de la clase trabajadora hizo que un estado de inconformidad popular se extendiera por todo el territorio novohispano.

Al ingresar a las ciudades, los comerciantes tenían que detenerse en una garita a pagar la alcabala, un tributo de aproximadamente uno por ciento sobre el valor de su mercancía. Después de pasar por varias villas los productos se encarecían notablemente.



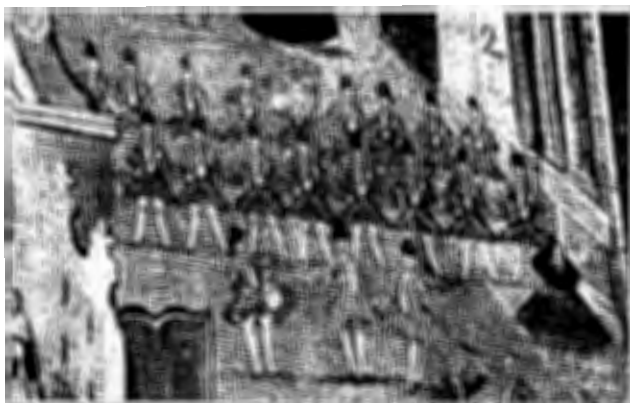
NOVOHISPANOS AL GRITO DE GUERRA

Los criollos podían ocupar cargos de oficial en las milicias, pero sólo hasta el nivel de alférez, teniente y capitán. Los nombramientos superiores eran privilegio de los españoles.



Capitán del fixo de México.

Durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), que enfrentó a las grandes potencias europeas, la debilidad militar del imperio español quedó al descubierto. Hacia 1762, Francia estaba agotada; había perdido sus colonias en Canadá y la India, que pasaron a manos de los británicos. Carlos III decidió entonces enfrentar a Gran Bretaña, la gran potencia del Atlántico. Las consecuencias fueron desastrosas: con una sola maniobra, los británicos ocuparon La Habana y amenazaron Veracruz, Campeche y Cartagena. España se vio obligada a negociar la recuperación de Cuba a cambio de ceder la Florida a los ingleses en la Conferencia de Paz de París de 1763.



Las levas ordenadas por la autoridad ocasionaron una ola de disturbios y tumultos. Por primera vez se obligaba a la población a incorporarse al ejército.



Después del desastre de la guerra de los Siete Años, la reforma militar se volvió prioritaria. En 1764 el Consejo de Defensa de Carlos III trazó un plan para crear en las colonias regimientos de dragones y cuerpos de infantería y caballería regulares asesorados por unidades europeas selectas; las milicias coloniales, reclutadas entre la ciudadanía a la manera de las milicias provinciales

españolas, les servirían de apoyo. Juan de Villalba y Angulo, un oficial andaluz, llegó a Veracruz en 1764 con la misión de crear tropas permanentes en la Nueva España. Su cargo era de comandante general e inspector general del ejército de la Nueva España. Y aunque recibió la orden de subordinarse al virrey marqués de Cruillas, la rivalidad entre ambos funcionarios no tardó en aparecer.

Bajo las órdenes de Villalba se crearon seis regimientos regulares de infantería provincial: el de México, Puebla, Toluca, Tlaxcala, Córdoba-Orizaba y Veracruz. El sistema de defensa estaba concebido para proteger desde tierra un posible desembarco de tropas enemigas por Veracruz. Durante las tres guerras de España contra Inglaterra, los novohispanos se prepararon para un ataque que nunca se realizó. Sin embargo, los virreyes utilizaron a las tropas para reprimir los levantamientos campesinos e indígenas, y durante las guerras contra británicos y franceses, muchas unidades mexicanas fueron enviadas al Caribe como refuerzos. En 1794, había en La Habana tres regimientos de infantería de la Nueva España, esperando la orden de trasladarse a Luisiana o Santo Domingo para enfrentar a los franceses.

En las llamadas *Instrucciones* de Villalba, adoptadas por casi todos los virreyes, se prohibía el ingreso de indios y negros al ejército. En cambio, los mestizos o castas sí fueron aceptados como soldados de la corona; con ellos se formaron los célebres "batallones de pardos y mulatos". Sin embargo, la mayor parte del ejército y la milicia, exceptuando a la alta oficialidad, se integró con criollos. A finales de la colonia, se habían creado diez brigadas de milicianos, con un total de 24 642 enlistados. En 1790 los criollos representaban el 75.8 por ciento del Ejército y en 1809 ascendían ya al 94.9 por ciento; por esta razón, los reformistas borbónicos temían que la creación de una fuerza militar en la Nueva España generara un grupo social fuerte, con su burocracia y sus fueros, que algún día podría decidirse por empuñar las armas contra la metrópoli.



«res eran las lealtades que tenía que conciliar el clero de España y sus dominios: servir a Dios, reconocer la autoridad del Papa y obedecer al rey. Bajo Carlos III, la Iglesia quedó reducida a un grado de dependencia sin parangón en la historia.

AL CÉSAR LO QUE ES DE DIOS



«n objetos de uso común, como esta caja laqueada, se representaban escenas de la vida conventual. Para el año de 1800, había en la Nueva España 4 229 clérigos, 3 112 religiosos y 2 098 monjas.



La colonización del Nuevo Mundo fue considerada un proceso paralelo a la evangelización de sus criaturas. Durante la monarquía de los Habsburgo, en los siglos xvi y xvii, la Iglesia católica se conservó en América con soberanía y jurisdicción independientes del Estado. Los cuerpos civiles y eclesiásticos del reino coexistían en el mismo espacio. En la *Política indiana* escrita por Juan de Solórzano y Pereira en 1648, se admitía sin reservas que desde los tiempos de Alejandro VI el papa delegaba en el emperador español el dominio sobre América, para que éste asegurara su cristianización. Por esos años, el obispo de Puebla, Juan de Palafox y Mendoza, afirmaba que la Nueva España se debía tanto a su Iglesia como a su rey.

A mediados del siglo XVIII, los reformistas borbónicos aspiraban al absolutismo real, que el político ilustrado Pedro Rodríguez de Campomanes resumía en una frase: "La Iglesia debe estar dentro del Estado." Esta concepción justificó una serie de medidas encaminadas a suprimir o limitar privilegios, inmunidades, jurisdicciones y propiedades del clero. Para subordinar una majestad a otra, Carlos III y Carlos IV emitieron varios decretos contra la Iglesia novohispana: en 1767 se ordenó la expulsión de los jesuitas de los reinos americanos; en 1786 la corona intentó poner bajo su control la administración del diezmo; en 1795, otro decreto concedió a los tribunales de la Audiencia perseguir a los clérigos acusados de crímenes graves, retirando al clero la inmunidad de que gozaba; en 1798 se intensificó la política de desamortización de las propiedades eclesiásticas; y, finalmente, en 1804, se aprobó la *Real cédula sobre enajenación de bienes raíces y cobro de capitales de capellanías y obras pías*, que afectó el capital y la capacidad crediticia de la Iglesia. Estos agravios, acumulados en casi medio siglo, fueron la causa de que muchos sacerdotes novohispanos acabaran convirtiéndose en los líderes políticos de la guerra de independencia.

Hubo también dentro del clero de la Nueva España tendencias cercanas al reformismo borbónico. El historiador David A. Brading ha estudiado la fuerte presencia de jansenismo y erastismo —doctrinas que reconocían la soberanía del Estado— en algunos miembros de la Iglesia, como Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón, arzobispo de México y Francisco Fabián y Fuero, obispo de Puebla. Ambos prelados colaboraron con el virrey Revillagigedo en la represión de las manifestaciones de religiosidad popular, ya que, para ellos, los sentimientos religiosos debían expresarse de forma sobria y comedida, al modo neoclásico que propagaban los Borbones, y no con los excesos barrocos de los Habsburgo. Procesiones y festividades populares fueron condenadas por los obispos, quienes censuraron el uso de las lenguas indígenas en el ministerio pastoral.

La aproximación del clero al jansenismo y al erastismo se consolidó en el IV Concilio Provincial Mexicano de 1771 convocado por mandato del rey español. Los obispos reconocieron la necesidad de colaborar con la administración borbónica en el fortalecimiento del imperio y la reforma de las costumbres. La corona tenía también interés en mantener a la Iglesia como aliada. Después de las intervenciones excesivamente severas contra el clero del visitador José de Gálvez y el marqués de Croix, el nuevo virrey, Antonio María de Bucareli participó con moderación en las últimas sesiones del Concilio. Su presencia, en calidad de representante del monarca Carlos III, logró transmitir una voluntad de colaboración Estado-Iglesia en favor del engrandecimiento de España.

Por socavar los tradicionales privilegios eclesiásticos, Carlos III fue acusado de propiciar que "la impiedad corriese desbocada y triunfante por las calles". Sus ministros fueron tachados de "hijos disimulados de la impiedad francesa".





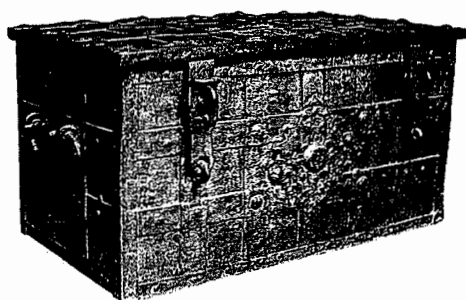
Corrupto, venal y egoísta, el virrey José de Iturrigaray, que aparece aquí con su familia, fue el encargado de ejecutar la Cédula de Consolidación de Vales Reales, lo que le ganó una comisión de 70 mil pesos y el odio de todos los comerciantes, hacendados, mineros y clérigos de la Nueva España.

ARCAS INSACIABLES

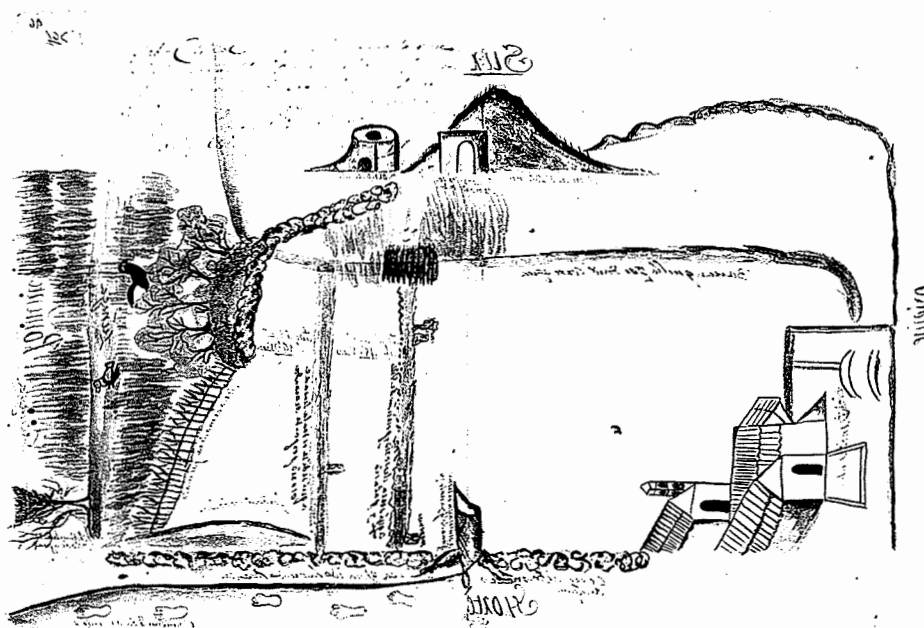
La monarquía borbónica asestó en 1804 un golpe brutal a la economía de la Iglesia novohispana con la emisión de la *Real cédula sobre enajenación de bienes raíces y cobro de capitales de capellanías y obras pías*, que serviría para consolidar los vales emitidos por la corona. El Estado vio en esta medida un medio por el cual sus exhaustas cajas se harían de capital fresco a costa de la Iglesia y de otros cuerpos del reino. La cédula formaría parte de la estrategia borbónica —que incluía el destierro de los jesuitas— tendiente a disminuir el poder de la Iglesia.

La corona, desde el reinado de Carlos III, había comenzado a emitir vales reales. Los caudales que ingresaron de esta forma al erario evitaron una bancarrota. Dichos fondos debían ser reintegrados cada cierto tiempo, pero lo cierto es que nuevas emisiones se sucedían sin que se reintegrara por completo el dinero. El Estado acumuló una deuda gigantesca y provocó la depreciación —por exceso de circulante, esto es, por inflación— de los vales, que para 1801 se habían devaluado en un 75 por ciento.

El Tribunal de Minería calculaba que las propiedades embargadas valían en su conjunto 50 o 60 millones de pesos, y que el dinero en circulación apenas ascendía a 14 o 16 millones. No había dinero suficiente para comprar esos bienes ni en remate. La crisis económica era obvia.



Entre 10 mil y 30 mil familias fueron afectadas por la Cédula de Consolidación de Vales Reales. La peor parte la llevaron los agricultores, mineros y comerciantes de recursos limitados.



Dada la permanente amenaza de guerra, desde 1798, la corona se había propuesto consolidar sus vales por medio de la desamortización y enajenación de las propiedades eclesiásticas. La *Real cédula* de 1804 —que ordenaba la venta de bienes raíces pertenecientes a la Iglesia y trasladaba al Estado el capital disponible en censos, capellanías y obras pías— trasladó al virreinato novohispano la política aplicada en España... con una diferencia: la Iglesia novohispana carecía de grandes propiedades en bienes raíces. Y si bien los capitales de capellanías y obras pías sumaban, según los cálculos de Manuel Abad y Queipo, más de 44 millones de pesos, este dinero no estaba estancado en las “manos muertas” de alguien, sino que se invertía en la agricultura, la minería, las manufacturas y el comercio.

La Iglesia en la Nueva España, a diferencia de Europa, era el mayor inversionista, el principal proveedor de préstamos a particulares. Un gran número de rancheros, labradores, mineros, comerciantes, empresarios y artesanos se beneficiaban de esos capitales en calidad de préstamo. La reacción contra la cédula fue vehemente y generalizada. El Tribunal de Minería dirigió una protesta al virrey Iturrigaray, en la cual se alegaba que nueve de cada diez haciendas del reino estaban hipotecadas. Importantes hacendados, mineros y comerciantes, como el conde de Regla, el marqués de Santa Cruz de Inguanzo, el conde del Valle de Orizaba y Gabriel de Yermo, se vieron perjudicados por esta medida.

El juez de Testamentos, Capellanías y Obras Pías del obispado de Michoacán, Manuel Abad y Queipo, redactó dos elocuentes protestas contra esta medida: la *Representación a nombre de los labradores y comerciantes de Valladolid de Michoacán* (1805) y el *Escrito pre-*

sentado a D. Manuel Sixto Espinosa, del Consejo del Estado y director único del príncipe de la Paz en asuntos de Real Hacienda (1807). Abad y Queipo demostraba en ellos las desastrosas consecuencias que el cobro de capitales eclesiásticos traería para la agricultura, la industria y el comercio novohispano. No obstante, a pesar de ese y otros reclamos, la cédula fue aplicada: entre 1804 y 1809 la corona ingresaría en sus cajas reales 12 millones de pesos, provenientes de su rica colonia.



San Hipólito era el patrono de la muy noble y leal ciudad de México. Su fiesta era celebrada con gran pompa y regocijo el 13 de agosto, fecha en la que se conmemoraba la caída de Tenochtitlan.

EN DEFENSA DEL RECATO

La política social aplicada por los Borbones en América se dirigió, con particular énfasis, a reformar las costumbres. A sus ojos, muchos hábitos de la población americana eran poco civilizados, cuando no inmorales, heréticos y supersticiosos. La adicción a la bebida y al juego, el gusto desmedido por festividades y espectáculos callejeros, las formas vernáculas de hablar y vestir, en fin, todo lo que reflejaba el barroquismo y la segregación de la sociedad colonial, fue considerado como una deformación que debía ser corregida. Esta actitud de vigilancia y castigo que trajo consigo la moral ilustrada incluiría desde medidas relativas a la limpieza, iluminación e higiene de las calles, hasta la prohibición de borrachos y andrajosos en la Alameda central.

La reforma de las costumbres puede ilustrarse con las medidas emprendidas contra las fiestas y diversiones populares. No pretendían los reformadores suprimir las festividades, sino erradicar sus “desórdenes” y “supersticiones”, dotarlas de “solemnidad” y “recato”. La



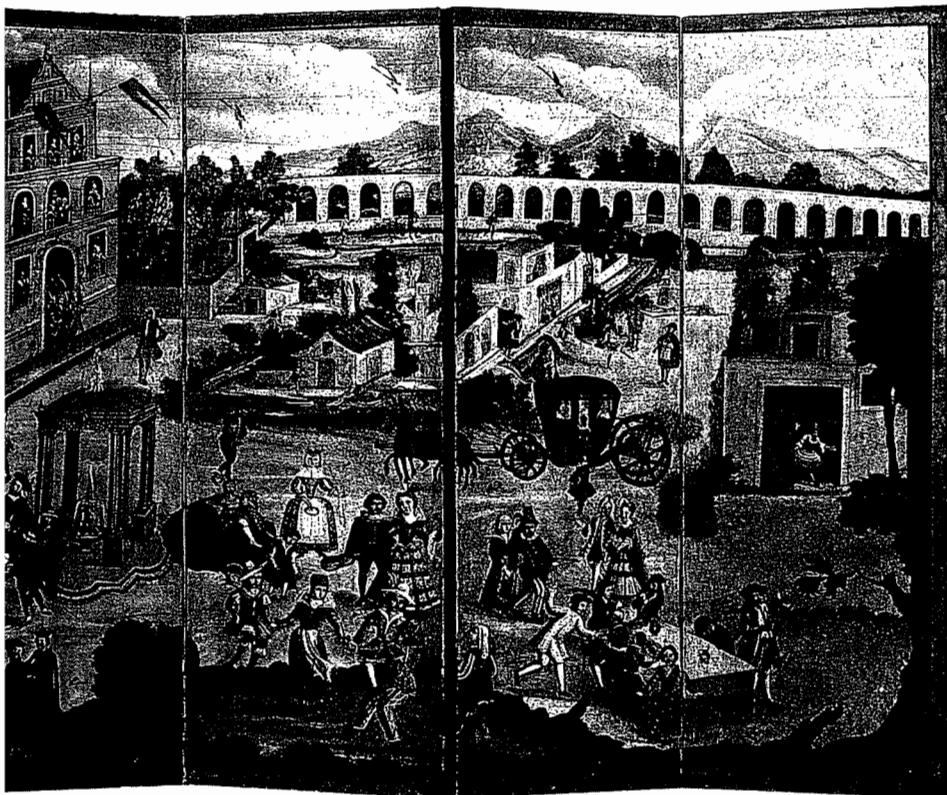
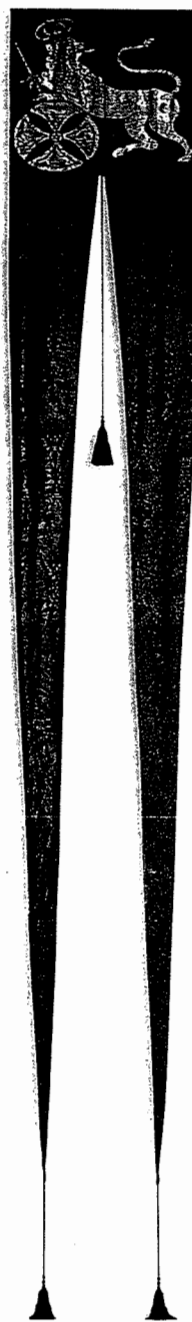
Iglesia se distinguió por su celo reformista. Un ejemplo: en 1769, el arzobispo Francisco Antonio de Lorenzana prohibió los *nescuitiles*, las representaciones de la Pasión de Cristo, los Pastores y los Reyes, la danza de los Santiaguitos y otros bailes, por considerarlos “supersticiosos” e “irreverentes”, y porque estimulaban el uso de las lenguas prehispánicas.

Ciertas fiestas religiosas, propias de la comunidad indígena, como la de la Virgen de los Ángeles y la del apóstol Santiago, fueron suspendidas por las autoridades. Los motivos de la represión: embriaguez, paganismo, disolución, idolatría. El celo reformista no sólo impidió las festividades religiosas de los indios, castas y mestizos pobres. La muy celebrada fiesta del día de muertos, el 2 de noviembre, que suscitaba actos de paganismo, como en el cementerio del Hospital Real de Naturales, fue limitada por la Real Audiencia en 1766. Asimismo, la procesión del Corpus Christi, en la que se mezclaba toda la sociedad, fue despojada de ciertos ornamentos, mascaradas, piezas de música y danzas que la acompañaban. El teatro, los fandangos y, en general, las manifestaciones de la alegría popular que

tenían por escenario la calle, las plazas y los lugares públicos, fueron reiteradamente censurados.

De este modo, la religiosidad pública derivó hacia ámbitos privados. Debido a las sucesivas regulaciones y prohibiciones, las festividades se refugiaron en el interior de las casas y en los patios de las vecindades. Así surgieron los “coloquios”, las “posadas” y las “jamaicas”: fiestas de barrio donde la liturgia era celebrada con fogatas, bailes lascivos, bebidas, tambores, atabales e interminables explosiones de cohetes, y en las cuales era menor la vigilancia.

Las procesiones, los desfiles, la carrera del Corpus, las entradas de los virreyes, la proclamación de un nuevo rey, el anuncio del nacimiento de algún infante real, la fiesta del santo patrono de un barrio o de un gremio, los motivos para festejar en la Nueva España eran incontables y transformaban por completo la ciudad y la vida de sus habitantes. Se levantaban arcos, se adornaban las calles, había corridas de toros, concursos, loterías... el entusiasmo de la gente desbordaba los rígidos lineamientos sociales que regulaban su vida cotidiana.





La educación y la ciencia fueron temas relevantes en la concepción ilustrada de gobierno que impulsaron los Borbones. Sin embargo, más que elevar la condición intelectual de su pueblo, la casa reinante buscaba aprovechar mejor los recursos de su enorme imperio.

LA NOVEDAD DE LA CIENCIA



Para traer la vacuna contra la viruela, se recurrió a un procedimiento ingenioso. Al salir el barco de España se inoculó a dos niños, unas gotitas de sus pústulas les fueron pasadas a otros dos y así hasta llegar a México. Ante la desconfianza del pueblo frente al proceso de inmunización, el virrey mandó vacunar en público a su hijo.

a difusión de la ciencia y tecnología moderna recibió un fuerte impulso durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Las pequeñas comunidades científicas de la ciudad de México, Puebla, Guadalajara y Valladolid —hoy Morelia—, entre otras ciudades, conocieron en ese tiempo la mecánica celeste de Newton, la taxonomía animal de Linneo, la nomenclatura química de Lavoisier y las teorías de la electricidad. Estos conocimientos permitieron que los estudios, antes restringidos a la matemática, la geografía y la astronomía, se abrieran a los nuevos aires que habían transformado la botánica, la zoología, la medicina, la metalurgia, la geología y la estadística. En consecuencia, se aplicaron técnicas más modernas en la industria, como la máquina de vapor, la mecanización textil y el uso de catalizadores para amalgamar la plata.

Creadas bajo la inspiración del despotismo ilustrado, algunas instituciones contribuyeron al auge de la ciencia en la Nueva España. Entre éstas cabe destacar el Real Seminario de Minería y el Jardín Botánico. El español Fausto de Elhúyar, descubridor del tungsteno, aparte de ser miembro fundador de la Escuela de Minas, promovió desde su cátedra la aplicación de la química a la minería. Uno de sus más cercanos colaboradores, el químico Andrés Manuel del Río, puso a circular entre sus alumnos su *Manual de orictognosia*, en el que difundió las novísimas técnicas del beneficio de metales. El Jardín Botánico, fundado por el



botánico español Vicente Cervantes, en colaboración con los médicos Martín de Sessé y José Mariano Mociño, se ubicaba en los patios del Palacio Virreinal. Los herbarios acumulados por estos botánicos constituirían un aporte decisivo al conocimiento de la flora novohispana. También favorecieron la modernización del saber en la Nueva España los viajes de exploración científica, financiados por los Borbones, de Sessé y Mociño, así como el de Humboldt y Bonpland.

La geometría y la astronomía, que contaban con cierta tradición en el virreinato, recibieron también un gran impulso. En estas ciencias destacaron científicos criollos, como Joaquín Velázquez de León, quien escribió notables observaciones sobre el paso de Venus por el disco del sol y calculó la longitud y latitud del valle de México. Su amigo, Antonio de León y Gama, comentarista de Kepler, Copérnico y Newton, hizo

valiosas descripciones de fenómenos celestes, como el eclipse de sol de 1778. A su lado aparece la figura del criollo José Antonio de Alzate, célebre por sus documentadas *Gacetas de Literatura*, en las que difundió los últimos conocimientos europeos. Alzate concentró su atención en la farmacopea, la medicina, la electricidad, la química, la ingeniería, la zoología y la arqueología. Fue, sobre todo, un divulgador científico, cuya obra lleva la marca del enciclopedismo europeo.

La difusión de la ciencia moderna se enfrentó en la Nueva España al escolasticismo, predominante en el medio académico. Entre aquellos que más lucharon por el cambio, resalta la labor del filósofo michoacano Benito Díaz de Gamarra. Su obra, *Elementa recentioris philosophiae* (1774), que logró imponerse como libro de texto en la Real y Pontificia Universidad de México, promovía una abierta aplicación de los métodos modernos en la ciencia. Para Díaz de Gamarra, la naturaleza no debía estudiarse a través de especulaciones abstractas, como la teología medieval, sino mediante la observación y la experiencia.

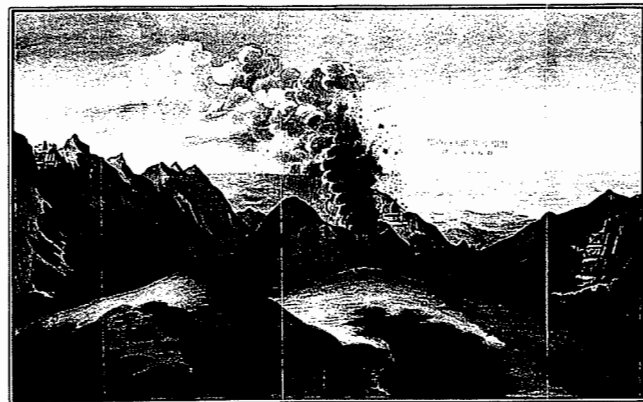


El mineralogista Andrés Manuel del Río, español radicado en la Nueva España, descubrió el vanadio en 1801. Fue profesor del Colegio de Minería y fundador de importantes empresas de ferrería.



José Antonio de Alzate y Ramírez es el prototipo del sabio novohispano del siglo

XVIII. Fue sacerdote, astrónomo, conocedor de medicina y de matemáticas, alpinista, fundador de revistas científicas y literarias, escritor polémico y satírico, experto en física e historia natural.



GRATER DEL VIRREIN DE PUNTA VISTA EN LA PARTE DEL NORTE EN 1701.
A.D. Domingo de la Palencia. El Virrey en 1701 de la Palencia.
C. López, con que se ilustra la primera edición con la descripción.
D. López con que se ilustra la segunda edición con la descripción.

UN ARTE AL GUSTO DEL PODER



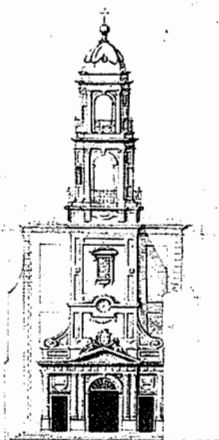
El estilo neoclásico funcionó como expresión artística del espíritu político del despotismo ilustrado español. La armonía del conjunto encontraba sustento en la racionalidad, la medida, la perfección de formas y la sobriedad.

columnas salomónicas invaden las fachadas e interiores de iglesias y catedrales, así en Oaxaca como en Valladolid de Michoacán. Momento importante de este barroco tardío será la construcción, por Jerónimo de Albás, de tres grandes altares en la catedral Metropolitana de México: el del Perdón, el ciprés y el retablo de los Reyes. Con ellos comenzará el uso recurrente de las columnas estípites y el estilo churrigueresco.

Con la fundación de la Real Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos, en 1782, surge una clara preferencia estética por el neoclasicismo. Bajo ese canon estético, el jalapeño José Damián Ortiz de Castro construye las torres de la catedral de México.

La tradición barroca, presente desde mediados del siglo xvii, se conserva en la cultura novohispana del siglo xviii. Huellas del rococó se encuentran en la música cortesana de Manuel de Zumaya o del italiano Tollis della Rocca (maestro de la capilla de la catedral de México) y en la pintura galante. La persistencia del barroco, en cambio, es innegable; muestra de ello, en literatura, es la *Rusticatio mexicana* de Rafael Landívar, y en arquitectura, la catedral de Zacatecas. Las





Iglesia del Carmen en Celaya, de Francisco Eduardo Tresguerras. El sobrio estilo neoclásico pretendía ser un antídoto al barroco mexicano, en el cual los criollos mexicanos habían encontrado la manera de expresar sus diferencias con los españoles.

Carlos IV fue inmortalizado por Manuel Tolsá en su famosa estatua ecuestre. Desde su cátedra en la Academia de San Carlos, Tolsá fue uno de los principales impulsores del neoclasicismo en tierras novohispanas.



Originario de Celaya, Francisco Eduardo Tresguerras fue un artista autodidacta. Incursionó con éxito en la arquitectura, la pintura y el grabado. Sus principales obras se encuentran en el Bajío mexicano.

Este cambio no obedece a una imitación mecánica de las tendencias europeas: en la iglesia del Carmen de Celaya y en la de las Teresas de Querétaro, ambas obras de Francisco Eduardo Tresguerras, se advierte una traducción criolla de ese estilo. Según Humboldt, la Academia de San Carlos propagaba “entre los artistas el gusto de la elegancia y belleza de las formas”; la enseñanza era gratuita y se admitían a jóvenes de todas las razas. Desde esos años el estilo neoclásico desbancó al barroco en la arquitectura, la escultura y la pintura novohispanas. La Academia de San Carlos era, al mismo tiempo, el centro difusor de los estilos y gustos artísticos, y el censor que estimulaba o condenaba la obra de los artistas. Por primera vez una corriente laica se impuso en el arte y la cultura del virreinato.

Entre los profesores de San Carlos destacó el escultor y arquitecto valenciano Manuel Tolsá, quien ocupó la cátedra de escultura desde 1791. A él se deben importantes edificios, como la Escuela de Minería y los palacios del marqués del Apartado y del conde de Buenavista. Tolsá pasó varios años fundiendo una estatua ecuestre de Carlos IV, develada en 1803 por el recién llegado virrey José de Iturrigaray. Esta célebre obra, conocida como *El caballito*, es un símbolo del neoclasicismo en



la Nueva España. El racionalismo formal que caracteriza a este estilo contrasta con el entorno barroco. Tolsá fue llamado, con razón, “el Fidias valenciano”. Humboldt a su vez afirmó que la estatua de Carlos IV “excedía en primor y pureza de estilo” a cualquier estatua neoclásica europea.





LOS ORÍGENES DE LA PRENSA

Juan Ignacio María de Castorena se le reconoce el mérito de haber sido el primer periodista de nuestro país. Fue fundador de la primera publicación periódica de la Nueva España, la *Gaceta de México*, que vio la luz en el año de 1722.



Las primeras publicaciones periódicas de la Nueva España aparecieron en el siglo XVIII. La dinastía borbónica, para difundir las ideas y costumbres europeas en sus reinos, fomentó la edición de gacetas, mercurios y volantes. Así surgió, en 1722, la *Gaceta de México*, dirigida y redactada por el publicista

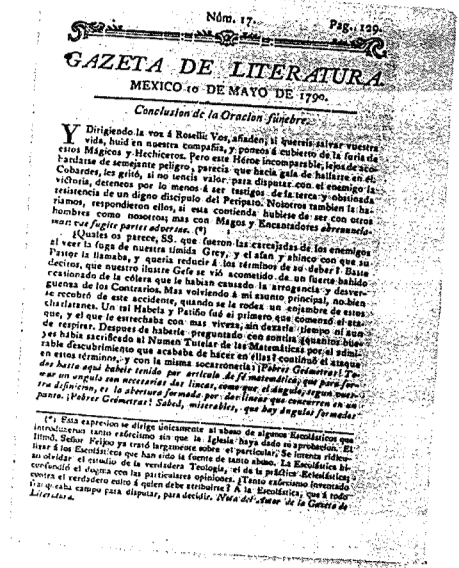
criollo Juan Ignacio María de Castorena Ursúa y Goyeneche. Al séptimo número, la publicación mudó su nombre por *El Mercurio de México*, con el que sobrevivió hasta 1743. Castorena concibió sus periódicos como memorias de la corte virreinal, como las que se editaban en París y Madrid. Su objetivo era "informar los acontecimientos loables más notables para sentar ejemplo ante el público". Esta publicación presentaba a la corte novohispana como un espejo de virtudes, en el cual debía mirarse el pueblo para reformar sus costumbres.

La naciente prensa novohispana adoptó los cánones de la Ilustración a fines del siglo XVIII. Surgen entonces la *Gaceta de Literatura de México*, de José Antonio de Alzate, y la *Gaceta de México*, de José Ignacio Bartolache, que divulgan los descubrimientos científicos y las "verdades" de la nueva filosofía. Ante todo, ambos diarios se proponen dar a conocer lo que sus redactores llamaban el "ingenio mexicano". Actúan como órganos de transmisión de la cultura criolla. Bartolache, "americano vecino de esta corte", publica en su *Gaceta* un texto ("Manifiesto satisfactorio") sobre la aparición de la

La *Gazeta de Literatura*, apareció desde 1788 hasta 1795. Tenían como objetivo, según su director y fundador, José Antonio de Alzate, "servir en cuanto pueda a la patria". En ella se recogían noticias de carácter enciclopédico, científico y literario.



El *Mercurio Volante* fue la primera revista médica de la Nueva España. Se imprimieron 16 números a partir de 1772, en los cuales se registran asuntos de salud pública y avances científicos de interés para la medicina.



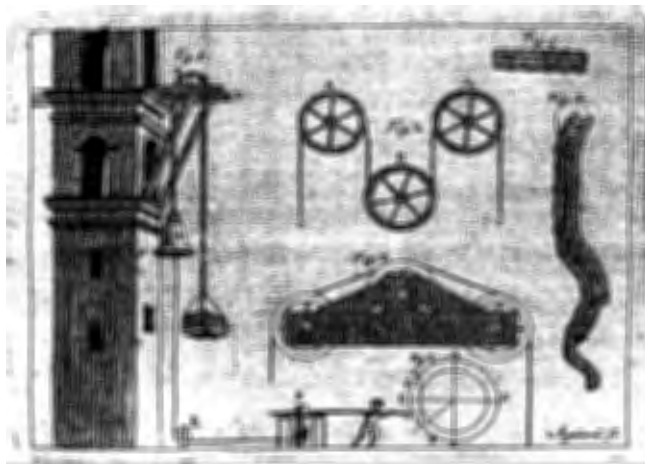
Virgen de Guadalupe, fundamentación racional del milagro guadalupano, que incluía el primer resumen bibliográfico del guadalupanismo criollo. Por su lado, Alzate, curioso infatigable, diseña máquinas para mejorar la agricultura y la minería, hace observaciones astronómicas y estimula el estudio de las ruinas arqueológicas. Sus *Gacetas de Literatura* difundían los adelantos de la medicina, la química, la electricidad y la mecánica, sin por ello dejar de criticar la falta de protección real que sufría la ciencia criolla y el escolasticismo predominante en las academias virreinales.

Carlos María de Bustamante y Jacobo de Villaurrutia fundaron, en 1805, el *Diario de México*, primer periódico moderno de la cultura

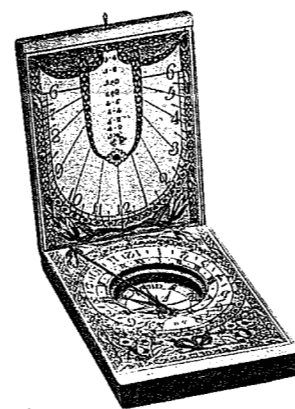
mexicana. Además de informar sobre los acontecimientos políticos y religiosos del momento, el diario contaba con una sección en la que incluía las ciencias y artes, anuncios comerciales y literatura. En sus páginas colaboraron los criollos Anastasio de Ochoa, Francisco Sánchez de Tagle y Juan Wenceslao Barquera, los cuales, como Bustamante y Villaurrutia, eran de tendencia autonomista. Por eso, aunque sus editores evitaban la confrontación política con el gobierno, el *Diario* se convirtió en una amenaza

para las autoridades. Un año después de su fundación, el periódico desapareció por presiones de la Iglesia y la administración virreinal.

Los diagramas técnicos de procedimientos y manufacturas eran de lo más común en las páginas de la incipiente prensa de aquel entonces. La difusión de la ciencia y la técnica en provecho de la iniciativa particular fue una de las características del pensamiento ilustrado.



CUERNO DE LA ABUNDANCIA



Nacido en Berlín en 1769, Alejandro de Humboldt difundió aquí y en Europa las riquezas y bondades de la Nueva España. Crítico de la sujeción de estas tierras a la corona española, aseguraba que sus muchos dones apenas recompensaban "las privaciones a que le condena su posición".



El movimiento ilustrado que sacudió a Europa desde mediados del siglo XVIII, produjo una nueva visión del mundo americano, como resultado de las expediciones científicas que recorrieron el continente. Sus registros permi-

tieron conocer con mayor exactitud las características geográficas del territorio, la flora y la fauna, el número de pobladores, los recursos económicos y la situación social, política y cultural. Una de las expediciones más productivas fue la que emprendieron el alemán Alejandro de Humboldt y su colaborador, el botánico francés Aimé Bonpland. Entre 1799 y 1804 ambos recorrieron Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, México, Cuba y los Estados Unidos de Norteamérica.

En Nueva España, Humboldt y Bonpland visitaron Veracruz, Puebla, el valle de México, Real del Monte, Guanajuato, Valladolid —hoy Morelia—, Taxco, Chilpancingo y Acapulco. Sus observaciones culminaron más tarde en libros, que difundieron en Europa una diferente visión de Nueva España y de los otros virreinos del continente. En su libro, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, dio a conocer las maravillas naturales de varias regiones del continente, así como sus misteriosas ciudades y monumentos arqueológicos. Otro libro de Humboldt, el

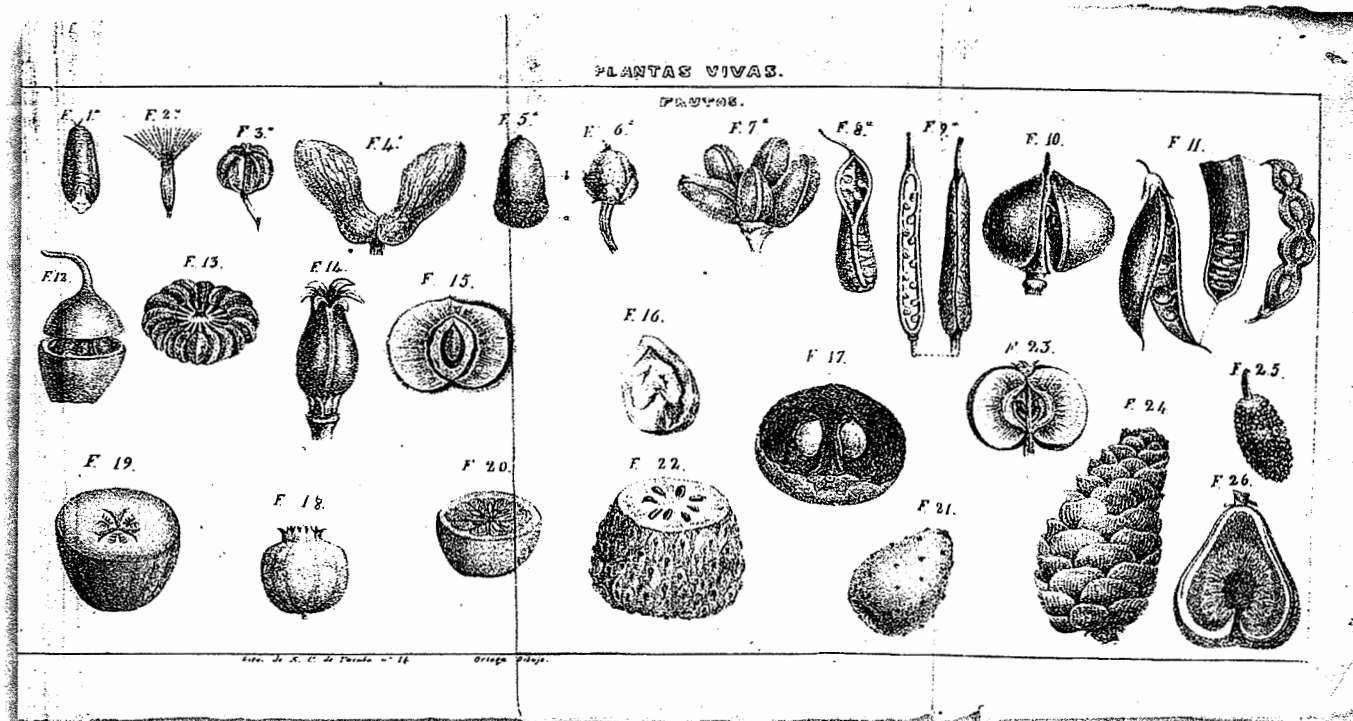
Ensayo político sobre el reino de la Nueva España, editado en París en 1811, proporcionó por vez primera un retrato completo del país.

Con la ayuda de los más reputados sabios criollos, Humboldt compuso un completo cuadro de Nueva España: sus características geográficas, la variedad y riqueza de su economía, los acentuados contrastes de su población y sus admirables instituciones científicas. Al reunir estos datos, Humboldt anotó que la Academia de Bellas Artes era la "más ilustrada del continente", y señaló que la Nueva España ocupaba "el primer lugar" entre los reinos españoles de América, y podría alcanzar muy pronto el desarrollo de su vecino del norte. Hizo un retrato de las riquezas y potencialidades del reino, descripción que produjo un efecto indeleble en los lectores



Humboldt no pasó por alto las vejaciones y maltratos que sufrían los indígenas a manos de los blancos y fue contundente en sus afirmaciones: "La opresión produce en todas partes los mismos efectos; corrompe la moral".



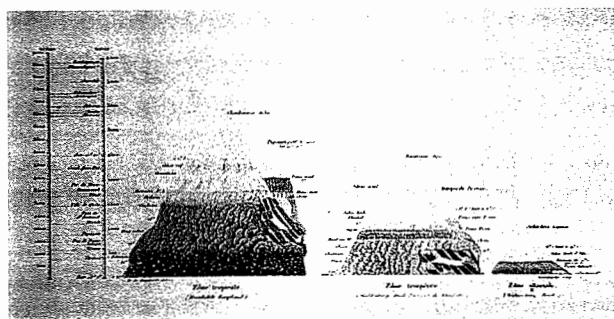


El viajero se admira al ver en México las mesas de los habitantes acomodados, provistas a un mismo tiempo de las frutas de la Europa templada, junto con los productos preciosos de la zona tórrida."

HUMBOLDT

novohispanos. Poco después de la publicación del *Ensayo*, Lucas Alamán observó que su lectura contribuyó a que los mexicanos se formaran "un concepto extremadamente exagerado de las riquezas de su patria, y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo".

Humboldt no dejó de señalar las tremendas diferencias sociales que hacían de Nueva España "el país de la desigualdad." Llamó la atención sobre el "espectáculo de miseria que presentaban los indios mexicanos". Pensaba que las leyes que aislaban a los indios del resto de la sociedad, en lugar de protegerlos, eran el principal obstáculo a su desarrollo. Hacia el final



Qué multitud de problemas habría que resolver en un país montañoso, que bajo una misma latitud presenta los climas más variados, habitantes de tres o cuatro razas y la mezcla de esas razas en todas las combinaciones posibles!"

HUMBOLDT

de su libro aventuró la idea de que "una sabia administración pudiera restablecer la armonía, calmar las pasiones y resentimientos y conservar la unión entre europeos y americanos". Ésta esperanza la desvaneció, en 1810, la guerra por la independencia.



UNA VOZ EN EL DESIERTO



La figura de Manuel Abad y Queipo ilustra trágicamente las insalvables contradicciones que enfrentaron muchas mentes ilustradas de la época. Incapaz de reconciliar sus ideas con sus lealtades, murió perseguido, solo y humillado.

Los cambios provocados por la política reformista e ilustrada de los Borbones afectaron profundamente a los residentes en Nueva España. Algunos entusiastas de esas ideas vivieron en carne propia las contradicciones que provocaron su aplicación. Ejemplo trágico de ello es Manuel Abad y Queipo, asturiano que estudió derecho en Salamanca y que se ordenó sacerdote en Guatemala. Estudiante de Adam Smith, Montesquieu, Campomanes y Jovellanos, se convirtió en un promotor de las ideas ilustradas. Entre 1785 y 1814 vivió en Michoacán, donde ocupó altos cargos en el obispado.

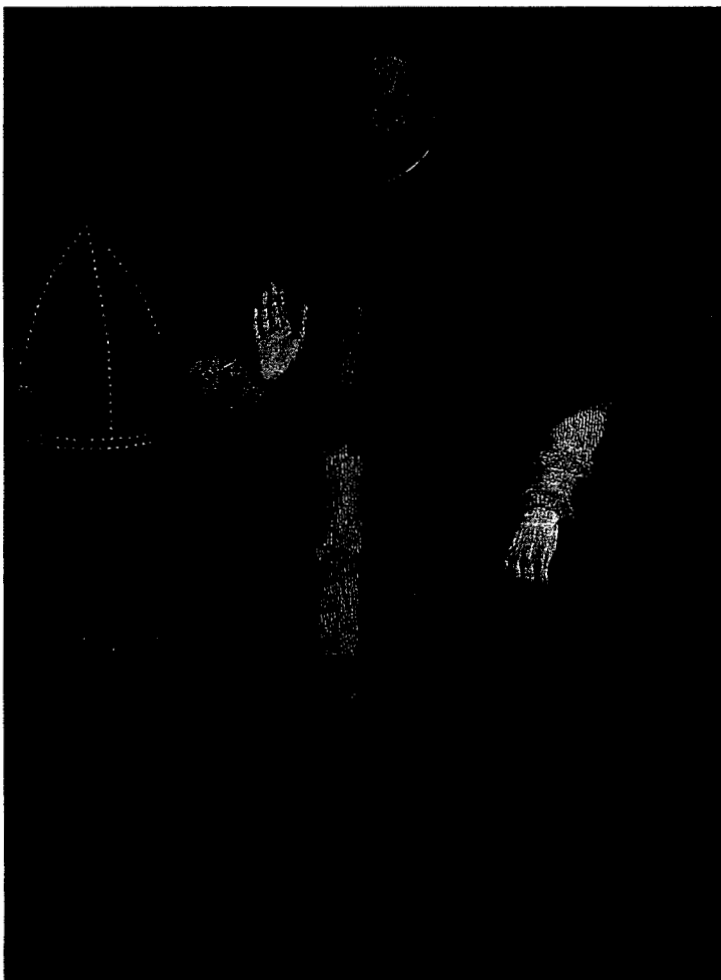
En ese periodo, Abad y Queipo trabajó muy unido al obispo, Antonio de San Miguel, y al deán José Pérez Calama, ambos fervorosos partidarios de las ideas ilustradas. Juntos modernizaron la educación y difundieron las ideas filantrópicas de moda en Europa; creían que la sociedad mejoraría si se ponía en marcha un cambio radical en la educación, la industria, el comercio y la agricultura.

Al igual que los Borbones, pensaba que la obligación del gobierno era propiciar y conducir esos cambios. Sin embargo, chocaron con sus propios gobernantes cuando éstos redujeron los privilegios de la Iglesia, y propusieron la construcción de un gobierno y una sociedad laicos. En su primera representación ante la corona, Abad y Queipo protestó contra la real cédula que retiraba la inmunidad del clero ante los tribunales civiles. Le dijo al rey que al lesionar a la Iglesia erosionaba el sustento político de la monarquía.

En éste y otros escritos hizo un penetrante análisis de la situación social de la colonia, que dejó ver la distancia que lo separaba de las mentalidades religiosas y políticas de su tiempo. Al preguntarse por qué en el país no había gradaciones sociales, sino que sus pobladores “son todos ricos o miserables, nobles o infames”, observó que “los españoles compondrían un décimo del total de la población y ellos solos tienen casi toda la propiedad y riquezas del reino”. El resto, es decir los indios y las castas, “son criados, sirvientes o jornaleros de la

Para Abad y Queipo, como para sus contemporáneos, la patria eran dos símbolos hermanados: el trono y el altar, el rey y la religión. Atentar contra uno implicaba ofender al otro. La invasión napoleónica a España no sólo era un agravio contra el trono sino una afrenta contra la religión.

Antonio de San Miguel Iglesias, obispo de Michoacán, predicó el combate a la pobreza, la ilustración de clero, la construcción de obras públicas y el ejercicio de la caridad. Bajo su guía se formó la generación de sacerdotes michoacanos que encabezaron la insurgencia, como José María Morelos y Pavón.



primera clase". El resultado de esa deplorable desigualdad, concluyó, era el odio social derivado del conflicto de intereses. De ahí la terrible condición de la población rural, "que gime bajo el peso de la indigencia, la ignorancia y la abyección". Señaló, asimismo, que "las castas se hallan infamadas por derecho como descendientes de negros esclavos".

Contra esos grandes males, propuso nuevos remedios. Se inclinó en favor de "una ley que establezca una igualdad civil, absoluta de la clase de indios con la clase de los españoles"; la abolición del tributo y la supresión de las leyes que infamaban a las castas; la igualdad jurídica y fiscal;

y una reforma agraria radical. Demandó "dividir las tierras de comunidad de los indios" y repartirlas en propiedad individual entre ellos, así como distribuir equitativamente las tierras baldías entre indios, castas y españoles pobres. Abad y Queipo se distinguió también como un defensor de los intereses de la colonia contra las solicitudes desmesuradas que le imponía la metrópoli.

Cuando Napoleón invadió España y en Nueva España se manifestaron los primeros conatos de independencia, modificó su posición. Aceptó entonces, para salvar a España, que la Iglesia novohispana sacrificara sus privilegios, y apoyó al gobierno metropolitano en su lucha contra la insurgencia. En esta posición llegó al extremo de excomulgar a Hidalgo, su antiguo amigo, y condenar a los cabecillas del movimiento rebelde. Más tarde, los vaivenes de la guerra lo llevaron a España, donde lo hicieron prisionero, acusado por la Inquisición novohispana de haber alentado la insurgencia, y por los conservadores españoles de apoyar a la junta central, las cortes de Cádiz y la regencia. Preso en un monasterio, impotente ante sus enemigos, viejo y enfermo, abrumado por "una fiebre maligna biliosa y nerviosa con delirio", falleció el 10 de septiembre de 1825.

113
Proclama a los franceses, en que se les hace ver la chocante contradicción entre sus doctrinas y su conducta servil, que sufre el despotismo ferocísimo de Linaparte, y se describe el carácter de este monstruo.

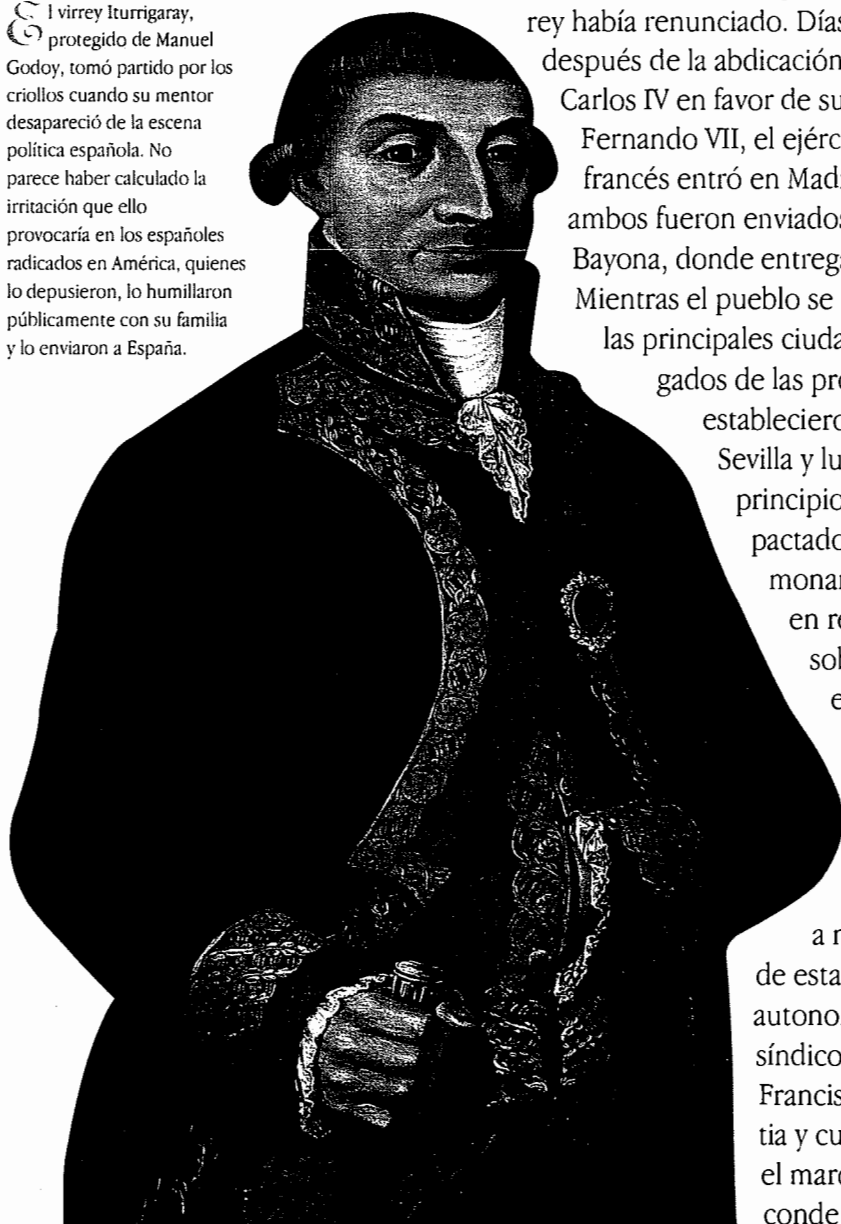
Pueblo generoso ¿no eres hoy aquel mismo pueblo, que en 91 y 93 proclamó a la faz del universo la solemne declaración de los derechos del hombre? ¿No eres el mismo, que deseando vivir bajo el imperio solo de la ley, emprendió una lid sangrienta, y llegó a la cumbre de la gloria al través de todo género de obstáculos, á costa de sacrificios inauditos, con el fin único de conquistar la libertad, la igualdad, la independencia? ¿No eres aquel mismo pueblo que ofreció al mundo no tomar las armas para ninguna conquista, ni hacer uso de ellas sino para su propia defensa, ó para la protección de los pueblos libres ó oprimidos que la imploraban, sin mezclarse en los gobiernos de las otras naciones? Si tales fueron entonces tus sentimientos y sublimes concepciones; y la España crece, que esos mismos sentimientos ocupan todavía el corazón de la mayor y mas sana parte de todos tus habitantes. Pero ¿porqué fatalidad no has disfrutado un momento de tan decantados derechos? ¿Porqué encadenamiento de desgracias has caído bajo el peso del mas feroz despotismo; y olvidando la dulzura de tu carácter y amebes ó wandalos, que lleva la desolacion y la muerte sobre la faz de la tierra, trastornando los gobiernos libres y oprimidos; Oh miserable condicion de los mortales! La perfidia y la maldad prevalecen de ordinario sobre el candor y la virtud.

La imprudencia en cortar de un golpe todos los la-

SOBERANÍA VACANTE

La abdicación de Carlos IV puso fin a una época. La invasión napoleónica, el cambio de reyes, la resistencia española, las ideas de soberanía y la exaltación del espíritu patriótico fueron factores que ejercieron una influencia determinante en los criollos. El gran proceso hacia la independencia estaba en marcha.

El virrey Iturrigaray, protegido de Manuel Godoy, tomó partido por los criollos cuando su mentor desapareció de la escena política española. No parece haber calculado la irritación que ello provocaría en los españoles radicados en América, quienes lo depusieron, lo humillaron públicamente con su familia y lo enviaron a España.



En 1808, el imperio español se encontró ante una circunstancia insólita: el trono estaba vacante, pues el rey había renunciado. Días después de la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII, el ejército francés entró en Madrid y ambos fueron enviados a Bayona, donde entregaron la corona a Napoleón Bonaparte.

Mientras el pueblo se levantaba en armas contra los invasores, en las principales ciudades se crearon juntas provinciales. Los delegados de las provincias se reunieron en Aranjuez y establecieron una junta central que primero radicó en Sevilla y luego en Cádiz. Este cuerpo se apoyó en el principio de que el pueblo, reunido en cortes, había pactado depositar su soberanía en la persona del monarca. Por tanto, en ausencia del rey, la junta, en representación del pueblo, reasumía la soberanía vacante para dirigir a la nación española.

En la Nueva España, ante el vacío de poder, algunos pensaron que debía crearse un gobierno provisional mexicano, que siguiera el modelo de las juntas peninsulares, cuya autoridad fuese asumida a nombre del rey depuesto. A los partidarios de esta opción, que de hecho abogaba por la autonomía de Nueva España, los encabezaban el síndico Francisco Primo de Verdad, el regidor Juan Francisco de Azcárate, el oidor Jacobo de Villaurrutia y cuatro criollos nobles: el marqués de Ulupa, el marqués de Rayas, el conde de Medina y el conde de Regla. El ideólogo más radical del grupo





Gabriel de Yermo fue uno de los ejecutores del golpe contra Iturrigaray, a quien odiaba. Él mismo asaltó las habitaciones privadas del virrey y su familia, a quienes sacó a la calle en ropa de dormir.



Partiendo de la antigua tradición española, Francisco Primo de Verdad argumentó que la soberanía debía recaer en el ayuntamiento de la ciudad de México “cabeza de todas las provincias y reinos de la Nueva España”. El Inquisidor de México lo acusó de hereje.

Francisco Primo de Verdad y Ramos fue uno de los promotores del movimiento independentista de 1808. Puesto en prisión tras el golpe español contra el virrey, amaneció muerto en su celda. El pueblo lo convirtió en el primer mártir criollo de la independencia.

autonomista era un criollo desterrado del virreinato del Perú, el fraile Melchor de Talamantes.

Este grupo intentó ganar al virrey para su causa. El 15 de julio de 1808, el ayuntamiento de México pidió a José de Iturrigaray que tomara el mando directo de Nueva España. Ese mismo día, la Audiencia ordenó al virrey, sospechoso de deslealtad a Carlos IV, que declarara en público que el virreinato sólo reconocería la autoridad de Fernando VII. El virrey accedió a esta demanda, que se publicó en la *Gaceta de México* al día siguiente. Desechada la alianza con Iturrigaray, los autonomistas intentaron depositar la soberanía virreinal en la Audiencia y el cabildo. El 19 de julio, Juan Francisco de Azcárate, a nombre del ayuntamiento, argumentó que “por ausencia del rey reside la soberanía [...]”, en los tribunales superiores que administran justicia y en los cuerpos que llevan la voz pública”. Nuevamente la Audiencia, por medio de sus oidores peninsulares, se opuso a cualquier usurpación del poder real por instituciones novohispanas.

Quedaban, así, dos propuestas: la de Primo de Verdad, quien reconocía al ayuntamiento como única autoridad legítima, y la del oidor Jacobo de Villaurrutia, quien defendía, junto con Melchor de Talamantes, la instalación de un congreso de notables novohispanos. Ambas opciones fueron rechazadas por la elite peninsular, temerosa de que la autonomía fuera el primer paso hacia la independencia. Para los españoles residentes en la colonia, era preferible reconocer la autoridad de la Junta de Sevilla o esperar el regreso de Fernando VII. Preocupados por la creciente fuerza de los autonomistas, y alarmados por las vacilaciones del virrey Iturrigaray, los comerciantes del Consulado de México, encabezados por Gabriel de Yermo, destituyeron al virrey y colocaron en su lugar al octogenario mariscal Pedro Garibay.

El golpe de Estado tuvo la aprobación de la Audiencia, el arzobispo Francisco Javier de Lizana y el inquisidor Bernardo del Prado. Los tres líderes principales del autonomismo, Azcárate, Primo de Verdad y Talamantes, fueron encarcelados. Se les recuerda como los primeros mártires de la patria criolla.



ALMANAQUE INSURGENTE

1761

- En enero, el virrey Marqués de Cruillas proclama y jura solemnemente en la ciudad de México a Carlos III rey de España desde 1759.
- El 20 de noviembre es ejecutado Jacinto Canek, con lo que la rebelión de los indios mayas en Yucatán queda sofocada definitivamente.
- España se encuentra en guerra con Inglaterra.

1762

- El virrey Marqués de Cruillas manda fortificar Veracruz ante el peligro de una agresión de la armada inglesa, que ya había atacado y tomado el castillo del Morro en La Habana.

1763

- El 10 de febrero se firma en París el tratado de paz entre España e Inglaterra. Ésta devuelve los territorios ocupados en Cuba, y España le cede la península de Florida.

1764

- En noviembre llegan a México las primeras tropas españolas permanentes, enviadas para constituir el ejército de la Nueva España.

1765

- El 2 de octubre, José de Gálvez llega a México como visitador. Trae consigo instrucciones de llevar a cabo una serie de reformas en todos los ramos de la administración pública, la cuales serían conocidas como reformas horbónicas.

1766

- Los mineros de Real del Monte se rebelan y dan muerte al alcalde mayor de Pachuca. Se trata de la primera huelga en la historia de México.
- En Guanajuato, San Luis Potosí y Michoacán, hay motines y levantamientos en contra de las reformas impuestas por el visitador Gálvez, sobre todo las que se refieren al reclutamiento de tropas y al aumento de impuestos. Son sofocados a sangre y fuego.
- La Real Audiencia de México prohíbe comportamientos considerados como *paganos* en la celebración del día de muertos el 2 de noviembre.



1767

- A las cinco de la mañana del 25 de junio se da a conocer en todo el territorio novohispano la orden del rey Carlos III de expulsar a los jesuitas.
- Se reprimen violentamente nuevos motines en Guanajuato, Michoacán y San Luis Potosí en defensa de los jesuitas expulsados.

1768

- El 12 de marzo aparece el primer número del *Diario Literario de México* de José Antonio de Alzate.

1769

- El arzobispo de México, Francisco Antonio de Lorenzana, prohibió los *nescuítiles*, las representaciones de la Pasión de Cristo, de los Pastores y los Reyes, las danzas de Santiaguitos y otros bailes y procesiones calificadas de supersticiosos e irreverentes.

1770

- Se difunde el uso del sistema de amalgamación en el beneficio de la plata, que produce grandes rendimientos a los mineros novohispanos.
- La Real Hacienda recauda más de 17 millones de pesos.

1771

- El 13 de enero inicia sus sesiones el IV Concilio Provincial Mexicano. Se percibe en el ambiente la idea regalista que inspira al rey español: "La iglesia debe estar dentro del Estado."
- El 13 de mayo tiene lugar en la ciudad de México el primer sorteo de la Lotería.
- El virrey nombra seis regidores honorarios de origen español que reducen el poder de los criollos,

hasta entonces dominantes en el gobierno de la ciudad de México.

- El visitador José de Gálvez regresa a España.

1772

- La Nueva España padece una gran epidemia de *matlazáhuatl* o tifoidea.
- El 17 de octubre José Ignacio Bartolache comienza a publicar el *Mercurio Volante*, primera publicación sobre medicina en América.

1771

- Se autoriza el comercio entre la Nueva España y los virreinos de Perú y Nueva Granada
- *Elementa recentioris philosophae*, libro de Benito Díaz de Gamarra, es seleccionado como texto científico oficial de la Real y Pontificia Universidad de México.

1775

- El 25 de febrero Pedro Romero de Terreros funda el Real Monte de Piedad.

1776

- Desde España, José de Gálvez concluye la reforma de la Real Hacienda novohispana y es nombrado Secretario de Estado y del Despacho Universal de Indias.

1777

- El 11 de agosto se establece el Tribunal de Minería.

1778

- Grave epidemia de sarampión que se prolonga hasta 1780.

1779

- Severas sequías y escasez de granos en el Bajío.
- Desembarca en Alaska la expedición novohispana destinada a explorar el noroeste del continente americano.
- La política de Carlos III limita el acceso de los criollos a las instituciones públicas más importantes. Quedan sólo cuatro oidores criollos en la

Real Audiencia de México, los doce restantes son españoles.

1782

- Se autoriza el libre comercio entre todas las posesiones españolas en América.

1783

- El 22 de mayo se promulgan las Ordenanzas de Minas.
- El virrey Matías de Gálvez emprende una gran reforma urbanística de la ciudad de México.

1784

- El 14 de enero Antonio Valdés publica el primer número de la *Gaceta de México*.
- Se funda el Banco Nacional de San Carlos con capitales provenientes de las cajas de las comunidades de indios.

1785

- La Nueva España padece una grave crisis agrícola y una hambruna sin precedentes.
- El virrey Bernardo de Gálvez en México y el obispo San Miguel en Michoacán, emprenden obras públicas destinadas a crear empleos.
- El 4 de noviembre el virrey Bernardo de Gálvez inaugura la Real Academia de San Carlos.

1786

- En "el año del hambre", el maíz incrementa su precio hasta 48 reales la fanega.
- El 4 de diciembre se promulga la real ordenanza que ordena dividir el territorio novohispano en doce intendencias: Durango, Guadalajara, Guanajuato, México, Oaxaca, Puebla, San Luis Potosí, Sonora, Michoacán, Veracruz, Yucatán y Zacatecas.

1787

- En octubre comienza la expedición naturalista por la Nueva España dirigida por Martín Sessé y José Mariano Mociño.

1788

- El 15 de enero ve la luz el primer número de la *Gaceta de Literatura* de José Antonio de Alzate.
- Se construye un Jardín Botánico en el interior del Real Palacio de México.

1789

- El 27 de noviembre el virrey Revillagigedo hace la proclamación solemne del ascenso al trono de España del rey Carlos IV, ocurrido el año anterior.
- El precio de la libra de grana cochinilla cae de 30 a 11 pesos afectando a los productores de Oaxaca.
- Se calculan en 85 mil los muertos por hambre durante este año en el territorio novohispano.

1790

- El 3 de febrero parte de San Blas la segunda expedición hacia Nutka, Alaska, al mando de Francisco Eliza.
- El 17 de diciembre se descubre en el centro de la ciudad de México el Calendario Azteca o Piedra del Sol.
- La producción de plata de la mina de la Valenciana en Guanajuato, sobrepasó los cinco millones de pesos.
- Una nueva hambruna y una epidemia de viruela devastan a la Nueva España.

1791

- El 27 de marzo fondea en Acapulco la expedición de Alejandro Malaspina.
- Llega a México el escultor valenciano Manuel Tolsá.

1792

- El 1° de enero abre sus puertas en la ciudad de México el Real Seminario de Minería de la Nueva España.
- El 3 de noviembre inaugura sus cursos la Real Universidad de Guadalajara.

1793

- El 24 de mayo la expedición de Mociño y Sessé llega a Oaxaca.
- Se levanta en la Nueva España un censo ordenado por el virrey Revillagigedo.



1794

- El 12 de diciembre, el dominico Fray Servando Teresa de Mier pronuncia su célebre sermón en la Basílica de Guadalupe; en él afirma que el apóstol Santo Tomás predicó el evangelio en América mucho antes de la llegada de los españoles y que la Virgen de Guadalupe se estampó en su capa.

1795

- Se establecen los consulados de Veracruz y Guadalajara.
- El 22 de octubre aparece el último número de la *Gaceta de Literatura*, suspendida por orden del virrey marqués de Branciforte.

1799

- En marzo Simón Bolívar visita por unos días la ciudad de México antes de viajar a España.

1803

- El 23 de marzo el sabio viajero alemán Alejandro de Humboldt llega a Acapulco.
- El 9 de diciembre, el virrey José de Iturrigaray inaugura en la plaza mayor de México la estatua ecuestre de Carlos IV, *El caballito*, obra de Manuel Tolsá.

1804

- En enero, Humboldt presenta al virrey Iturrigaray las *Tablas geográfico-políticas del Reino de la Nueva España* y visitan las obras del desagüe de Huehuetoca.
- Según los cálculos de Humboldt, la superficie del virreinato de la Nueva España rebasa los cuatro millones de kilómetros cuadrados, y su población, los cinco millones de habitantes.
- La Casa de Moneda de México tiene capacidad para acuñar más de 30 millones de pesos al año.
- El 7 de marzo Humboldt sale de Veracruz rumbo a La Habana.
- El 25 de junio desembarcan en Sisal, Yucatán, los miembros de la expedición sanitaria de Francisco Xavier de Balmis, quienes difunden la vacuna contra la viruela en todo el virreinato de la Nueva España.

1805

- El 15 de julio, se publica el bando virreinal que da a conocer el Decreto de Consolidación de Vales Reales.

- Juan Francisco Azcárate, Miguel Domínguez y Manuel Abad y Queipo se pronuncian en sendos escritos contra el Decreto de Consolidación de Vales Reales.

- El 1° de octubre se publica el primer número de *El Diario de México* editado por Carlos María de Bustamante y Jacobo de Villaurrutia.

- El 21 de octubre la escuadra inglesa comandada por el almirante Nelson derrota a la flota franco-española en la decisiva batalla de Trafalgar.

- El 26 de noviembre el virrey Iturrigaray ordena investigar quiénes están recolectando firmas para suscribir la oposición de los labradores de México contra el Decreto de Consolidación de Vales Reales.

1808

- El 14 de julio se conocen en México las abdicaciones en Bayona de Carlos IV y Fernando VII.

- El 19 y 20 de julio se publica la *Representación de ayuntamiento de México*, obra de Azcárate y Primo de Verdad, que postula el retorno de la soberanía al pueblo representado por el ayuntamiento, al no haber rey. Se pide que el virrey gobierne en representación de Fernando VII, que está preso en Francia.

- Conforme se propaga la noticia de las renunciaciones de Bayona, corporaciones, autoridades y vecinos de la Nueva España remiten oficios al virrey manifestando su apoyo y fidelidad para la defensa de la Nueva España.

- El 22 de julio el virrey Iturrigaray solicita armas a los Estados Unidos de América.

- El 24 de julio fray Melchor de Talamantes presenta su escrito sobre la formación de un congreso nacional del reino de la Nueva España.

- El 27 de agosto la Inquisición de México emite un edicto prohibiendo la lectura de toda publicación que influya o apoye la insubordinación frente a las legítimas autoridades.

- El mismo día se emite una Proclama del virrey llamando a la unión para resistir a Napoleón Bonaparte.

- Entre el 15 y el 16 de septiembre un grupo de hombres armados dirigidos por el comerciante y hacendado Gabriel de Yermo asalta el palacio virreinal y toma preso al virrey y su familia.

También fueron capturados los regidores Francisco Primo de Verdad y Juan Francisco de Azcárate; el abad de Guadalupe José Beye Cisneros; el canónigo José Mariano Beristáin, el licenciado José Antonio del Cristo y el fraile mercedario limeño fray Melchor de Talamantes.

- El 16 de septiembre la Real Audiencia reconoce a

Pedro Garibay como virrey de la Nueva España.

- El 4 de octubre muere en prisión Francisco Primo de Verdad y Ramos.

- Comienza una devastadora sequía en todo el territorio de la Nueva España que se prolongará hasta el año siguiente.

1809

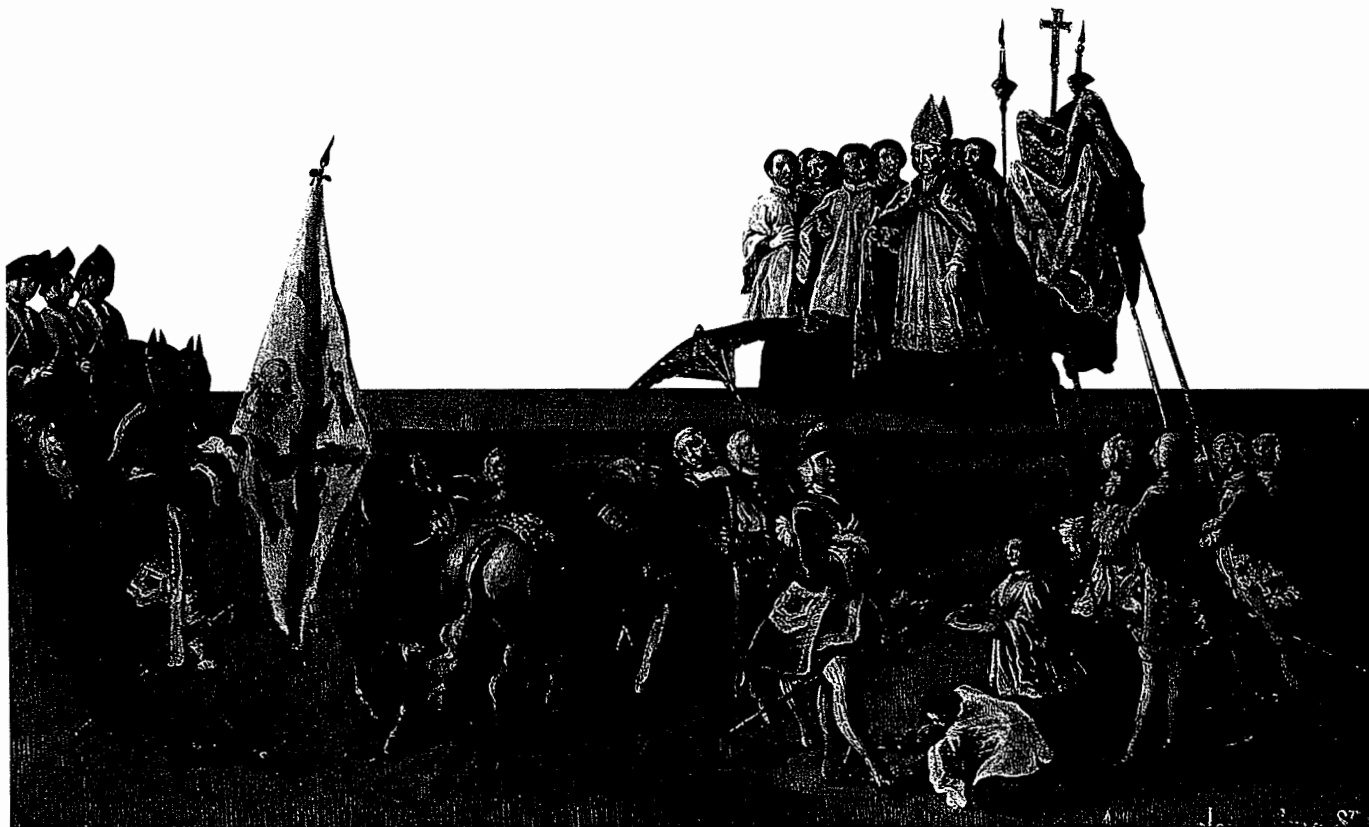
- El 26 de enero se suspende en la Nueva España la ejecución del Decreto de Consolidación de Vales.

- El 9 de mayo fray Melchor de Talamantes muere en la prisión de San Juan de Ulúa.

- En septiembre se inicia la conspiración de Valladolid, que pretende la independencia de la Nueva España por medio de las armas.

- El 3 de noviembre, se dictan medidas en la ciudad de México para evitar que se reúnan grupos de más de seis personas en la plaza mayor y en las calles aledañas.

- El 21 de diciembre es descubierta la conspiración de Valladolid, que tiene como cabecillas al teniente José Mariano Michelena, al capitán José María García Obeso, a fray Vicente de Santa María y a otros más, que son reclusos en prisión. Ignacio Allende y Mariano Abasolo, que participan en la conspiración, logran evadir la acción de la autoridad.



LECTURAS SUGERIDAS

- ABAD Y QUEIPO, Manuel, *Colección de escritos*, México, CNCA, 1994.
- ALAMÁN, Lucas, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, México, Instituto Cultural Helénico / FCE, 1985, t. I.
- AMERLINCK DE CORSI, María Concepción y Manuel Ramos Medina, *Conventos de monjas, fundaciones en el México virreinal*, México, Condumex, 1995.
- ARCHER, Christon I., *El ejército en el México borbónico, 1760-1810*, México, FCE, 1983.
- BAKEWELL, Peter J., *Minería y sociedad en el México colonial. Zacatecas (1546-1700)*, México, FCE, 1976.
- BRADING, David A., *Haciendas y ranchos del Bajío. León 1700-1860*, México, Grijalbo, 1988.
- , *Mineros y Comerciantes en el México borbónico, 1763-1810*, México, FCE, 1991.
- , *Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán. 1749-1810*, México, FCE, 1991.
- , *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla. 1492-1867*, México, FCE, 1991.
- , *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980.
- CALDERÓN QUIJANO, José Antonio, *Los virreyes de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1967.
- CHEVALIER, François, *La formación de los latifundios en México*, México, FCE, 1976.
- COATSWORTH, John H., *Los orígenes del atraso*, México, Alianza, 1990.
- CUEVAS, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, El Paso, Texas, Revista Católica, 1928, t. IV.
- DICCIONARIO JURÍDICO MEXICANO, 7ª ed., 4 v., México, Porrúa / UNAM, 1995.
- DICCIONARIO PORRÚA DE HISTORIA, BIOGRAFÍA Y GEOGRAFÍA DE MÉXICO, 6ª ed., 4 v., México, Porrúa, 1995.
- ENCICLOPEDIA DE MÉXICO, 14 v., México, Enciclopedia Britannica, 1995.
- FARRISS, Nancy, *La corona y el clero en el México colonial. 1579-1821. La crisis del privilegio eclesástico*, México, FCE, 1995.
- FLORESCANO, Enrique, *Memoria mexicana*, México, FCE, 1994.
- , *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.
- , *Precios del maíz y crisis agrícolas en México. 1708-1810*, México, Era, 1986.
- GARCÍA ACOSTA, Virginia, *Los precios del trigo en la historia colonial de México*, México, CIESAS, 1988.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar, comp., *Iglesia y religiosidad*, México, El Colegio de México, 1992.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *Obras completas. La magia de la Nueva España*, México, Clío / El Colegio Nacional, 1995, t. III.
- GRUZINSKI, SERGE, "La segunda aculturación: El Estado Ilustrado y la religiosidad indígena en Nueva España (1775-1800)", en *Estudios de Historia Novohispana*, México, 1985, vol. 8, pp. 175-201.
- HUMBOLDT, Alejandro de, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, 5ª ed., México, Porrúa, 1991.
- ISRAEL, J. I., *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial. 1610-1670*, México, FCE, 1980.
- MARICHAL, Carlos, "Las guerras imperiales y los préstamos novohispanos, 1781-1804", en *Historia mexicana*, v. 39, n° 4 [156], abril-junio de 1990.
- MAZIN, Óscar, *Entre dos majestades: el obispo y la Iglesia del gran Michoacán ante las reformas borbónicas. 1758-1772*, México, El Colegio de Michoacán, 1987.
- HISTORIA GENERAL DE MÉXICO, 4ª ed., 4 v., México, El Colegio de México, 1994.
- MUSACCHIO, Humberto, *Diccionario Enciclopédico de México*, 4 v., México, Andrés León, 1995.
- PÉREZ HERRERO, Pedro, *Plata y libranzas. La articulación comercial del México borbónico*, México, El Colegio de México, 1988.
- RENDÓN, Ricardo, *Haciendas en México*, México, Banamex, 1994.
- REYES, Aurelio de los, *Los caminos de la plata*, México, Universidad Iberoamericana / Gobierno del Estado de Zacatecas / Patronato de Minería "Cinco siglos en México", 1991.
- RILEY, James D., *Hacendados jesuitas en México, el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo 1685-1767*, México, SEP, 1976.
- SANABRIA, José Rubén y Mauricio Beuchot Castañeda, *Historia de la filosofía cristiana en México*, México, Universidad Iberoamericana, 1994.
- SEED, Patricia, *Amar, honrar y obedecer en el México colonial*, México, Alianza / CNCA, 1991.
- TAYLOR, William B., *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, FCE, 1987.
- TRABULSE, Elías, *Ciencia mexicana*, México, Textos Dispersos, 1993.
- , *La ciencia y la tecnología en el Nuevo Mundo*, México, El Colegio de México / Fideicomiso Historia de las Américas / FCE, 1994.
- TUTINO, John, *De la insurrección a la revolución en México*, México, Era, 1990.
- URIBE, Eloísa, *Y todo... por una nación. Historia social de la producción de la ciudad de México 1761-1910*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1984.
- VAN YOUNG, Eric, *La crisis del orden colonial*, México, Alianza, 1992.
- , *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII*, México, FCE, 1989.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida, comp., *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano*, México, Nueva Imagen, 1992.
- et. al., *El impacto de las reformas borbónicas*, México, Patria, 1992.
- VIQUEIRA ALBÁN, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos?: diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 1987.

IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES

Portada: Interior de un taller textil con la presencia protectora del Espíritu Santo y el Arcángel San Miguel, óleo de Carlos López, 1740, MS, VG. **p. 2:** Retablo guadalupano con una imagen de Juan Diego sosteniendo el altar, madera estofada, s. XVIII, TL, GM.

pp. 4-5: Cambio de casa de la monjas dominicas de Valladolid en 1732, óleo, 1738, MR, VA. **pp. 6-7:** Biombo con escena de músicos, óleo, s. XVIII, MH, MZ. **pp. 8-9:** Plaza mayor de la ciudad de México, óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 10:** grabado de José A. de Alzate, 1767, MT, RE. **p. 11:** aguafinta, s. XIX, CR, JV. **p. 12 a.:** óleo, ca. 1756, MH, JV. **p. 12-13:** anónimo, s. XIX, *Alegoría del pulque*, óleo/tela, 64 x 84 cm, CF, RD. **p. 13 a.:** piedra policromada, s. XVIII, CX, PO. **p. 14:** acuarela, 1764, AG, VG. **p. 15:** grabado en: Rafael Landívar, *Rusticatio mexicana*, 1782, BN, VG. **p. 16:** plata repujada, s. XVII, TP, MC. **p. 17 a.:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 17 ab.:** óleo de Miguel Cabrera, 1759, CT, GM-PO. **p. 18-19:** óleo, s. XVIII, PN, VG. **p. 19 a.:** dibujo en: *Ordenanzas formadas para el Cuerpo de Minería*, 1779, AG, MN. **p. 20:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 21 a.:** óleo, ca. 1805, MH, PO. **p. 21 ab.:**

litografía en: *El museo mexicano...*, 1843, BP, JV. **p. 22:** óleo de Giovanni, s. XIX, MH, JV. **p. 23 a.:** óleo, s. XIX, MH, JV. **p. 23 ab.:** impreso, 1792, CB, GP. **p. 24:** óleo, s. XVIII, MB, GP. **p. 25 a.:** impreso, 1780, CB, GP. **p. 25 ab.:** óleo de Juan M. Yllanes, 1789, BO, VG. **p. 26:** litografía, s. XIX, CC, VG. **p. 27 a.:** manuscrito, 1723, AG, MN. **p. 27 ab.:** acuarela de Diego Panes, s. XVIII, BN, VG. **p. 28:** anónimo, s. XVIII, *Virrey don Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo*, óleo/tela, 52 x 41 cm, CF, RD. **p. 29 a.:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 29 c.:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 29 ab.:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 30:** óleo de Ramón Torres, ca. 1762, MH, JV. **p. 31 a.:** plata, 1787, MH, PO. **p. 31 c.:** impreso, 1789, BN, VG. **p. 31 ab.:** óleo, s. XVIII, AG, VG. **p. 32:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 33 a.:** óleo, s. XVIII, MH, JV. **p. 33 c.:** litografía en: Manuel Rivera C., *México pintoresco, artístico y monumental*, 1883, BP, JV. **p. 33 ab.:** óleo, ca. 1760, CN, JV. **p. 34 a.:** grabado en: *Noticia de la California y de su conquista temporal...*, 1758, CM, VG. **p. 34 ab.:** óleo de Patricio Morlette, ca. 1771, MH, GF. **p. 35:** fresco, s. XVIII, MV, VG. **p. 36 a.:** óleo de

A. Cortellini Sánchez, ca. 1903, MT, RE. **p. 36 ab.:** dibujo en: José A. de Alzate, *Memoria sobre la naturaleza y cultivo de la grana...*, 1777, AG, VG. **p. 37 a.:** dibujo de Casimiro Izaguirre, 1774, AG, VG. **p. 37 ab.:** grabado, s. XVII, CS, MN. **p. 38 a.:** dibujo de Juan Rodríguez, 1786, AG, VG. **p. 38 ab.:** papel quintado, 1786-1787, AG, MN. **p. 39:** grabado de Fabregat/José de I. Mazo, s. XVIII, AG, VG. **p. 40 i.:** fusil inglés, s. XVIII, ME, VG. **p. 40 d.:** dibujo de Diego Panes, s. XVIII, BN, VG. **p. 41 a.:** óleo, s. XVIII, MH, PO. **p. 41 c.:** dibujo en: *Expediente sobre el establecimiento y subsistencia de los regimientos...*, 1771, AG, VG. **p. 41 ab.:** acero, s. XIX, MM, JV. **p. 42 ab.:** madera policromada, ca. 1739, MF, JV. **p. 42-43:** óleo de Francisco A. Vallejo, s. XVIII, PV, CA. **p. 43:** grabado de Manuel Villavicencio, 1769, CB, GP. **p. 44:** óleo, ca. 1805, MH, JH. **p. 45 a.:** madera y metal, s. XVIII, MH, GF. **p. 45 ab.:** dibujo de Pablo Carrillo, 1749, AG, VG. **p. 46 a.:** óleo, s. XVIII, MF, JV. **p. 46-47:** anónimo, s. XVIII, *Alegoría de la Nueva España* (biombo), óleo/tela, 10 hojas de 175 x 53 cm c/u, CF, RD. **p. 47:** guardamalleta de seda, s. XVIII, MF, JV. **p. 48 ab.:** grabado

de Rea en: *Gazeta de México*, 18 de febrero de 1804, HN, GP. p. 48-49: óleo de Miguel G. Zendejas, 1797, MP, GM. p. 49 c.: óleo, copia de J.L. Campillo, 1952, MH, JV. p. 49 ab. i.: grabado en: *Gacetas de literatura de México*, 1831, CM, VG. p. 49 ab. d.: acuarela de José M. Moziño, 1793, AG, VG. p. 50 a.: óleo de Miguel G. Zendejas, 1797, MP, GM. p. 50 ab.: citarrone, s. XVIII, MH, JV. p. 51 a.: dibujo de Francisco E. Tresguerras, ca. 1800, MH, JV. p. 51 c.: plata, 1796, MH, JV. p. 51 ab. i.: autorretrato de Francisco E. Tresguerras, 1780, MH, JV. p. 51 ab. d.: clavecín, siglos XVII-XVIII, MH, JV. p. 52 a. i.: impreso, abril de 1735, CB, GP. p. 52 a. d.: impreso, 1790, BN, MN. p. 52 ab.: óleo de Nicolás Rodríguez J., s. XVIII, MV, VG. p. 53 a. i.: impreso, 28 de octubre de 1772, BN, MN. p. 53 a. d.: impreso 10 de mayo de 1790, HN, MN. p. 53 ab.: grabado de Agüera en: *Gazeta de literatura*, 2 de abril de 1792, HN, MN. p. 54 a.: brújula, s. XVIII, MF, JV. p. 54. c.: litografía de Rafael Jimeno en: *Alejandro de Humboldt. Aniversario...*, 1869, CM, JV. p. 54 ab.: óleo, s. XVIII, MH, JV. p. 55 a.: litografía de Ortega en: Pío Bustamante *Nuevo curso elemental de botánica*, 1846, CP, JV. p. 55 ab. i.: litografía en: Alexander von Humboldt, *Tableaux de la nature...*, 1868, BH, VG. p. 55 ab. d.: litografía de Turpin en: Chaumeton et al. *Flore medicale*, 1829, CP, JV. p. 56: grabado en: Agustín Rivera, *El joven teólogo Miguel Hidalgo y Costilla...*, 1987, BC, MN. p. 57 a.: impreso, 1808, BN, VG. p. 57 ab.: óleo de José de Alzibar, 1786,

MA, VA. p. 58 a.: impreso, 9 de junio de 1808, BN, VG. p. 58 ab.: óleo, s. XIX, MH, PO. p. 59 a.: grabado en: Lucas Alamán, *Historia de México...*, 1849, BP, JV. p. 59 c.: grabado de Manuel Tolsá en: *Calendario, manual y guía de forasteros...*, 1794, CB, GP. p. 59 ab.: grabado en: Vicente Riva Palacio, *El libro rojo*, 1870, BP, JV. p. 60.: dibujo en: *Libro de cuentas de la Casa de Moneda*, 1767-68, AG, VG. p. 61.: dibujo en: *Libro de cuentas...*, 1767-68, AG, VG. p. 62: óleo, s. XVIII, CP, GM. p. 64: óleo, s. XVIII, MF, PO.

FONDOS CONSULTADOS

Archivo General de la Nación, México (AG). Basílica de Nuestra Señora de Ocotlán-Secretaría de Educación Pública/Dirección General de Sitios y Monumentos del Patrimonio Cultural (BO). Biblioteca de arte Ricardo Pérez Escamilla (BP). Biblioteca Daniel Cosío Villegas-El Colegio de México (BC). Biblioteca Histórica del Palacio de Minería (BH). Biblioteca Nacional, Fondo Reservado (BN). Casa de los condes de Xala (CX). Catedral de Santa Prisca, Taxco, Guerrero-CNCA-INAH-MEX (CT). Colección Isaac Backal (CB). Colección Banco Nacional de México (CF). Colección Enrique Cervantes (CC). Colección Roberto y Vera Mayer (CM). Colección particular (CP). Colección Alejandra Sánchez (CS). Colección Rodolfo Stavenhagen (CR). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura y Museo Nacional de Arte (CN). Hemeroteca Nacional. Fondo Reservado

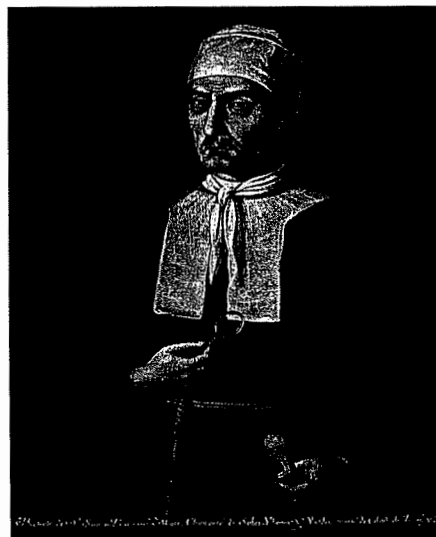
(HN). Museo de Arte Colonial-Instituto Michoacano de Cultura (MA). Museo de la Basílica de Guadalupe (MB). Museo del Ejército y de la Fuerza Aérea Mexicana-Secretaría de la Defensa Nacional (ME). Museo Franz Mayer (MF). Museo Histórico de San Miguel Allende-CNCA-INAH-MEX (MM). Museo Nacional de Historia-CNCA-INAH-MEX (MH). Museo Nacional del Virreinato-CNCA-INAH-MEX (MV). Museo Naval, Madrid, España (MT). Museo Regional Michoacano-CNCA-INAH-MEX (MR). Museo Regional de Puebla-CNCA-INAH-MEX (MP). Museo Soumaya (MS). Parroquia de Jesús Nazareno, Santuario de Atotonilco, Guanajuato (PN). Pinacoteca Virreinal, Instituto Nacional de Bellas Artes (PV). Templo de la Prioral, Puerto de Santa María, Cádiz, España (TP). Templo de San Lorenzo Río Tenco, Estado de México (TL).

FOTOGRAFÍA

Carlos Alcázar Solís (CA). Miguel Campos (MC). Rafael Doniz (RD). René Escalante (RE). Gabriel Figueroa (GF). Victor Gayol (VG). José Ignacio González Manterola (GM). Fernando González Padilla (GP). Vicente Guíjosa Aguirre (VA). Javier Hinojosa (JH). Marcela Noguez (MN). Pablo Oseguera (PO). Jorge Vértiz (JV). Michel Zabé (MZ).

ABREVIATURAS

a.: arriba; ab.: abajo; d.: derecha; l.: izquierda; s.: siglo.



El ocaso de la Nueva España, primer volumen de la serie *La antorcha encendida*, que narra las reacciones provocadas por las reformas borbónicas en la principal colonia del imperio español, y documenta los primeros intentos de sus criollos por hacerse de una nación propia, terminó de imprimirse en los talleres de Reproducciones Fotomecánicas S.A. de C.V., en mayo de 1996.